G.P.
POLICIACA

ERLE
STANLEY
GARDNER

EL CASO DE LA DAMA SOÑOLIENTA

PERRY
MASON
metido en un laberinto

El señor Shelby intenta entregar los pagos atrasados de una concesión petrolífera a Jane Keller mientras se encontraba en la fila de un banco. La hermana mayor de Jane, Marta le acompaña a visitar y pedir consejo legal a Perry Mason. Al no encontrarse Perry Mason en el despacho, su ayudante Jackson se encarga de un primer estudio de la documentación de la concesión petrolífera. El señor Shelby quiere luchar por sus derechos y así conseguir un importante porcentaje sobre la venta de la isla en la que se encuentra la concesión. Para conseguir desbloquear esta situación Parker Benton el millonario interesado en la compra, invita a los implicados en un viaje en su yate hacia la isla disputada. En el yate de Benton los ánimos están tensos. Los pasajeros proyectan un negocio en común; pero cada vez que se suscita el tema, las discusiones son acaloradas y violentas. Hasta que un disparo, una zambullida y el grito de «Hombre al agua» rasgan la espesa niebla. Y Perry Mason interviene en el caso.



Erle Stanley Gardner

El caso de la dama soñolienta

Perry Mason - 27

ePub r1.1

Titivillus 29.12.2014

Título original: *The Case of the Half-Wakened Wife*
Erle Stanley Gardner, 1945
Traducción: Juan José Mira

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo 1

Faltaban cinco minutos para las tres de la tarde, cuando Jane Keller penetró en el banco, yendo a ocupar un puesto al extremo de la cola, frente a la ventanilla que ostentaba el rótulo de «Recepción y Pagos».

Como si la llegada de la joven fuese una señal convenida, un individuo vestido con un traje azul oscuro, sacó del bolsillo interior de su americana una cartera de cuero, abrillantada por el uso, y se dirigió hacia la fila en donde se encontraba Jane.

Jane Keller echó una mirada al reloj de pared y frunció el entrecejo. Su enjuto rostro adoptaba con mucha mayor facilidad una expresión preocupada que una risueña. La cola avanzaba lentamente y Jane Keller marchaba con ella, consultando de vez en cuando la esfera del reloj mural, con el gesto de quien ineludiblemente tiene que consagrar gran parte de su tiempo a sus asuntos personales y el esfuerzo le resulta demasiado penoso.

El hombre del traje azul avanzó. Era de rostro delgado y nervioso y debería tener unos cuarenta años. Un aficionado a los estudios fisionómicos lo habría catalogado como individuo que jamás afrontaría una lucha a cuerpo limpio, prefiriendo, en vez de ello, esperar la oportunidad favorable, que aprovecharía con toda rapidez. Si el adversario salía derribado, el hombre lo exterminaría sin compasión; en caso contrario, buscaría refugio en la huida. En resumen: un miserable oportunista a la caza siempre de las máximas ventajas y especializado en jugar sucio.

Avanzó hasta colocarse, en la cola, al lado de Jane Keller. De pronto, sus dedos sarmentosos depositaron cinco billetes de cien dólares en la mano de Jane Keller.

—¡Aquí tiene usted, señora Keller!

Los dedos de la aludida apretaron automáticamente los papeles.

Luego, su mirada adquirió la expresión pasmada de quien despierta de un sueño turbador, y volvió sus ojos hacia el hombre del traje azul.

En aquel instante, alguien gruñó a espaldas de la mujer:

—En la cola no pueden ir dos a la vez… ¡Colóquese al final!

La voz de Jane ordinariamente bien modulada, cobró un timbre áspero al preguntar:

—¿Qué significa esto? ¿Quién es usted?

El interpelado recitó como si lo hiciese de memoria:

—Soy agente de Scott Shelby. Esto corresponde a cinco mensualidades por nuestra concesión petrolífera de su pertenencia. Firme este recibo. Aquí, en la línea de puntos.

Sacó de su bolsillo un talonario, volvió la cubierta y señaló uno de los recibos en blanco.

—Pero… El señor Shelby no tiene ya ningún derecho… Ha abandonado la propiedad.

—¡Oh, no!

—Sí, ciertamente. Hace meses que ya no se preocupa de ella.

—Le estoy pagando lo que corresponde a perforaciones atrasadas. Son cien dólares mensuales, ¿no es así?

—En efecto, ése era el alquiler. Pero si hubiese querido conservar los derechos, debió haber pagado puntualmente todos los meses.

—¡Bah! —sonrió el hombre—. Es verdad que en el contrato se establece que para conservar los derechos de perforación hay que pagar cien dólares mensuales. Pero según otra cláusula, cualquier acción u omisión de una de las partes, en contra a lo suscrito, puede ser válida en cualquier momento, aunque atente al cumplimiento de lo pactado, a menos que la otra parte manifieste su disconformidad por escrito, dentro de un plazo de seis meses, anulándose *ipso facto* el contrato. No le vendría mal darle un buen repaso a las cláusulas.

La cola continuaba su marcha y Jane Keller avanzaba con ella sin darse cuenta. El hombre que la precedía le dijo:

—¡No coja eso!

—¡Necesito el recibo! —le apremió el individuo del traje azul.

—No puedo… Yo no he… Yo no soy la dueña de la propiedad; la he vendido.

—¿Cuándo?

—Hace ya dos semanas que se firmaron los documentos.

—¿Quién la compró?

—Parker Benton.

—Muy bien, pero el señor Shelby lo ignora y eso no le preocupa en absoluto. Este dinero corresponde a los alquileres atrasados por cinco meses. Nuestra concesión es con usted. Usted, por lo tanto, es la que ahora tiene que arreglar las cosas con la otra gente.

—¡No acepto!

—¿Por qué?

—Ya le he dicho la razón; porque he vendido la concesión.

—¿Quién me dijo que la había comprado?

—El señor Parker Benton.

—¿Cuál es su dirección?

—Edificio Knickerbocker.

El hombre del traje azul volvió a guardarse, con gesto de desagrado, los quinientos dólares, mientras le decía al que marchaba en la cola detrás de Jane Keller:

—¿Podría usted darme su tarjeta? Tal vez necesite un testigo.

El aludido hizo un ademán negativo.

—Nada tengo que ver con este asunto.

La cola tornó a avanzar, deteniéndose de nuevo.

—Sólo se trata de su tarjeta —insistió el hombre—. Todo lo que necesito es su nombre y dirección.

El interpelado, tras cortos instantes de vacilación, terminó por sacar su tarjeta.

La mujer que iba delante de Jane Keller guardó el dinero que acababa de entregarle el cajero. Jane se colocó entonces frente a la ventanilla. Un empleado del banco apareció, acompañado por el guardián y mirando el rostro de las tres personas que estaban más próximas a la ventanilla, preguntó:

—¿Qué ocurre?

Jane Keller dijo:

—Deseo hacer un depósito. Este caballero acaba de entregarme quinientos dólares.

—¿Y desea usted depositarlos?

—No; ya se los devolví. No necesito ingresar ese dinero. Se trata del mío.

—¿Pero ocurre algo?

El hombre del traje azul intervino amablemente:

—Nada, sólo que…

—¡Deje hablar a la señora Keller! —le atajó el empleado secamente.

Jane Keller carraspeó con nerviosismo.

—Le he vendido la concesión de la isla al señor Parker Benton y…

—Lo sé —dijo el empleado—. El negocio se hizo por intermedio del banco. ¿Y qué pasa?

—Mi cuñado y yo supusimos que la concesión que hicimos al señor Shelby ya había caducado hacía tiempo.

—¡En efecto!

—Pero es que este caballero sostiene que no es así.

Los fríos y azules ojos del empleado del banco se clavaron en el rostro del hombre del traje azul que ahora esbozaba una sonrisa amable.

—Represento al señor Shelby —dijo con desenvoltura— y debo hacer un pago correspondiente a cinco meses atrasados. La concesión contiene una cláusula según la cual cualquier falta u omisión no invalida el contrato, siempre que el cumplimiento sea hecho dentro de los seis meses siguientes, a menos que el contrato haya sido cancelado con aviso por escrito durante ese período de tiempo.

—¿Dónde están los quinientos dólares? —preguntó el empleado.

—Se los devolví —contestó Jane Keller.

Con la solemne gravedad de quien representa a una institución de indiscutible solvencia, el empleado dijo:

—Entonces el asunto está terminado.

—¿Conoce usted a esta señora? —le preguntó el del traje azul.

—¡Naturalmente!

—¿Y al caballero que está detrás de ella?

—Sin duda alguna.

—Gracias —murmuró el hombre con una sonrisa—. Es todo lo que necesitaba. ¡Recuerden ustedes lo de los quinientos dólares!

Acto seguido se perdió entre el gentío que llenaba el vestíbulo del banco. La mano de Jane Keller temblaba tanto que el empleado del banco lo advirtió.

—¡Oh, me siento tan nerviosa…!

—No se preocupe —le dijo el empleado sonriente—. Esa gente del petróleo siempre anda metida en líos.

—¿Pero, cree usted que realmente existe esa cláusula en la concesión?

—No hay que preocuparse —le sonrió el empleado tranquilizadoramente—. No obstante, si tiene alguna duda, debe consultar a su abogado. Si lo desea, el banco puede recomendarle a un excelente jurisconsulto. Veamos; su entrega es de trescientos noventa y seis dólares con cincuenta centavos —cogió el dinero a través de la ventanilla y añadió—: ¡Muchas gracias, señora Keller! ¿Piensa usted consultar a un abogado?

—No, gracias. Lo haré primero con mi cuñado. Él sabrá lo que conviene hacer.

Dicho esto, cerró su cartera y se alejó de la ventanilla.

Capítulo 2

Lawton Keller se puso al teléfono y Jane se sintió más tranquila al oírle hablar. El tono de aquella voz tenía algo que siempre serenaba a Jane, infundiéndole confianza.

Su difunto marido, Gregory, jamás se había preocupado mucho de Lawton; pero Jane lo estimaba en sumo grado. Lawton era el hermano mayor y poseía encantadores modales y una confianza en sí mismo altamente contagiosa. En cambio, Gregory siempre había sido un individuo reticente, suspicaz y enemigo de que nadie hablase de sí mismo.

Después de la muerte de Gregory, Lawton asumió la protección de Jane, aconsejándola sobre lo que debería hacer con el dinero del seguro y disculpándose siempre encantadoramente por las pérdidas sufridas, que según él se debían invariablemente a las «condiciones imperantes», adquiriendo de esta forma sobre Jane un gran crédito, en provecho propio.

Cuando Lawton contestó al teléfono, Jane respiró con alivio:

—¡Oh, Lawton, qué contenta estoy de que estés aquí!

—¿Qué ocurre, Jane? Pareces algo alterada.

—Pues es verdad, lo estoy.

—¿Dónde te encuentras?

—En el banco.

—Pero el banco está cerrado. ¿No son ya más de las tres?

—Sí. Precisamente en este momento cierran las puertas exteriores.

—¿Ingresaste el dinero?

—Sí.

—¿Y qué ocurre?

—¿Recuerdas, Lawton, aquella concesión de petróleo de la isla?

—No se trataba precisamente de una concesión —respondió

Lawton con tono profesional—; más bien la considero como una opción. Pero aquel asunto ya está liquidado.

—No, no lo está. Un hombre, que se decía representante del señor Shelby, me habló en el banco.

—¿En el banco?

—Sí.

—¿Y cómo podía saber que tú ibas ahí?

—Lo ignoro.

—¿Y qué quería?

—Pagarme quinientos dólares.

—¿Y a cuento de qué?

—Para que la concesión continuase.

La voz de Lawton sonó excitada:

—¡No cojas un solo centavo, Jane!

—No, Lawton. ¡Le devolví el dinero!

—¡Se lo devolviste! —exclamó Lawton—. ¿Quiere decir eso que llegaste a cogerlo?

—Pues… sí. Me colocó los billetes en la mano de un modo tan natural que yo… Pero se los devolví en seguida.

—En primer lugar, no debiste haber tocado aquel dinero. ¿Qué le dijiste?

—Que no podía hacerme cargo de aquella cantidad, por cuanto la concesión había caducado.

—Muy bien. ¿Supongo que no le hablarías para nada de la venta?

—Pues…, en realidad creo que le dije algo.

La voz de Lawton Keller cobró un tono irritado.

—¿Pero seguramente le informarías de todo lo que sabes?

—Es que yo creí que merecía una explicación.

—¿Le dijiste, por ventura, el nombre del comprador?

—Sí. ¿Acaso no debí haberlo hecho, Lawton?

Jane percibió una exclamación al otro lado de la línea.

—¿Por qué no me llamaste, Jane?

—No había tiempo. Te telefoneo momentos después del incidente.

—Bien. Ahora ya nada se puede hacer. Ven a verme inmediatamente. Te aguardo aquí.

—¡De acuerdo! Primero pasaré a ver a Marta.

—¿Qué le pasa ahora a Marta? —indagó Lawton Keller, cuya voz había recobrado su tono normal.

—¡Oh, nada, Lawton! Sólo que quiero saber cómo sigue Margie.

—Bueno, pero no tardes y ven a verme en seguida. Además, podrías hacer una cosa.

—¿Qué?

—Retirar del banco hasta el último centavo que tengas en la cuenta.

—¿Y por qué?

—Simple precaución. Pueden tratar de bloquear tu cuenta.

—¿Quién?

—Shelby.

—¡Pero yo no alcanzo a comprender cómo podría…!

—No te importe. Hazme caso y retira el dinero.

—Es que el banco ya está cerrado.

—Sólo la puerta principal. Si, como dices, te encuentras en el interior, puedes conseguir que alguien te atienda. Retira hasta el último centavo. ¿Cuánto tienes depositado?

—No lo sé exactamente. Creo que, poco más o menos, unos dos mil dólares.

—Muy bien. Saca hasta el último centavo y que te lo den en dinero contante y sonante.

—Bien; si tú lo dices y crees que es preferible…

—Ésa es mi opinión. Ahora no te entretengas más y no digas ni media palabra a nadie.

—¡Muy bien, Lawton!

—Y en cuanto puedas deshacerte de Marta, ven inmediatamente a verme.

—Sí, Lawton.

—No dejes que Marta sospeche que tienes dinero —le advirtió Keller por último, colgando seguidamente el auricular.

Capítulo 3

Jane Keller subió a un autobús que la dejó en la South Omena Avenue. Anduvo dos manzanas hasta llegar a una casa de departamentos de tres pisos y oprimió el timbre rotulado con la palabra «Administrador».

Cinco segundos más tarde, Jane Keller penetraba en un amplio vestíbulo. Ascendió por una media docena de peldaños, atravesó un corredor y, después, se detuvo frente a la primera puerta de la izquierda, en donde también se leía la palabra «Administrador», y bajo ella, en un diminuto marco, una tarjeta que rezaba así: «Señora Marta Stanhope».

Jane Keller tocó nerviosamente el timbre y Marta abrió. Era la hermana mayor de Jane. Sus cuarenta años tendían a hacerla obesa, pero ella aún se mantenía orgullosa de su físico y combatía heroicamente aquella nefasta tendencia. Su marido había fallecido quince años atrás y Marta no había vuelto a casarse. La necesidad de ganar lo necesario para ella y su hija Marjorie la empujaba a buscar ansiosamente cualquier oportunidad susceptible de depararle algún provecho. Esta avidez se había convertido en el rasgo predominante de su carácter. Poseía unos ojos vivos y brillantes que, incluso cuando sonreía, permanecían al acecho.

—¡Hola, Jane! No sabía que fueses tú. Estaba vistiéndome y creí que sería alguien en busca de departamentos. Aunque una coloque el cartel de «No hay departamentos desalquilados» siempre viene gente. Pasa y siéntate. Margie llegará dentro de un minuto.

Jane siguió a su hermana y se sentó en un sillón, disponiendo ambas manos sobre las rodillas, mientras sonreía vagamente.

—¿Qué te ocurre? Pareces preocupada.

—En efecto; he tenido un contratiempo.

Los ojos de Marta Stanhope contemplaron escrutadoramente a

Jane.

—Estuve en el banco.

—¿Y bien? ¿Qué clase de contratiempo?

—Un hombre trató hace poco de darme quinientos dólares.

—¡Oh! —exclamó Marta sonriendo, mientras desaparecía la tensión de su rostro. Después se separó de su hermana, dirigiéndose a un pequeño mueble, de donde sacó una botella de brandy y dos copas—. Te conviene un trago.

—Eso creo… ¡No tanto, Marta!

—¿Y te sientes nerviosa porque alguien quiso entregarte quinientos dólares? ¿Qué te dijo?

—Que me los entregaba en concepto de alquiler por los retrasos de la concesión petrolífera.

—¿A qué concesión se refería?

—A la de la isla.

—¡Bah! —replicó Marta con desprecio—. Uno de esos negocios de Lawton. Yo suponía que ya había terminado ese asunto.

—También lo creía yo, pero, según parece, no hay tal. El contrato de concesión incluye, por lo visto, una cláusula algo rara. Eso, por lo menos, me dijo aquel hombre.

—¿De qué me hablas? ¿Quieres explicarte?

—El señor Shelby asegura que puede reanudar la concesión mediante el pago de quinientos dólares.

—¡Sigue! —exclamó Marta—. ¿Y qué ocurrirá en tal caso?

—Pues, en realidad, lo ignoro.

Marta avanzó con los dos vasos de brandy hacia donde estaba sentada Jane y se detuvo frente a ella con la mirada alerta.

—¿Y no crees que pueda armarse algún lío después de la venta?

—No lo sé.

Marta suspiró ruidosamente y le ofreció a su hermana una de las copas.

—¡Bebe! —le dijo, mientras vaciaba de un solo trago su copa.

Jane Keller mojó sus labios en la bebida, carraspeó y se secó la boca con el pañuelo que sostenía en su mano izquierda. Después tornó a sonreír vagamente.

—¡Escúchame, Jane! —le dijo Marta en tono de reconvención—. No confíes en Lawton Keller. Tratándose de negocios, no vale un pepino. Es un simple charlatán. Se gana la vida a costa de mujeres

impresionables. Recuerda que Gregory jamás lo tomó en serio.

—¡Oh, yo no diría eso!

—Pues, yo sí. Hace dos años tenías cuarenta mil dólares que te quedaron del seguro. ¿Cuánto te resta de ese dinero?

—¿Pero no achacarás a Lawton la responsabilidad de lo ocurrido?

—Yo lo único que sé es que él contribuyó a que perdieses todo tu dinero. La isla es lo único que te ha quedado.

—Yo la hubiera vendido ya hace tiempo —dijo Jane—. La desgracia fue que Lawton no contó con capital suficiente para sus proyectos. Tuvimos que trabajar con fondos limitados.

—¡Fondos limitados, cuarenta mil dólares! —exclamó Marta Stanhope—. Si hubiera tenido más dinero, más habría perdido. Ahora bien, ignoro cómo Margie se tomará las cosas. Le dijiste que podía contar con cinco mil dólares una vez que realizases la venta. Como sabes, se piensa casar con ese soldado licenciado y se proponían montar una verdulería. Los papeles ya están todos firmados y…

—Lo sé —dijo Jane con desaliento—; pero no te preocupes por eso, Marta. No se suspenderá la venta.

—¿En qué te fundas?

—Según Lawton, todo está ya listo.

En aquel instante llamaron a la puerta del departamento.

Marta Stanhope dijo:

—Debe ser Margie.

—Que no sepa una palabra de esto —advirtió Jane.

—Al contrario, yo creo que debes decírselo —replicó Marta.

Se abrió la puerta y Marjorie Stanhope se dirigió a su madre y a su tía preguntándoles a modo de saludo:

—¿Qué es lo que debéis decirme?

Era una muchacha de veintiún años; y su aspecto distaba mucho de ser seductor. Tenía negros cabellos y un cutis ligeramente amarillento. Los ojos grandes y oscuros hubiesen prestado cierta belleza al rostro, de haber habido en ellos alguna animación. Pero eran inexpresivos, y esta cualidad se le comunicaba al resto de la cara. Su madre, Marta, se había lamentado en más de una ocasión de no poder saber ni adivinar las ideas que bullían tras aquella faz carente de la menor expresión.

—¡Bueno! —repitió Marjorie—, ¿de qué hablabais? —se dirigió con su característica impavidez hacia el ropero, colgó su abrigo y preguntó—: ¿A quién le huele a alcohol el aliento?

—A las dos, querida —replicó Marta—. En esa mesa tienes brandy. Bebe una copa.

Margie se despojó de su sombrero, se alisó los cabellos, se sirvió una copa de brandy y volvió a preguntar:

—¿Queréis decirme ya qué ocurre?

—Tu tía Jane ha sufrido un contratiempo, querida.

—¿Se trata de Lawton? —interrogó Marjorie contemplando la copa al trasluz.

—No; de una concesión de petróleo. Tememos que pueda afectar a la venta de la isla.

Margie, que ya se había llevado la copa a los labios se detuvo de súbito y renunció a beber, contemplando a su madre y a su tía Jane.

—Bien, ¿y qué más? —indagó tras unos instantes de silencio.

Jane Keller respondió hablando con rapidez:

—No creas que esto suponga para ti ningún contratiempo, Margie. Todo saldrá perfectamente; sólo se trata de algunos detalles técnicos. Ni siquiera sé si, en verdad, habrá o no dificultades en relación con la venta. Según Lawton, el negocio quedará ultimado dentro de uno o dos días.

Margie no concedió la menor atención a las palabras de Jane y se limitó a decir:

—Me imagino que todo esto significa que ya no hay préstamo. Se lo comunicaré a Frank.

Su madre y su tía rompieron a hablar al mismo tiempo.

—¡No hagas eso! —gritó casi con ira.

—No creo, Margie, que se trate de nada verdaderamente serio —animó Marta.

—¿Nada serio? —replicó Margie, mirando fijamente a su madre —. Frank Bomar, aunque esté inválido de una pierna, no solicita la caridad de nadie y sólo desea montar un negocio. Es orgulloso. No se casará conmigo mientras no cuente con ciertos medios. Hemos firmado los documentos para el traspaso de la verdulería y pagado la cantidad inicial. El resto nos comprometimos a entregarlo la semana próxima. Vamos a casarnos el martes. Todo depende del préstamo de tía Jane. Yo no lo solicité; fue ella la que

voluntariamente se nos ofreció. Ahora, supongamos que no hay tal préstamo. Perderemos la tienda y con ella los dos mil dólares de Frank. Me imagino que no ignoráis lo que significa verse convertido de la noche a la mañana de un hombre animoso y emprendedor en una especie de fracasado. No creo que apreciéis muy bien lo que significa volver a la patria, por la cual se ha combatido, y comprobar que nadie reconoce los sacrificios hechos por ella.

Se interrumpió bruscamente y se encogió de hombros a tiempo que se llevaba a los labios la copa de brandy, que vació de un solo trago. Finalmente, la dejó encima de la mesa y terminó, dirigiéndose a la madre:

—En fin: ¿quieres decirme qué podremos hacer ahora?

Y, sin esperar respuesta, abandonó la estancia, cerrando suavemente la puerta tras ella.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó Jane mirando afligida a su hermana—. ¿Supongo que se habrá ido a su cuarto?

—Pero no a llorar —aclaró Marta Stanhope—. Se habrá sentado en una silla y permanecerá con los ojos abiertos clavados en la pared.

—¿Pensando?

—Tal vez; en realidad nunca supe si esta chica piensa o no. Cuando le hablas, después de una disputa, te contesta tan serena y pacientemente como si nada hubiese ocurrido. Te lo digo con sinceridad. Jane, nunca sé lo que piensa mi hija. Me gustaría algunas veces que rompiese a gritar o que llorase histéricamente. Pero no ocurre así. Se limita a callar, y nadie sabe lo que pasa por su cabeza.

—Bueno; Lawton me espera. Me dijo que fuese a verle en seguida.

Marta Stanhope, inopinadamente, se dirigió al ropero, de donde sacó luego su abrigo y su sombrero.

—¿Pero adónde vas tú? —le preguntó Jane sorprendida.

—Contigo.

—¿A casa de Lawton?

—Lawton fue el único que te metió en este lío, concertando con esa gente la concesión. Pero tú debiste haber consultado con un buen abogado antes de firmar los papeles. Le diré a Margie que me voy.

—¿Pero adonde? —inquirió de nuevo Jane.

—A ver a Perry Mason. Aguarda un momento que avise a Margie.

Llamó a la puerta del dormitorio de su hija y, tras unos instantes de vacilación, penetró en él, cerrando la hoja, sin el menor ruido.

Al cabo de un minuto, reapareció, diciendo:

—Bien; ya podemos irnos.

—¿Qué hace Margie?

—Nada. Sentada, mirando por la ventana —explicó Marta Stanhope, con voz inexpresiva.

Capítulo 4

Marta Stanhope empujó con resolución la puerta rotulada así: «Perry Mason. Abogado. Entrada». Mantuvo la hoja abierta para dar paso a Jane Keller y, cuando ésta penetró, avanzó tras ella. Una señorita saludó a las visitantes, sonriendo.

—Buenas tardes.

—¿Está el señor Mason?

—No. Ha salido.

—¡Oh! ¿Y no habrá nadie con quien pudiéramos hablar?

—Si lo desean, pueden hacerlo con su secretaria, Della Street.

La joven habló por el dictáfono:

—Señorita Street, aquí hay dos damas que desearían hablar con el señor Mason. ¿Podría usted…? Gracias.

Las dos mujeres se sentaron. Jane Keller parecía intimidada. Marta la miraba fijamente como si desease inculcarle su inquebrantable determinación.

—¿No crees, Marta, que mientras esperamos podría yo llamar a Lawton y…?

—¡No!

—Bueno, si lo crees así…

La puerta en donde se leía el rótulo de «Privado» se abrió y Della Street surgió sonriente y acogedora.

—Lo siento mucho, pero el señor Mason estará ausente esta tarde. No obstante, si desean darme sus nombres y decirme para qué desean verle…

Marta Stanhope tomó la palabra y Della Street anotó cuidadosamente los nombres y dirección de las visitantes y la naturaleza del asunto que allí les llevaba.

Cuando Marta terminó de hablar, Della le dijo:

—El señor Mason no vendrá esta tarde, pero si lo desean pueden

hablar con el señor Jackson.

—¿Quién es ese señor?

—Un ayudante del señor Mason. Hablándoles con franqueza, el señor Mason se ocupa de asuntos más importantes.

—¡Comprendo! —dijo Jane Keller—. ¿Y cree que esto nuestro no le interesaría?

—Al señor Mason siempre le interesan los casos en donde se dibuje una patente injusticia. De todas formas, creo preferible que hablen ustedes antes con el señor Jackson. Son más de las cinco y me temo que no encuentren a ningún otro abogado en su despacho.

—Bien. Hablaremos con él —decidió Marta Stanhope.

—Por aquí. Hagan el favor —incitó Della Street.

Jackson era un erudito que sólo parecía sentirse feliz con la cara hundida en un texto legal, en busca de algún precedente remoto.

Rara vez abandonaba el despacho antes de las seis o seis y media, y, aún entonces, se apartaba de sus papeles con evidente desagrado. Era hombre de gran memoria, hábitos de estudio y mentalidad detallista.

Sus ojos parecían descansar más a gusto cuando se posaban en las páginas impresas de un texto que en el rostro de sus clientes.

Jackson, en cierta ocasión, le había confesado a Mason: «Mi mayor trabajo consiste en encuadrar los problemas que me plantean mis clientes dentro de la adecuada categoría legal. En compensación, una vez que los he fijado definitivamente, ya no vuelvo a experimentar la más mínima duda y me mantengo investigando hasta dar con el precedente. Pero siempre resulta una tarea ardua convertir la vida en leyes».

La parte inferior del rostro de Jackson mostraba signos de cierta tensión nerviosa. Su nariz era larga y afilada. Las comisuras de sus labios se acentuaban por dos profundas arrugas, que descendían de las ventanillas de la nariz. Por contraste, la parte superior de su cabeza manifestaba serenidad y la frente alta y despejada hablaba de la calma que proporciona el profundo conocimiento.

Jackson se pintaba solo para descubrir la aguja que necesitaba en el pajar de las decisiones legales.

Cauto por naturaleza jamás se arriesgaba a conducir a sus clientes por los intrincados vericuetos del campo legal. Una vez que Jackson había clasificado el problema de algún cliente en su

adecuada categoría, se sumergía en la lectura de sus libros hasta encontrar el preciso antecedente. En consecuencia, a menos que el cliente, preso de impaciencia, recurriera a otras medidas, jamás se arriesgaba a realizar tramitación alguna que no hubiese sido efectuada con anterioridad por algún otro litigante.

Cuando Jackson contrajo matrimonio, lo hizo con una viuda cinco años mayor que él. Como Perry Mason subrayó ante Della Street, incluso en asuntos matrimoniales, Jackson temía utilizar una ruta que no hubiese sido ya descubierta por otro.

Jackson permaneció silencioso y pensativo, mientras Jane Keller le explicaba el asunto, interrumpida de vez en cuando por los comentarios de Marta Stanhope.

—¿Posee usted copia de esa concesión petrolífera? —preguntó.

—No, no la tengo; se encuentra en poder de mi cuñado Lawton.

—Tendría mucho interés en conocer la exacta redacción de esa cláusula.

—No creo que tardase más de treinta o cuarenta minutos en ir a buscarla —dijo Marta Stanhope.

Jackson consultó su reloj:

—Temo que sea demasiado tarde. De todos modos, nada podría hacerse ya hoy. No obstante, me agradaría determinar los hechos por mí mismo, a fin de dar comienzo a una rápida búsqueda destinada a establecer si alguna cláusula similar ha sido ya aplicada anteriormente. Todo contrato impreso ofrece la posibilidad de que algún apartado o cláusula sea exactamente igual a otra cuyo alcance haya sido establecido por el Tribunal de cualquier estado.

—¿Y cómo podría usted descubrirlo?

Jackson le señaló con un ademán los libros que cubrían las paredes.

—Todos los casos que han sido resueltos por los Tribunales de apelación de los diferentes estados se imprimen y se distribuyen. Aquí los tiene —señaló de nuevo en dirección a las abarrotadas librerías.

—¿Y puede usted dar con un caso parecido a éste?

—Naturalmente —contestó Jackson sonriendo—. Sólo es cuestión de saber dónde y cómo buscar.

—¿Qué te parece, Jane? —consultó Marta—. Tal vez por ahí se pudiese…

—Podría telefonearle a Lawton —apuntó Jane—, pidiéndole que me leyese por teléfono esa cláusula.

—¡Excelente idea! —aprobó Jackson. Después se levantó y añadió—: Pero esperen un momento, hagan el favor.

Llamó seguidamente al despacho privado de Mason y se dirigió a Della Street, diciéndole:

—¿Cree que el señor Mason volverá esta tarde?

—No creo que vuelva.

—Existe en esta concesión petrolífera una cláusula que me gustaría analizar. ¿Tendría usted inconveniente en tomarla taquigráficamente si conseguimos que cierta persona nos la lea por teléfono?

—¡Claro que no! —respondió Della Street, cogiendo al momento su libreta de notas.

Después de esto, Jackson marcó el número que le dio Jane Keller, y permaneció escuchando mientras ésta hablaba con su cuñado.

—Esos abogados sólo sirven para enredar las cosas —decía Lawton con irritación—. Sé leer perfectamente y comprendo muy bien el alcance de esa cláusula.

—Lo sé, lo sé, querido, pero Marta creyó que no estaría mal hablar con el señor Mason. Bien sabes lo que todo esto significa para ella, a causa, como recordarás, de Margie que…

—¡Margie! —exclamó acremente Lawton—. Ya veo el interés que Marta tiene en este asunto. No puedo disponer del suficiente capital para lo que proyecto si te empeñas en dilapidar tontamente el dinero con préstamos a tus parientes.

—Todo eso lo sé, Lawton, pero haz el favor de leerme la cláusula de la concesión. Una señorita la tomará taquigráficamente.

La voz de Della Street intervino, por el alambre, en el diálogo:

—Estoy en una línea anexa, señora Keller, y si ese caballero lee la cláusula la tomaré taquigráficamente.

Lawton Keller, al percatarse de que había otros escuchando en la línea, modificó rápidamente su tono y dijo:

—¡Un momento, por favor!

Segundos después, comenzó a leer la cláusula de la concesión.

Pocos minutos más tarde, Della Street entregaba a Jackson una copia de lo dictado. Naturalmente, Jackson se olvidó de las damas

para sumirse en el atento estudio del texto. Al cabo de un largo rato habló:

—Esto parece una broma. Ahora me gustaría saber el contenido restante del documento. Mucho me temo que necesitaré estudiar el contrato íntegro… Veamos, ¿no podrían ustedes hacerse con el documento y depositarlo en el buzón que hay en la puerta de mi despacho? De esta forma, mañana temprano podría haberlo estudiado ya y estaría en condiciones de decirles algo concreto.

—¿Podría, entonces, darnos su opinión personal en seguida?

—Tal vez necesite algún tiempo —dijo Jackson—. No quisiera apresurarme en ese sentido.

Marta le hizo una seña a Jane Keller al tiempo que se levantaba.

—Muy bien, le traeremos ese documento.

Capítulo 5

Perry Mason caminaba por el corredor, con el sombrero echado hacia atrás, cuando Della Street surgió por la puerta del despacho privado.

—¡Caramba! ¿Cómo es que regresas tan pronto? —preguntó la joven.

—He tenido una reunión con el fiscal del distrito —explicó Mason esbozando una mueca.

—Eso ya es algo.

—Después pensé que tal vez hubiese alguna novedad. ¿Se han ido ya todos?

—Jackson está todavía en la biblioteca.

—¿Buscando algún antecedente?

—En efecto —sonrió Della.

—Ese hombre nunca está satisfecho —comentó Mason—. Si tiene entre manos una causa relativa a un caballo bayo con una pata blanca, no se conforma con el primer antecedente algo parecido, sino que buscará y buscará hasta dar con el que se le parezca como una gota de agua a otra.

—Así es Jackson —sonrió Della Street.

—¿Y de qué se trata, ahora?

—De cierta concesión petrolífera… Dos hermanas; una mujercita de aire soñador que a ti te agradaría, y una matrona de rostro adusto que ya no te gustaría tanto.

—¿Y qué hay sobre esa concesión?

—Se trata de una isla, situada en medio del río, a unas treinta millas de la bahía. Al parecer, un hermoso paraje para cualquier millonario que sienta deseos de disfrutar de la vida.

—En estos tiempos, el problema consiste en encontrar primero al millonario.

—Lo han encontrado: es Parker Benton.

Mason emitió un tenue silbido.

—El asunto, según parece, estaba en vías de ser ultimado, pero ha surgido el inconveniente de esta concesión petrolífera.

—¿Cuánto tiempo ha dedicado Jackson a su estudio?

—Sólo una hora. Creo que espera el regreso de las dos mujeres que le han prometido traerle la copia del contrato. No quiere que sepan que sigue en el despacho y les dijo que colocasen el documento en el buzón, pero a mí me consta que telefoneará a su esposa anunciándole que no irá a cenar.

—¿Otra vez?

—Así es. Si yo fuese su mujer, le obligaría a llevar una tarjeta de identificación con su retrato, para saber de quién se trataba cuando llegase a la casa. A mi juicio, su mujer no lo ve lo suficiente para recordar su aspecto. Siempre se encuentra en el despacho con la nariz hundida en algún texto legal.

—Bien —decidió Mason—. Echémosle un vistazo al hombre.

Cuando abrió la puerta de la biblioteca, Jackson aparecía sentado ante la mesa. Frente a él se alzaba una imponente barricada de volúmenes abiertos, y estaba tan enfrascado en la lectura de un voluminoso cartapacio, que no sintió entrar al visitante.

Mason se quedó observándolo unos segundos. La expresión del rostro de Jackson recordaba a la de un pescador que después de infructuosos ensayos, consulta un libro de pesca, tratando de dar con algo especial que apetezca a las truchas.

—¡Hola, Jackson! —saludó Mason—. Trabaja usted hasta muy tarde.

El hombre alzó la mirada.

—Se trata de un problema muy interesante, señor Mason. En el documento de cierta concesión petrolífera se dibuja con claridad un conflicto potencial. Una de las cláusulas establece específicamente que en caso de que cierta suma de dinero no sea pagada en fecha determinada, el contrato de concesión perderá todo su valor; ahora bien, otra de las cláusulas estipula que cualquier infracción salvada dentro del plazo de seis meses, no invalidará el contrato, a menos que el concesionario haya recibido aviso por escrito en este sentido.

Mason tomó asiento en un rincón de la biblioteca, sacó un cigarrillo y preguntó:

—¿Y ha llegado a alguna conclusión?

—Pues, sí y no.

—¿Cuál es su teoría?

Jackson dispuso el libro abierto sobre la mesa y juntó las manos, mientras se balanceaba en el sillón.

—El primer escollo con que tropezamos es el relativo a incumplimiento de las obligaciones. La ley no gusta de estas cláusulas. En este caso, la cláusula sobre el pago de rentas parece subordinada a otra que estipula que la renta puede ser pagada dentro de seis meses, a menos que el incumplimiento de la primera haya sido denunciado con anterioridad.

—Recuerde, Jackson, que se trata de una concesión petrolífera —apuntó Mason.

—¿Y qué? Siempre se tratará de un contrato como otro cualquiera.

Mason se alzó de su asiento, dirigiéndose al estante, de donde cogió un volumen de lomo encarnado.

Después de consultar varias páginas, dijo:

—He aquí una serie de decisiones que debe usted estudiar, Jackson. Se refieren a las cláusulas de incumplimiento, incluidas en contratos de concesiones petrolíferas, y estipulan que las previsiones obligatorias anejas al incumplimiento no se aplicarán a las concesiones petrolíferas.

Jackson saltó de su asiento.

—¿Cómo es eso?

—¡Bah! —replicó Mason con displicencia—. Recuerde el caso de John contra la Compañía de Petróleos Elberta; el de Staler contra Body; el de Hall contra Augur…

—No se me había ocurrido considerar esta faceta del negocio —declaró Jackson—. ¿Cómo demonios puede usted entrar en una biblioteca y coger en el acto el volumen que necesita? A mí me hace falta tiempo y trabajo para encontrar la teoría legal adecuada sobre la que basar mi trabajo.

—La teoría con arreglo a la que usted quiere trabajar es siempre idéntica a la de la otra parte. He aquí el inconveniente. ¿Cuándo se propone dar su opinión a esas señoras?

—Pues si las cosas no se complican y tengo suerte, espero que pasado mañana.

Mason volvió a sentarse.

—¿Y no cree que sería un poco tarde, Jackson?

—No puedo hacerlo antes.

—Según tengo entendido, hay por medio un negocio a punto de cerrarse.

—Así es, en efecto.

—Dependerá, a mi juicio, en gran medida, de los deseos que tenga Parker Benton en hacerse con esa propiedad —opinó Mason.

—Pero sin duda, no querrá adquirir una propiedad que está en litigio. En este contrato hay una cláusula que otorga al concesionario ciertas ventajas que no pueden arrebatársele.

—¿Está registrado el documento?

—No. Al parecer, se especifica en otra cláusula que las operaciones de perforación debían emprenderse inmediatamente que el documento fuese registrado. Esto venía a ser una especie de garantía para el concesionario.

—Yo no diría eso, Jackson.

—¿Por qué?

—¿A quién se le otorga la concesión?

—A un tal Scott Shelby.

—¿Figura su nombre en la guía telefónica?

—No lo he buscado.

—¿Quiere echarle un vistazo a la guía, Della? —dijo Mason a su secretaria.

Mientras Della cumplía lo ordenado, Mason dijo en tono pensativo:

—Con cierta clase de personas no hay que ser muy amable, Jackson.

—Tal vez. Pero la ley siempre es la ley, y en todo momento hay un remedio, si se sabe buscarlo.

—Una búsqueda apasionante —sonrió Mason—. Por lo que a mí respecta, mis procedimientos son otros.

—¿Cuáles?

—Clavar mis dientes en el adversario.

Jackson esbozó un ademán de repulsa.

—Esa expresión siempre me ha desagradado. Detesto la violencia en todas sus manifestaciones.

—¡Qué le vamos a hacer! A mí me gusta —declaró Mason

cambiando un guiño con su secretaria.

A una indicación de su jefe, los finos dedos de Della Street maniobraron en el disco del teléfono. Al cabo de unos segundos hablaba por el aparato:

—¿El señor Scott Shelby? El señor Mason desea hablar con él.

Se mantuvo por unos momentos con el auricular pegado a la oreja y, finalmente, le hizo una seña a su jefe. Éste se colocó al lado de ella y aguardó, mientras la joven decía:

—¿El señor Shelby? ¡Un momento, por favor! El señor Mason quiere hablar con usted.

Dicho esto cedió el aparato a su jefe.

—Buenas tardes, señor Shelby.

La voz que venía por el hilo del teléfono sonaba amablemente.

—¿El señor Mason?

—Efectivamente.

—¿Desea usted algo?

—Preguntarle si ha designado ya abogado.

—No. ¿Por qué?

—Porque pronto va a necesitar uno.

—No lo creo.

—Pues yo sí.

—¿Se puede saber en qué funda su apreciación?

—Quiero informarle de algo que puede afectar a sus intereses, pero preferiría entenderme con sus abogados.

—Si se trata de asuntos de petróleo —respondió Shelby—, yo no tengo la menor necesidad de un abogado; entiendo de estos negocios más que cualquier letrado. ¿A qué se refiere usted?

—A la concesión de Jane Keller.

—¿Y qué hay de ella?

—Eso es lo que yo quisiera saber.

—Pues no hay mucho que explicar, señor Mason. La concesión es bien simple y clara. Se trata de uno de esos documentos redactados en el lenguaje comercial ordinario, y que expresa exactamente lo que significa.

—¿En forma impresa, eh?

—Naturalmente. Es lo corriente… y lo mejor.

—Sí, sobre todo para usted.

—Mire, señor Mason —prosiguió Shelby—, yo me comprometí a

pagar cien dólares mensuales hasta iniciar las perforaciones, y en caso de no hacer ese pago, la concesión podía considerarse caducada. Se trata de algo bien sencillo, ¿verdad?

—Así lo parece.

—Sin embargo —siguió diciendo Shelby—, existe una cláusula según la cual, mientras no se diese el contrato por acabado mediante una comunicación por escrito de la otra parte, yo podía efectuar los pagos dentro del plazo de seis meses, recobrando todos mis derechos. Al parecer, esta cláusula no fue tomada muy en cuenta. Por lo demás, de nada servirá que discutamos por teléfono, señor Mason. Según tengo entendido, existe un compromiso de venta, y yo, como es lógico, no deseo verme perjudicado en mis intereses. Ahora, dígame, señor Mason, ¿por qué no viene usted a hablar conmigo?

—Sería mejor lo contrario: que usted viniese aquí. Le aguardo.

—No; preferiría que hablásemos en mi despacho. Usted ya sabe cómo son estas cosas. En este caso, a mi entender ya todo está listo. ¿Por qué no viene aquí?

—Bien. Me veré con usted dentro de diez minutos.

—Perfectamente.

Mason colgó el auricular y se dirigió a Jackson, diciéndole:

—Deje usted los libros y váyase a casa.

El aludido contempló a Mason con ojos en donde se dibujaba la más profunda sorpresa.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Pero es que piensa ir a entrevistarse con ese hombre sin saber aún de lo que se trata?

—Pronto lo sabré. Venga usted conmigo, Della. Necesitaré un testigo.

—¿Puedo servirle en ese sentido? —preguntó Jackson.

—No —replicó alegremente Mason—. La graciosa presencia de Della endulzará la entrevista, cosa que, como comprenderá, no ocurrirá con usted.

Jackson les vio marchar de la oficina con mirada de asombro.

Capítulo 6

La puerta del despacho de Scott Shelby aparecía cerrada. Mason llamó a ella y, casi inmediatamente, se escuchó el rumor de unos pasos. Le franqueó la entrada un individuo de rostro pálido y estrecho de hombros, que consideró a los visitantes con ojos inquietos y brillantes. Pero el rostro era el característico de un temperamento frío, completamente dueño de sí mismo. Sólo la expresión de su mirada alteraba la impavidez de su fisonomía.

—¿El señor Mason?

Mason asintió con un ademán y los dos hombres se estrecharon las manos.

—La señorita Street, mi secretaria —presentó Mason.

—¡Pasen, pasen! —invitó Shelby.

Scott Shelby escoltó a los dos visitantes hasta su despacho privado y una vez sentados éstos, les dijo:

—Desearía que conociesen ustedes a la señora Ellen Cushing, corredora de fincas. Trabaja en una oficina de este mismo edificio hasta bastante tarde y le he pedido que venga —sonrió cortésmente y añadió—: Con franqueza, consideré que no me vendría mal un testigo y ahora veo que el señor Mason ha tenido la misma idea. En principio, discurrí presentarles a la señorita Cushing como si fuese mi secretaria, pero, después, resolví no andar con tapujos. Ella viene aquí en calidad de testigo.

—Perfectamente —dijo Mason—. También la señorita Street viene como testigo. Somos, pues, dos contra dos. Pero estimo que no debemos preocuparnos mucho por eso.

—Sin duda —admitió Shelby.

—Perfectamente; entonces, ¿cuál es su proposición?

—Como comprenderá, señor Mason, no quisiera quedarme a medio camino y…

—Suprima el preámbulo —le atajó Mason—. Los dos somos hombres de negocios. ¿Por qué no puntualiza usted las cosas ya desde un principio?

—¿Hasta dónde llegaría su cliente? —preguntó Scott Shelby.

—No tengo la menor idea de ello.

—¿Pero no la ha orientado ya con sus consejos?

—No estoy seguro.

—Bien, ¿hasta dónde llegaría usted?

—No muy lejos —dijo Mason, sentándose, y añadió—: ¿Desea alguien un cigarrillo?

—Muchas gracias; prefiero siempre fumar los míos —dijo Shelby.

En aquel instante penetró en el despacho la señorita Ellen Cushing, que Shelby presentó a los visitantes.

Después se sentaron todos de nuevo.

Era una mujer que ya bordeaba la treintena, de atrevidos ojos azules y una figura pródiga en curvas. Se sentó muy erguida con las piernas cruzadas.

Se dio cuenta del examen a que la sometía Mason, y alzó los ojos para contemplar al abogado con risueño descaro. Mason desvió la mirada para dirigirse nuevamente a Shelby.

—Si usted cree que este negocio le resultará fácil, anda equivocado.

—Ya lo comprendí al telefonearme usted.

—¿Quiere insinuarme con ello que en principio estamos de acuerdo?

—¡Permítame! —le dijo Shelby—. No suponga, en modo alguno, que ignore el terreno que piso. En realidad, no tenía la menor idea de que iba a realizarse esta venta hasta que la señora Keller se lo comunicó a mi agente del banco.

El silencio de Mason podría haberse interpretado como que aquel punto carecía a su juicio de toda importancia. Shelby lo contempló en silencio por algunos segundos y, al final, Mason habló:

—¿Y bien?

—Me propongo cursar un aviso por escrito a la compañía titular, informándole de que tengo una concesión en esa propiedad y remitirle una copia de ella a Parker Benton. Ya he preparado ese

aviso y uniré a él una copia del contrato de concesión. No me agrada dar este paso porque según parece la negociación está a punto de cerrarse. Benton debe creer que la propiedad está libre de todas cargas y no querrá pozos petrolíferos en su isla.

»Mi aviso le obligará a meditar bien antes de firmar el contrato de venta y a tener en cuenta mis derechos.

—Creo que bromea usted.

—No lo creo yo así. Es más, no considero que Parker Benton se decida a pagar treinta mil dólares por algo que está en litigio.

—Pero usted no entablará demanda —aventuró Mason.

—Se equivoca. Estoy resuelto a hacerlo en defensa de mis intereses.

—Le costará a usted diez mil dólares poner de manifiesto esos derechos —le dijo Mason.

—Sí. Y tal vez necesite cinco años —observó Shelby—. Pero también a su cliente le costará algo.

—Es posible —admitió Mason.

—Por otra parte, la venta quedará anulada en cuanto yo presente el aviso.

—No sacará de ello el menor beneficio.

—Pero perjudicaría a su cliente. Seamos razonables, señor Mason. No pretendo impedir la venta: sólo deseo mantener vigente la concesión. En realidad ignoraba que hubiese una venta pendiente hasta…

—Continúe.

—… hasta que la señora Keller se lo dijo a mi agente cuando éste trató de entregarle los quinientos dólares.

—¿Cómo supo usted quién compraba la propiedad?

—Ella misma se lo dijo a mi agente.

—¿Le dijo que Benton era el comprador?

—Sí.

—¿Y cómo supo usted que las negociaciones estaban a punto de ultimarse?

Shelby parpadeó antes de responder:

—Pues creo que ella también habló de eso.

—Advierto que usted conoce la cantidad fijada como precio de compra. ¿Cómo la pudo usted saber?

—No creo que ni usted ni su cliente saquen mucho beneficio con

el examen a que se me somete, señor Mason —replicó Shelby.

Mason le miró fijamente a los ojos y, después de una pausa, habló:

—¿Cuánto?

—Muy bien, ya que usted lo quiere se lo diré: son diez mil dólares.

Mason se puso de pie y después de hacerle unas señas a Della Street, dijo:

—Creo que esto es todo.

—Haría usted bien en pensarlo —le advirtió Shelby—. Benton va a pagar por esa isla una cantidad bastante superior a lo que podría pagar cualquier otra persona. El negocio es bastante provechoso.

—Creo conveniente hacerle saber —replicó Mason cerca de la puerta— que cuando empiezo a luchar lo hago con toda dureza.

—Puede hacer lo que le parezca. Tampoco yo soy un lirio dorado.

—Entendido. Así no habrá equívocos.

—Claro que no. Pero sepa, señor Mason, que en cuanto abandone usted este despacho, me dirigiré a correos para dar curso al aviso de que le hablé.

—Perfectamente. También le hago saber yo a usted que entablaré querella para anular la concesión alegando fraude. Pienso demandarle a usted por atribuirse falsamente un título que ya ha caducado. Investigaré para comprobar si la concesión fue firmada a base de falsas representaciones.

—Mientras usted lleva a cabo todas esas gestiones, Benton habrá tenido tiempo de comprar y vender media docena de propiedades; su cliente se habrá quedado con la isla y ésta seguirá sujeta a mi concesión.

—¿Cree usted que la oferta de Benton es superior a lo que mi cliente podría esperar de algún otro comprador?

—Muy superior.

—¿Sobre cuánto, poco más o menos?

—El precio fijado es de treinta mil dólares —dijo Shelby—, y en mi estimación quince mil ya es un excelente precio por la isla. Por eso cediendo mis intereses sobre ella por diez mil dólares, su cliente quedaría con cinco mil más de lo que podría percibir de cualquier otro.

—Es decir, que usted estima que la isla sólo vale unos quince mil dólares, ¿no?

—Justamente.

—¿Y usted exige diez mil para hacerse a un lado y permitir que la venta se realice?

—Ni más ni menos.

—Muy bien —le dijo Mason—. Recuerde que fue usted mismo el que apreció que en las negociaciones con Benton se baraja un precio superior en varios miles de dólares al que en realidad vale la isla.

—¿Y qué objeto tiene recordar eso?

—Afectará proporcionalmente a la cuantía que por perjuicios pienso exigir en el caso de que usted persista en esgrimir su falso título. Si usted dificulta esa venta, le demandaré por perjuicio.

—Esperaba que este asunto podríamos arreglarlo en forma amistosa, señor Mason.

—¿Al precio que usted fijó?

—Tal vez lo rebajase algo.

—¿Cuánto?

—No más de mil o dos mil dólares, como máximo.

—¿Es su cantidad final?

—Sí. Ni un centavo menos.

—¡Buenas noches! —saludó Mason, mientras abría la puerta para dar paso a Della Street.

Shelby se levantó apresuradamente y avanzó hacia el abogado.

—Después de todo, en este asunto interviene una suma bastante elevada y…

Mason salió al pasillo y cerró la puerta tras él, interrumpiendo la frase de Shelby.

—¿No crees que este hombre hubiese hecho más concesiones? —le preguntó Della una vez ante el ascensor.

—Por supuesto.

—Entonces, ¿por qué no lo intentaste?

—Shelby sólo hubiese llegado hasta los cinco mil. Tal como ahora quedan las cosas, el hombre se sentirá preso del pánico y hay mucho tiempo por delante. Dejémosle creer que somos fuertes y que no buscamos a todo trance un arreglo.

—A mi juicio, te mostraste demasiado duro con él.

—¡Bah!

—¿Crees que se trata de un tunante?

—Justamente.

—Y de la testigo, ¿qué me dices?

Mason rió por todo comentario.

—Indudablemente es bonita y, a juzgar por su cara, de temperamento algo autoritario —opinó Della.

Mason replicó:

—Recuerda que opera en negocios de fincas. Por otra parte, Shelby está informado de todo lo relativo a estos asuntos y, en este caso concreto, de lo avanzado de la tramitación e, incluso, del precio de compra. Suma dos y dos y dime el resultado.

—Cuatro —respondió Della sonriendo.

—Precisamente.

En aquel momento el ascensor que subía se detuvo, abriéndose la puerta. Un hombre salió de él para dirigirse hacia la puerta de la oficina de Shelby. De súbito, se detuvo mirando sorprendido a Mason.

—¡Hola! —dijo Mason—. ¿Qué le trae aquí al sargento Dorset del Departamento de Homicidios? ¿Busca algún cadáver?

Dorset le habló secamente al chico del ascensor.

—Puede bajar ya. El señor lo hará dentro de un instante —después se dirigió al abogado, diciéndole—: Deseo hablar con usted, Mason.

—¡Encantado! —sonrió el abogado afablemente—. Esta tarde, precisamente, he sostenido una interesante entrevista con el fiscal del distrito.

Dorset no pareció prestar mucha atención a las palabras de Mason y le preguntó:

—¿Con quién ha estado hablando aquí?

Perry Mason se limitó a sonreír.

—¡Está bien! —le dijo Dorset—. Siga manteniendo reserva si ello le place. —Seguidamente, señalando con el dedo la oficina de Shelby; añadió—: ¿Sabe algo sobre ese rincón envenenado?

El pie de Mason oprimió disimuladamente el zapato de Della.

—¿Para qué supone usted que estoy aquí?

—Eso es lo que me interesaría saber —dijo Dorset—. Si trata usted de defender a la persona que intentó envenenarlo, está listo,

porque el doctor analizó el contenido del estómago y había arsénico. He aquí el motivo de mi presencia en este lugar. ¿Y usted por qué se encuentra aquí?

—Digamos —expuso Mason con una sonrisa— que cualquier semejanza entre la razón de mi presencia aquí y la que a usted le trae, son puras coincidencias.

—Muy bien. Recuerde que ya le he advertido. Buenas tardes —contestó Dorset.

—Adiós —dijo Mason, volviendo a oprimir el botón del ascensor, mientras el sargento Dorset encaminaba sus pasos a la oficina de Scott Shelby.

—Adivino lo que ahora piensas —le dijo Della—. Deduces que ese Shelby se ha visto envuelto en un intento de asesinato, ¿verdad?

—Maldito si lo sé —dijo, y después, al penetrar en el ascensor, murmuró en tono casi jovial—: ¿Veneno? ¿Acaso eso no es algo?

Capítulo 7

A las nueve menos veinte de la mañana siguiente, Mason penetraba en su oficina. Ante la mirada sorprendida de Della Street, explicó:

—Me he levantado hoy temprano, porque deseo hablar con esa señora Keller cuando venga. Trata de descubrir algo para entendérmelas con ese truhán.

—Aún no he dispuesto las cosas de tu escritorio.

—Está bien. Iré a la biblioteca a estudiar un poco. Me estoy volviendo como Jackson, y busco precedentes. ¿Dejaron esas señoras anoche la copia del contrato?

—Todavía no he revisado el buzón. Iré ahora.

—Sí, échale un vistazo.

Minutos más tarde, Della Street volvía trayendo consigo un sobre. Mason lo abrió y extrajo de él la copia del contrato de concesión. Después, se dirigió a su escritorio y se instaló en el sillón sin dejar de estudiar el documento.

—¿A qué hora llega Jackson, Della? —preguntó Mason.

—A las nueve exactamente. Puedes poner en hora tu reloj sin equivocarte fijándote en su llegada. Supongo que ha establecido un precedente que no puede romper y que toma siempre el mismo vehículo. En ocasiones, permanece aquí hasta las diez u once de la noche, pero al día siguiente siempre llega a la misma hora.

—Ve si está Gertie —le interrumpió Mason—. Quiero estar seguro de ver a la señora Keller apenas llegue.

Della Street cogió el teléfono.

—¿Gertie? Sólo deseaba saber si estaba usted ahí. El señor Mason ya se encuentra en el despacho y desea ver a la señora Keller en cuanto llegue… Puede usted decirle al señor Jackson… ¿Cómo…? ¡A ver, un momento!

La secretaria se volvió hacia su jefe, diciéndole:

—Gertie ignoraba que estuvieses aquí ya. Ha venido un hombre a verte, y Gertie le dijo que nunca llegabas antes de las nueve y media. En vista de eso, el visitante quedó en volver.

—¿Dio su nombre? —preguntó Mason.

—¡Un segundo! Se lo preguntaré.

—¿Cómo se llamaba, Gertie?

Della Street se volvió, finalmente, hacia Perry Mason, diciéndole:

—Era Parker Benton.

—¿Se encuentra todavía en la oficina?

—Acaba de retirarse. Se dirige al ascensor.

—¡Llamadle!

Della Street dejó caer el auricular sobre la horquilla, y partió apresuradamente para cumplir la orden.

Instantes después, la secretaria llamaba a la puerta del despacho privado de Mason. Abrió éste, y pudo ver, tras de Della, un par de ojos de un gris acerado que brillaban bajo las espesas cejas.

—Lo siento, señor Benton. No sabían que ya me encontraba aquí. Esta mañana he madrugado un poco. Sírvase pasar.

Ambos hombres se estrecharon las manos.

Benton era un individuo de unos cincuenta y cinco años, musculoso y de amplios hombros. Una espesa cabellera gris le cubría el cráneo. No usaba sombrero y el tono bronceado de su rostro indicaba que su vida transcurría al aire libre. Tal vez le sobrasen veinte libras, pero se desenvolvía con desembarazo y el apretón de su mano era vigoroso y cordial.

—Según he oído decir, el señor Jackson estudia un asunto en el que estoy interesado. Como se trata de algo bastante importante para mí, he resuelto hablar personalmente con usted.

—¡Siéntese, por favor! —invitó Mason—. ¿Quién le habló del señor Jackson?

—Jane Keller.

—¿La ha visto usted?

—Hablé por teléfono con ella.

—¿Tendría inconveniente en informarme del estado del asunto?

—No. Creo que usted ya conoce a grandes rasgos los antecedentes.

—Preferiría conocerlos a través de usted —le contestó Mason con una sonrisa…

—No creo que haya necesidad de tomar muchas precauciones, señor Mason. Todo es claro como el agua.

Después de ofrecerle un cigarrillo, el abogado respondió:

—Pero, en las circunstancias actuales, convendría que usted me explicase detalladamente el asunto.

—Anoche —informó el visitante—, un individuo llamado Shelby se puso en contacto conmigo para decirme que conocía mis intenciones de adquirir una isla, propiedad de Jane Keller. Añadió que, si deseaba pisar terreno firme, tendría que entablar relaciones con él, por cuanto él poseía allí una concesión petrolífera, en la cual se proponía dar comienzo a las perforaciones. Suponía que yo no iba a adquirir una propiedad para residir en ella contando con que él la podría llenar de escombros.

—¿Qué le contestó usted?

—Me limité a hacerle algunas preguntas para informarme bien del asunto.

—¿Y luego?

—Luego —rió Benton—, le dije que se fuese al diablo.

—¿Está usted informado de los aspectos legales de esta cuestión?

—No creo que Shelby tenga la menor razón legal. Su contrato caducó hace cinco meses, por incumplimiento de una de las cláusulas. Estimo que se estipulaba una cancelación del contrato por medio de un implícito consentimiento mutuo. A mi juicio, la concesión no le autoriza para subsanar la falta de pago de la renta.

—¿Y si llevamos el asunto a los tribunales?

—Creo que podremos ganar fácilmente el pleito.

—¿En qué plazo calcula usted?

—Señor —dijo Benton—, como hombre de negocios, tengo mis propios abogados y pueden informarme de todo esto. Trato simplemente de ahorrar tiempo.

—Pues bien —replicó Mason—, a mi juicio todo depende de que ese individuo trate de hacernos víctimas de un *bluff*, o bien de que esté dispuesto realmente a gastarse el dinero en litigar con nosotros.

—Creo que, en efecto, está dispuesto a no escatimar el dinero.

—¿Le conoce usted bien?

—Hace poco he tenido ocasión de ello. Soy cliente de una agencia de detectives particulares. Cuando se me plantea algún asunto parecido al actual, tengo interés en informarme debidamente del individuo con quien he de entenderme.

El silencio de Mason equivalía a una invitación para que continuase y, tras una pausa, Parker Benton prosiguió:

—Hablándole con sinceridad, debo decirle, señor Mason, que tengo bastante interés en adquirir esa propiedad. Como es lógico, no deseo que frente a mi residencia empiecen a levantar pozos de petróleo. Scott Shelby es una especie de agente o corredor. Tiene algo de aventurero, pues el hombre se ha casado ya varias veces. Ahora lo está con su tercera mujer, apreciablemente más joven que él. Nadie sabe una palabra sobre su situación económica, ya que su cuenta bancaria se mantiene en incesante movimiento. Se asegura que la mayor parte de su dinero lo lleva consigo en una especie de cinturón. Su crédito es nulo.

—¿Intenta eludir el impuesto a la renta? —preguntó Mason.

Benton asintió con un ademán, y dijo:

—Saque usted de lo dicho su propia conclusión: no creo que en estas circunstancias corramos el riesgo de ser demandados.

—¿Por qué se le ocurrió venir aquí? —preguntó el abogado, mirando fijamente a Benton.

—Quería conocer el aspecto legal de la situación.

—Pero usted me ha dicho que tiene sus abogados.

—Supuse que usted estaría más familiarizado con el asunto.

—¿Por qué vino usted, señor Benton? —insistió Mason.

—Bien. ¡Usted gana! —rió inesperadamente Parker Benton—. Pondré todas las cartas sobre la mesa. Esa propiedad vale todo lo más veinte mil dólares, y yo ofrezco por ella treinta mil, porque tengo mucho interés en adquirirla.

—¿Ah, sí?

—Muchísimo.

—¿Estaría dispuesto a pagarle algo a Shelby para que éste le dejase el campo completamente libre?

—Mire, señor Mason, necesito esa propiedad y por dinero no hay que preocuparse. Si para soslayar algún inconveniente hay que pagarle algo a Shelby, usted mismo podrá hacerlo, ¿me comprende?

Mason asintió con un ademán.

—Ahora bien —continuó Benton—, Shelby está tratando de hacernos una especie de chantaje, y desistirá si le apretamos los tornillos, porque tampoco le gustaría a él verse envuelto en un litigio.

—¿Proyecta usted algo? —preguntó Mason.

Benton miró a Perry Mason.

—¿Me llamó usted esta mañana temprano? —Mason negó con la cabeza y Benton prosiguió—: Esta mañana muy temprano sonó mi teléfono. Una mujer que parecía perfectamente informada del asunto, me dijo que quería darme un consejo amistoso; que si yo podía conseguir que Scott Shelby y su esposa me acompañaran en un crucero a la isla a bordo de mi yate, las cosas se arreglarían fácilmente. La mujer, que por cierto poseía una voz muy atractiva, añadió que Shelby estaba deseoso de llegar a un acuerdo, si bien era algo testarudo; pero que, en cambio, Marion, su mujer, era una dama muy sensible y encantadora por todos conceptos.

Benton dejó de hablar en espera de que Mason dijese algo. Como el abogado continuase en silencio, el visitante le preguntó, al cabo de un momento:

—¿Qué piensa de todo lo que acaba de oír?

—¿No sabe usted quién le llamaba?

—No.

—Le sugirieron que la entrevista se celebrara en su yate, ¿no?

—Efectivamente.

—¿El destino era la isla?

—Sí.

—Entonces —dijo Mason sonriendo—, aquella voz era la de la propia señora Shelby. Probablemente, su marido la instruyó sobre lo que debía decir.

—Creo que ésa es la verdadera explicación —admitió Benton.

—¿Y qué piensa hacer? —preguntó Mason.

—Pienso telefonearle a Shelby, invitándole a él y a su esposa a realizar un pequeño crucero en mi yate. Desearía que usted también viniese. Llevaré igualmente a la señora Keller. Si Shelby señala un precio razonable, llegaremos a un completo acuerdo y todo quedará solucionado.

—¿Me permite usted una sugerencia? —le interrumpió Mason.

—¿Cuál?

—Lo que más debe preocupar a Shelby es que usted pueda solicitar de la compañía su dictamen sobre esa concesión petrolífera. En tal caso, la compañía no asume responsabilidad alguna por dicha concesión y, después, usted podría decirle a Shelby que iniciase su demanda.

—Pero siempre estaría a punto de verme envuelto en un enredo —apretó Benton.

—Precisamente, eso sería lo que más le preocuparía a Shelby.

—Tendré en cuenta su consejo. Gracias.

—No olvide que entrar en litigio con usted tal vez le supondría un pasatiempo demasiado caro.

—Muy caro —confirmó Benton.

—En cierto modo —agregó Mason—, debemos demandar a Shelby, a fin de tenerlo quieto hasta que se ultime la compra. Después, una vez que la propiedad fuera de usted, tendría que entablar la demanda en contra suya; una situación que no le placería mucho.

Benton apretó los labios y de pronto preguntó:

—¿Es usted casado, señor Mason?

—No.

—Me gustaría que nos acompañase esta tarde en el crucero. Partiremos a las cuatro de la tarde. ¿Le placería llevar a alguien de compañía?

Mason miró significativamente a Della Street, y ésta hizo un gesto de conformidad.

—Llevaré a mi secretaria.

—Muy bien. Y si desea llevar a alguna otra persona, puede hacerlo con toda libertad; alguien que contribuya a prestar animación a la partida. Después de que todos nos hayamos relacionado, podremos sentarnos para hablar de negocios. Y le agradezco mucho, señor Mason, por haberme aconsejado sobre la forma en que debo tratar a ese Shelby.

—¿Dónde le veré a usted?

—A las tres y media le enviaré un automóvil. Ahora bien, ¿qué me dice de ese señor Jackson? ¿Cree que le gustaría acompañarnos?

Mason rió.

—Mucho me temo que Jackson no pueda encontrar en sus textos legales ningún precedente que le permita solucionar un litigio a

bordo de un yate.

—¿Quiere usted insinuar que no hace nada sin apoyarse en algún precedente?

—Absolutamente nada.

—Entonces, no le necesitamos.

—¿Volveremos por la tarde? —preguntó Mason.

—Pues, no lo creo, con franqueza. Pero los demás no tienen por qué saberlo. Vamos a la isla. En la estación actual, después del día caluroso, las noches generalmente son neblinosas. No podríamos navegar en medio de la niebla, ¿comprende?

—Lo comprendo —le dijo Mason.

—Muy bien. Prepare, entonces, una maleta con algunas ropas y no se sorprenda si se tropieza con gente rara.

Capítulo 8

El yate se deslizaba suavemente sobre las aguas. Los motores Diesel y el rumor de las dobles hélices daban una sensación de potencia. El espectáculo de la cubierta, con las confortables butacas, hacía pensar en la vida grata y cómoda de los pasajeros.

Cuando Mason logró trabar conocimiento con los demás invitados, comprendió que difícilmente hubiera podido elegir el millonario otra oportunidad mejor para solucionar un litigio. El ambiente se revelaba altamente propicio a los sentimientos amistosos, percibiéndose por todas partes la riqueza y esplendidez del anfitrión.

Mason fue presentado a Jane Keller y a Lawton. En la mirada de este último creyó adivinar una latente hostilidad. Por lo visto Lawton continuaba detestando a los abogados.

Benton había conseguido reunir a bordo a todos los interesados, incluso a Marta Stanhope y a su hija.

Scott Shelby se esforzaba por ocultar sus intenciones, presentándose en plan amistoso, como un hombre sencillo. Pero su esfuerzo se revelaba un poco exagerado a ojos vistas.

Para Mason fue una agradable sorpresa conocer a Marion Shelby, mujer de unos veinticinco años, de cabellos casi negros, ojos azules y ademanes encantadores. Por su comportamiento daba la impresión de que ignoraba el motivo real de aquel aparente viaje de recreo. Para ella, el crucero ponía de manifiesto la importancia financiera de su esposo y parecía llenarle de regocijo.

Parker Benton se ocupaba en que los cócteles fueran servidos con prodigalidad.

—¡Nada de negocios, por favor, hasta después de cenar! —advirtió—. Entonces nos instalaremos en torno de la amplia mesa de la cabina y hablaremos. Entretanto, disfrutemos de la vida.

Dicho esto, acompañó a sus invitados para mostrarles las diversas instalaciones y compartimientos del yate.

Terminados todos estos preámbulos, Mason se acodó en la barandilla para disfrutar de la frescura tonificante de la brisa.

La bahía quedaba atrás y ahora navegaban río arriba.

Las riberas se dibujaban a menos de una milla de distancia y el piloto guiaba la embarcación entre boyas que marcaban la ruta. El yate se deslizaba velozmente.

El día había sido caluroso y despejado, y aunque el cielo permanecía limpio y azul, ya se dejaban advertir los primeros indicios de neblina.

Mason escuchó de pronto, a sus espaldas, la voz de Scott Shelby.

—Me gustaría hablar con usted a solas, señor Mason.

—Me temo que no sea posible.

—¿Por qué?

—Según parece, el señor Benton ha acordado que sólo hablemos de negocios después de la cena y no antes.

—Se trata de algo muy distinto.

—¿De qué?

—De su amigo el sargento Dorset. Me estuvo mareando tratando de averiguar qué se traía usted entre manos.

—Siempre ha sido un muchacho muy curioso.

—Tal vez haya ocurrido algo extraordinario.

—¿Qué? Pero no olvide que yo represento a Jane Keller y no a usted.

—Ya lo sé.

—¿Qué iba a decirme?

—Me refería al sargento Dorset. Con franqueza, no me agrada.

—Hay mucha gente que tampoco le mira con buenos ojos.

—Es que, en este caso, creo que está tratando de achacarle algo a alguien.

—¿En qué sentido?

—Lo ignoro, aunque me gustaría saberlo.

—Pues lo siento, porque yo no suelo leer en las mentes ajenas.

—¿No sabe que sufrí una fuerte intoxicación hace algunos días? Creí que se trataba de una indisposición por haber ingerido alimentos en mal estado. Pero, según Dorset, no hay tal. Parece empeñado en suscitar dificultades.

Hubo un momento de silencio: el rumor del agua, deslizándose por los costados de la embarcación, se hizo más perceptible.

—Le escucho —dijo Mason.

—Mi mujer y yo fuimos a cenar a un restaurante. No comimos lo mismo. Yo bebí vino tinto y mi mujer, blanco. Comí asado y patatas fritas y ella se sirvió ostras y legumbres. Después, pasada media hora de la cena, ambos nos sentimos enfermos. Ella estuvo ligeramente indispuesta, pero lo mío fue de alguna gravedad. Un caso típico de intoxicación por mal estado de los alimentos, ¿no le parece?

—Tal vez.

Shelby miró de reojo al abogado, que permanecía, de codos en la barandilla, contemplando las olas que se encrespaban sobre los costados del yate. Reinó el silencio durante algunos segundos; luego Mason dijo:

—Al parecer, nos dirigimos a la isla.

—Así parece —respondió Shelby, quien al cabo de unos instantes añadió—: Le hablaba de mi intoxicación, señor Mason.

—En efecto.

—Pues, como le decía, me sentí muy enfermo. Llamé a un médico que también se ocupó de mi mujer. Le expliqué que me había sentido mal después de la comida; probablemente, algo de lo ingerido estaba en malas condiciones. Experimentaba en la garganta un acusado sabor metálico. ¿Y sabe usted lo que ocurrió?

—Lo ignoro.

—Su amigo, el sargento Dorset, se presentó ayer por la tarde y me dijo que fui envenenado con arsénico… Al parecer, intenta hacer alguna gestión relacionada con este asunto.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me hizo innumerables preguntas sobre los enemigos que yo pudiera tener y otras cosas por el estilo. Pero, ¡por Dios!, no quisiera que la prensa se ocupara de mí para nada, y mucho menos en esta ocasión, en que me ocupo de varios negocios importantes.

—¿Y cómo cree el sargento Dorset que fue colocado el arsénico en los alimentos?

—Precisamente ése es el punto que pretendía que yo le explicara. ¿Por qué no se dirige al restaurante? Debe haber sido la misma cocinera quien descuidadamente cometió una equivocación.

—¿Resultó alguien más envenenado?

—Dorset dijo que no sabía de otras quejas en este sentido.

Mason alzó la mirada. El sol se ponía y una tenue neblina empezaba a alzarse sobre el agua.

Carlota Benton llegó en aquel momento y, al ver a los dos hombres, lanzó una exclamación jovial.

—¡Oh, están ustedes aquí! ¡Caramba, qué serios parecen! Espero que no habrán perdido el apetito hablando de negocios.

—El señor Shelby me estaba hablando de una enfermedad.

—Intoxicación por alimentos en mal estado —aclaró Shelby, dándole con el codo a Mason—. Algo que comí en un restaurante.

—Nunca se tendrá demasiado cuidado en esos sitios. Pero, ¿está usted ya completamente repuesto?

—Completamente —aseguró Shelby.

—Sin embargo, parece usted algo pálido.

—Siempre he sido así.

—Muy bien. Trato de reunir a todos los invitados para tomar el último cóctel. La cena será servida dentro de media hora y Parker quiere ofrecerles el consabido aperitivo.

—¿Sabe usted si llevamos una dirección determinada o si se trata de un paseo al azar? —preguntó Mason, con aire despreocupado y como si no estuviera ya en posesión de informaciones de que carecerían los demás.

—No puedo hablar —rió la mujer—. Ésa es la orden.

—Probablemente, nos dirigimos a la isla —apuntó Scott Shelby.

Carlota tornó a sonreír.

—No quisiera ser descortés, pero desde hace veinte años que estoy casada, siempre he dejado hablar a mi marido. Sobre ciertas cosas, se entiende —añadió con una sonrisa.

Los dos hombres sonrieron también cortésmente, y acompañaron a la dama hasta la cabina, en donde un aparato de radio dejaba oír música bailable.

Della Street bailaba con Parker Benton y, a juzgar por el brillo de sus ojos, la muchacha se divertía bastante. Marion Shelby, que había danzado a su vez con Lawton Keller, ponía de manifiesto una divertida tolerancia mezclada con cierto aire cauteloso que Mason creyó advertir en su mirada.

Intuyó que, probablemente, Keller la había estado cortejando,

cortejo éste no lo suficientemente serio como para requerir una acción inmediata, pero que, no obstante, había turbado ligeramente a la mujer.

Scott Shelby, como de costumbre, se mostraba nervioso y le dijo en voz baja a Mason:

—Me gustaría mandar al infierno a toda esta reunión de sociedad, a fin de poder abordar claramente el asunto que nos preocupa.

—¿Tiene alguna proposición concreta que hacer? —indagó Mason.

—Tal vez.

Un camarero, impecablemente uniformado de blanco, sirvió los cócteles y la conversación se hizo general. En una o dos ocasiones, Shelby intentó aludir a temas comerciales, pero Parker Benton supo neutralizar hábilmente tales esfuerzos.

Al oscurecer, la neblina que se había levantado se transformó en espesa bruma, y cuando se sentaron a la mesa la sirena del yate sonaba a cada instante. En el curso de la cena y a intervalos regulares, la sirena parecía recordarles que se encontraban en alta mar y que la bruma se hacía cada vez más espesa.

—Creo que no podremos regresar esta noche —dijo Benton.

—¿No le gustaría navegar en medio de la bruma? —preguntó Della.

—No, a no ser que fuese imprescindible. Resulta peligroso en el canal.

—¿Teme chocar con algún otro barco? ¿Se hundiría el yate? —preguntó Jane Keller, ansiosamente.

—No es tanto el peligro de una colisión como el de desviarnos de la ruta y embarrancar en algún médano —explicó Benton.

—¡Oh, pero yo no puedo permanecer aquí toda la noche! —objetó Marta Stanhope.

—Mucho me temo que tenga usted que resignarse. Por lo demás, contamos con espacio suficiente y todos podrán instalarse perfectamente.

—¡Permítame! —le interrumpió Scott Shelby—. ¿Qué se oculta tras esto? Usted sabe tan bien como yo que, en esta estación del año, siempre se forma bruma por la noche en esta parte del río.

—Siempre, no —replicó Benton.

—Bien; digamos que casi siempre.

Parker Benton se dirigió a Shelby hablando con suavidad:

—Puedo poner a su disposición la lancha de motor y depositarle a usted en tierra en una pequeña localidad, por donde pasa una línea de tranvías que podría llevarle a la ciudad.

—Sería algo muy incómodo, y, además, todavía no me he recobrado de una grave afección al estómago.

—Intoxicación por ingerir alimentos en malas condiciones —se apresuró a explicar Marion Shelby.

—Muy bien —exclamó Parker Benton—. De todas formas, no voy a poner en peligro la seguridad de la nave y la conveniencia de los demás pasajeros. Si le es imprescindible marchar, puede usar la lancha y tomar el tranvía interurbano.

—Está bien. Me quedo.

—Perfectamente. Entonces, siéntese y no se preocupe de más. Creo que tengo un poco de champaña helado.

Una vez terminada la cena, cuando servían el café y los licores, el yate experimentó una brusca sacudida e instantes después se oyó un ruido de cadenas y los motores dejaron de trepidar.

Parker Benton ofreció cigarros y cigarrillos, diciendo:

—Señoras y señores, estamos en la isla.

Por unos momentos, nadie profirió palabra alguna, hasta que, finalmente, el mismo Benton se volvió hacia Jane Keller, diciéndole:

—Señora Keller, según parece, peligran los treinta mil dólares fijados como precio por su propiedad. En ocasiones, resulta preferible renunciar a algo para no perderlo todo y casi siempre conviene más llegar a un arreglo molesto que ganar un buen pleito. ¿Sería tan amable el señor Shelby de indicarnos su proposición?

—Entréguenme diez mil dólares al contado y dejaré de intervenir en el asunto —respondió el aludido.

—Creo que es demasiado —se apresuró a opinar Benton.

—Pues a mi juicio —dijo Shelby—, la cantidad no es nada del otro mundo. Creo que en la isla hay petróleo.

Benton habló, mientras contemplaba el humo de su cigarro.

—Le hablaré con entera franqueza, señor Shelby; he pensado que si la señora Keller rebaja en dos mil dólares el precio estipulado, yo me arriesgaría a desprenderme de otros dos mil sobre la cantidad que me cuesta la isla, lo que haría un total de cuatro mil

dólares a cambio de su desistimiento.

Shelby se limitó a denegar con la cabeza.

—De otro modo —agregó Benton—, renunciaré al negocio o bien instruiré al poseedor de la plica para que acepte un certificado de título de propiedad, sujeto a las estipulaciones de una concesión petrolífera. A mi juicio, usted no cuenta con base alguna en su reclamación y creo que podré conseguir una orden que le prohíba poner los pies en la isla.

—No dudo de que pueda obtener esa orden, pero usted sabe que no surtiría efecto hasta que no fuese sancionada por el Tribunal Supremo —replicó Shelby.

—También estoy preparado para tomar en cuenta esa circunstancia —sonrió Benton—. No creo que me afecte mucho, señor Shelby. Deseo comprar esta isla, no con propósitos de lucro, sino para residir en ella y, por ende, no pienso venderla. No me importa el tiempo que dure el pleito. Sólo intento mantenerle a usted fuera de esta propiedad.

—¿Y si gano yo?

—Mis abogados están estudiando el asunto. Si su opinión coincide con la del señor Mason, seguiré adelante hasta terminar el negocio. En esta situación, usted es dueño de tomar las medidas que mejor le parezcan.

—Con su actitud nadie ganará nada, salvo los abogados —dijo Shelby.

—Pero tendré la isla —replicó Benton—. Créame, señor Shelby, lo que le conviene es tomar esos cuatro mil dólares en efectivo y olvidarse de todo. De otra forma, tendrá que afrontar un pleito y una serie de gastos.

—¿Es ésa su última oferta?

Parker Benton miró a Jane Keller y a Mason antes de responder.

—Por lo que se refiere a mis dos mil dólares, así es.

En aquel punto intervino Marta Stanhope agitadamente, dirigiéndose a su hermana.

—¿Has comprendido lo que desea el señor Benton?

—En mi opinión —interrumpió Lawton Keller—, si el señor Benton desea adquirir la isla, él es quien debe aportar los cuatro mil dólares. Después de todo, el precio que recibirá mi cuñada es bastante bajo.

Benton consideró a Lawton Keller con evidente desagrado.

—Por lo que a mí se refiere, es mi última oferta. Considero los dos mil dólares que ofrezco como una concesión completamente liberal. Por lo general, es el vendedor el que facilita siempre las cosas.

—Usted quiere la isla, ¿no? —le dijo Keller.

—Por supuesto.

—Pues, entonces, pague por ella.

—¿Insinúa usted que la otra parte acaso no está dispuesta a aportar los restantes dos mil dólares?

Marta Stanhope atajó la respuesta de Lawton:

—Quisiera que guardaras silencio, Lawton. No seas tan entrometido. Jane es la única que puede aportar una decisión. Por mi parte, las palabras del señor Benton me parecen muy razonables.

—¿Qué dice usted, señora Keller? —inquirió Benton.

—Me gustaría saber lo que opina el señor Mason —respondió la aludida.

El abogado se volvió hacia Shelby.

—Si le hacemos esta oferta definitiva, ¿nos dará usted también una respuesta definitiva?

—No —replicó el interpelado.

—En tal caso, no creo que lleguemos a entendernos —le dijo Mason—. Sólo cuando usted nos asegure que la oferta que le hacemos de cuatro mil dólares es aceptada incondicionalmente, zanjaremos el asunto. Como comprenderá, no vamos a hacerle una oferta mientras no se comprometa a seguir una conducta clara y bien determinada. Debilitaría nuestra posición conduciéndonos a sempiternas negociaciones. Nosotros le aseguramos una oferta, e inmediatamente usted quiere dejar abierto un resquicio para aprovecharse de la situación. Yo no negocio de ese modo. Acepte incondicionalmente nuestra propuesta y creo que cancelaremos el negocio. Si espera que mis clientes le hagan otra nueva, anda muy equivocado. Ahora pasemos a otro punto: ¿Le pertenece, realmente, a usted esa concesión petrolífera?

—¿Qué quiere decir?

—Más claro: ¿es completamente suya o la ha asignado ya a alguien?

Shelby apoyó el mentón en su mano derecha y bajó la cabeza,

eludiendo cruzar su mirada con la de Mason.

—No veo qué importancia pueda tener eso —dijo finalmente.

—La tiene, y mucha —opinó Mason—, especialmente si la concesión ha sido asignada y usted no está ya en situación de negociar un acuerdo.

—Si llegamos a un arreglo, todo irá bien. Pero no estoy dispuesto a aceptar esa oferta que ustedes me han hecho.

—Le pregunto, concretamente, si es usted o no el propietario directo de esa concesión —insistió Mason.

—Represento a los interesados.

—¿Ha asignado usted algunos derechos de ella?

—Creo que eso nada tiene que ver con lo que discutimos.

—Se equivoca —intervino Parker Benton—. No pienso entablar ninguna negociación como no sea con los auténticos propietarios.

—Bien —dijo Shelby—. Tengo un socio, mejor dicho, asociada, que posee la mitad de los intereses y que está dispuesta a aceptar cualquier acuerdo que haya sido aprobado por mí.

—¿Cómo se llama su asociada? —interrogó Parker Benton.

—Ellen Cushing.

Marion Shelby miró furtivamente a Mason, desviando luego sus ojos del abogado.

—¿Y son ustedes dos los únicos propietarios de esa concesión?

—Los únicos.

—¿No ha habido otras asignaciones?

—No, ninguna más.

—¿Aceptará usted los cuatro mil dólares? —apuntó Benton.

—Decididamente, no.

—¿Cuál es su última proposición?

—Diez mil dólares.

Benton sonrió.

—Muy bien, subamos a bailar un poco, ¿no le parece? Creo que no solucionaremos nada.

—Puedo obligarle al propietario a que acepte las rentas atrasadas —dijo Shelby.

—No me interesa discutir el aspecto legal del asunto —replicó Parker Benton—. Por lo que a mí respecta, mañana por la tarde liquidaré definitivamente este negocio.

Lawton Keller, que daba ciertas señales de inquietud, se dirigió

al dueño del yate, diciéndole:

—Por supuesto, si todo fracasa, no desearía que usted creyese…

—Usted ya me ha dado su opinión —le atajó Parker Benton, fríamente.

—No obstante, es posible que no sea la definitiva.

—Pues yo creo, en mi apreciación, que sí es la definitiva —le contestó Benton—. En caso de reanudar las negociaciones, será el señor Mason quien se encargue de ello. Por lo demás, creo que podré encontrar alguna otra propiedad que me satisfaga tanto como ésta. Y, ahora, considero conveniente que todos ustedes sepan dónde están sus respectivos camarotes. Si lo prefieren, pueden quedarse en ellos o volver para bailar un poco. Pero si regresan les ruego que tengan presente que no hablaremos más de negocios y que sólo seremos un grupo de amigos con ánimos de divertirse. En el yate hay siete camarotes. En cada uno de ellos encontrarán ustedes un teléfono que les permita comunicar con el servicio o con cualquiera de los otros camarotes. —Se volvió seguidamente hacia el camarero y añadió—: Acompañe a los señores a sus camarotes.

Lawton Keller intervino en aquel momento:

—Escuche, señor Benton, después de pensarlo mejor, creo que Jane podría sacrificarse en algo a fin de zafarse de un pleito. Yo en su caso sería capaz de llegar hasta los dos mil.

—¡No interesa! —interrumpió Scott Shelby—. No estoy dispuesto a dejarme embaucar por nadie. ¿Dónde se encuentra mi camarote…? Pasaré la noche en este condenado yate simplemente porque prefiero quedarme a bordo a lanzarme a correr aventuras en una lancha. Pero seré el primero en partir mañana. Por lo demás, el señor Benton puede tener la absoluta seguridad de que si se empeña en elevar alguna construcción en esta isla, abriré un pozo de petróleo en la misma puerta de su residencia, sin que me importe encontrar o no petróleo.

—¡Eso lo veremos! —replicó Benton fríamente—. Ignoro el dinero que tendrá usted, pero antes de que intente abrir un solo pozo en la isla, no le quedarán ganas de oír hablar más de concesiones petrolíferas. ¡Buenas noches, señores! Me voy a leer un poco a mi camarote. El camarero les guiará hasta los suyos. Y los que deseen coger el tren interurbano de las once tienen a su disposición la lancha para ir a tierra. Y ahora, una vez más, ¡buenas

noches!

Capítulo 9

Perry Mason dispuso convenientemente las almohadas del lecho, encendió la luz de la mesilla de noche y cogió un libro. Aún no había leído el primer capítulo cuando el teléfono zumbó sordamente en tono muy distinto al estridente y habitual campanilleo de la ciudad.

Cogió el receptor y hasta su oído llegó la voz de Della Street.

—¿Eres tú, jefe?

—Sí.

—¿Te has dado cuenta del súbito cambio de decoración?

—Salta a la vista.

—¿Qué crees que habrá pasado en el fondo?

—Lo ignoro —respondió Mason—. A mi juicio, Parker Benton se siente irritado con Lawton Keller y, por lo tanto, siempre existe la posibilidad de que esos dos mil dólares sean efectivamente el tope máximo a que piensa llegar. Es muy probable que haya puesto sus ojos en alguna otra propiedad, estimando que no hay más de dos mil dólares de diferencia entre ambas.

—Eso creo yo también, pero, por otra parte, ese Benton me da la impresión de un individuo que no ceja fácilmente en su empeño.

Mason rió al decir:

—Creo que estamos murmurando de nuestro anfitrión y corremos el peligro de que otros oídos nos estén escuchando.

—No me importa. Estaba tratando de leer un libro que cogí de la biblioteca del yate.

—¿Qué tal es?

—No logra despertar mi interés. Continúo pensando a mi pesar en toda esta gente de a bordo. Algunos de ellos se odian y la niebla les obliga a permanecer juntos toda la noche. ¿Has subido a cubierta?

—Sí; ya di una vuelta por ella.

—¡Qué niebla más espesa!, ¿verdad?

—¿Cómo te sientes, Della? ¿Intranquila?

—Lo estaba, pero ahora me encuentro mejor.

—Podemos subir, y buscar en la radio un poco de música bailable.

—No, no, gracias; a menos que tú lo desees así. Hace frío y con esta bruma… Sólo quería escuchar tu voz. Me siento un poco nerviosa.

—¿Nerviosa?

—Sí.

—¿Por qué?

—No podría explicártelo… Tal vez porque no me gusta verme encerrada con toda esta gente.

—Creo que te comprendo —le dijo Mason—. Has trabajado mucho y eso te ha alterado los nervios. Vuelve a la lectura, Della, y, después, duerme profundamente. Es posible que mañana ya se haya aclarado el panorama.

La secretaria rió ligeramente.

—Quizá me esté poniendo excesivamente susceptible, pero tendrás que admitir que con toda esta gente en medio de la espesa niebla y con un río glacial bajo nuestros pies…

—Mañana te sentirás mejor, Della. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! —contestó la joven, cortando la comunicación.

Mason cogió de nuevo el libro, pero pronto comprobó que las páginas impresas no lograban despertar su interés. Entonces apagó la luz y se dispuso a dormir. Su esfuerzo fue estéril. El yate parecía envuelto en un silencio extraño y opresivo, interrumpido solamente, de vez en cuando, por el leve rumor del agua que lamía el casco.

Mason, después de dar varias vueltas en el lecho, terminó por encender de nuevo la luz, con la sana intención de seguir leyendo.

Era ya casi medianoche cuando cerró el libro y, preso de impaciencia, se vistió.

Al llegar a cubierta, comprobó que la bruma se había espesado hasta el punto de impedir la visión a pocos pies de distancia en cualquier dirección.

La proa se orientaba ría arriba. De pie, cerca de ella, Mason

escuchaba el rumor de la corriente que arremolinan las aguas en torno de la cadena del ancla.

Lenta y pensativamente, Mason avanzó hacia la proa y divisó a uno de los tripulantes que permanecía inmóvil. Era un guardián nocturno; alguien que no se preocupaba en absoluto de los invitados, y que se dedicaba sencillamente a observar la noche, inmóvil como una estatua.

Mason retornó a popa. Sumido en sus meditaciones, permaneció unos diez minutos contemplando la bruma que lo cubría todo. Inopinadamente, fue sacudido por un grito de mujer que parecía surgir de las proximidades de la popa seguido casi instantáneamente de un perceptible chapoteo.

Mason miró hacia la proa. El guardián ya no se encontraba en su sitio; quizá se hubiese dirigido hacia la popa por el lado de estribor.

Mason regresó a la popa. Percibió el leve rumor de unos pasos que se apresuraban y, después, una silueta que corría rápidamente por la cubierta tropezó con él.

A su olfato llegó el aroma de un perfume, mientras sentía en las manos el suave contacto de la seda. Indudablemente, la mujer se había lanzado en sus brazos, presa del pánico. Sentía el palpitar de su corazón y la tensión que parecía dominar todo su cuerpo. Después, al mover ella la mano, el abogado advirtió el brillante reflejo de un objeto metálico. La mujer llevaba un revólver.

Desde cerca de la popa del yate llegó hasta ellos el grito de: «¡Hombre al agua! ¡Hombre al agua!».

Se percibieron una serie de sordos ruidos contra los costados del barco, como si un objeto que se resistiese fuera arrastrado por la corriente, en el lado opuesto adonde se encontraba Mason.

Siguió un momento de silencio, sin que volviesen a percibirse más chapoteos ni golpes contra el casco del yate. En cambio, estalló la ruidosa confusión de puertas que se abrían y cerraban e irrumpió un coro de voces alteradas y el estruendo de nerviosas carreras.

—¡Por favor, déjeme marchar! —explicó la mujer, alteradamente.

Fue entonces cuando Mason se dio cuenta de que se trataba de Marion Shelby.

—¿Qué ha pasado?

—No, no, por favor.

—¿Qué es esto? —preguntó Mason, cogiendo el arma.

Los músculos de la mujer se endurecieron, y con un movimiento convulsivo de todo su cuerpo, se apretó contra el abogado. De súbito, se le doblaron las rodillas y casi cayó sobre la cubierta. El abogado trató de sostenerla, pero la seda de su vestido de noche se deslizó de sus manos. Antes de que Mason pudiese retenerla, ella logró escurrirse. Sus dedos se aferraron a la seda del traje, oyó cómo se rasgaba ésta y después el ruido que hacía la mujer al correr por la cubierta.

Instantes después la cubierta se iluminaba. Alguien lanzó al agua un salvavidas provisto de una caja de carburo. Una brillante y blanca luz iluminó la superficie del agua y el salvavidas se deslizó arrastrado por la corriente.

Una mano se aferró a su brazo. Volvió la cabeza y vio a Parker Benton vestido con pijama y en zapatillas.

—¿Qué ha ocurrido?

—No sé. Oí que alguien gritaba «¡hombre al agua!», y después sentí un chapoteo.

—¿Oyó algún disparo?

—Creo que algo oí de eso.

—¡Preparen ese reflector! —ordenó Benton.

—Ya estamos haciéndolo —respondió un hombre desde la cabina del piloto.

La lona que cubría el reflector fue quitada rápidamente y, a los pocos segundos, el brillante haz de luz se hundía en la opaca bruma, que parecía absorber la claridad en su lechosa inmovilidad.

—Revisen la popa, un poco detrás de ese salvavidas —gritó Benton.

El reflector se deslizó por el agua en torno de la luz que flotaba sobre el salvavidas. Se bajó al agua un pequeño bote, y, una vez armados los remos, la lancha empezó a recorrer de un lado a otro, a favor y en contra de la corriente. En la proa, un hombre se inclinaba sobre el río empuñando una potente linterna…

—¡Que todo el mundo suba a cubierta para ver si falta alguien! —gritó Benton, quien seguidamente se volvió hacia Mason, diciéndole—: ¿Cómo? ¿Ya está usted vestido y en cubierta? ¿No se encontraba acostado?

—Me metí en la cama, pero no pude dormir y, entonces, me vine

a cubierta para respirar un poco de aire.

—¿Cuánto tiempo llevaba usted aquí antes de que se produjese el incidente?

—Lo ignoro. Tal vez unos veinte minutos.

—¿Ha visto usted a alguien?

—A un hombre en la proa. Creí que sería alguien de la tripulación.

—¿A nadie más?

—También vi a una mujer que corría por cubierta en camisón de dormir.

—¿Y quién era?

—Lo siento. No puedo decirlo.

Benton miró pensativamente a Mason.

—Tenga presente una cosa, Mason; soy yo quien dirige el yate.

Después de estas palabras, Benton se alejó de él rápidamente.

La noche se llenaba ahora de sonidos reveladores de una gran actividad. Por los corredores y camarotes, el ruido de las puertas que se abrían o cerraban y el rumor de precipitadas carreras, junto con las voces nerviosas y excitadas formaban un verdadero pandemonio. Pero en medio de aquella confusión, una voz seca y autoritaria imponía un cierto orden. La lancha motora había sido bajada al agua y se dedicaba a describir círculos en torno del yate.

Diez minutos más tarde, cuando Mason se encontraba en la barandilla cerca de la popa, Della Street se le aproximó.

—¿Qué significa todo este jaleo, jefe?

Mason, con la mirada fija en la superficie oscura del agua, replicó en voz baja:

—Lo ignoro, Della. Tranquilízate.

—Parece que Scott Shelby falta.

—Ya me figuré que debía ser él.

—Su mujer se encontraba en cubierta —informó Della—. Dice que…

—¡Aquí tenemos otra vez a Parker Benton! El hombre parece dispuesto a todo. Vete y pasea por ahí fisgoneando lo que puedas.

Della Street se alejó de su jefe, al mismo tiempo que Parker Benton avanzaba hacia él.

—Falta Scott Shelby —anunció el recién llegado.

—Así he oído decir.

—Su mujer estaba en la cubierta. Ésa fue la mujer que vio usted.

—¿Fue ella?

—Sí. No comprendo cómo no consiguió usted identificarla.

Mason permaneció silencioso y Benton continuó:

—Dice que su marido le telefoneó. Parecía excitado. Le pidió que cogiera el revólver y que se lo llevase a cubierta. Él estaba telefoneando desde la proa del barco y ella debía apresurarse porque se trataba de un asunto de vida o muerte.

—¿Y qué hizo la señora Shelby?

—Saltó del lecho, cogió el arma, y sin siquiera echarse la bata, salió corriendo del camarote. Al acercarse a la popa vio vagamente a una figura que se movía de un lado a otro, como si estuviera luchando con alguien. Pero ella afirma que sólo vio a una persona. La otra debía estar oculta por la primera.

Benton se detuvo para estudiar el rostro de Mason.

—Continúe —le dijo el abogado.

—Justamente antes de que ella llegase, el hombre se tambaleó y cayó por la borda. Ella gritó al sentir el chapoteo y después hubo algo así como una pequeña explosión y una serie de golpes en el agua. En aquel momento ella ya había llegado a popa y pudo oír que la llamaban por su nombre. Se inclinó sobre la borda y en el agua vio a un hombre que se agitaba como si estuviese herido y tratase de nadar. Seguidamente, la luz que salía por el ojo de buey del castillo de proa, iluminó la figura que había en el agua y la señora Shelby reconoció a su marido. Le llamó por su nombre, y, por lo visto, intentó gritarle algo así como un mensaje. Pero ella no logró entenderlo, porque la voz llegaba confusamente. De repente, el hombre dejó de luchar y desapareció bajo las aguas. La señora Shelby creyó que su marido reaparecía por el lado de estribor y corrió en esa dirección, sin verlo ya más. Dice que usted la detuvo y que ella se encontraba demasiado alterada para hablar con coherencia.

—El relato concuerda sustancialmente con los hechos que yo conozco —apreció Mason.

—Pero no con los hechos tal como deben haber acontecido —opinó Benton.

—¿No? —indagó Mason, con sorpresa.

—No —negó Benton categóricamente—. En primer lugar, Shelby

no pudo telefonear desde la proa del yate.

—¿Por qué? —preguntó Mason—. Si mal no recuerdo, allí hay un teléfono dentro de una pequeña cabina. Cuando usted nos acompañó para que visitásemos el yate nos lo mostró. Por supuesto, nada digo sobre la posibilidad de que un marido telefonee a su mujer en circunstancias como las que ha mencionado, y me extraña…

—Le repito que por ese teléfono no pudo telefonearle a su mujer. La instalación telefónica de este yate es algo particular. No quise emplear una centralita que hubiese requerido los servicios de una telefonista. En consecuencia, me decidí por otro sistema.

—Continúe; esto me interesa.

—Los aparatos instalados en los camarotes pueden comunicarse entre sí y con el camarero, pero no con otra parte del yate. Sólo en uno de estos camarotes existe un teléfono que puede comunicar con todos los demás del yate, pertenezca o no a las cabinas.

—¿El suyo? —preguntó Mason.

—Justamente, el mío —confirmó Benton—. Puedo comunicarme con la cabina del piloto, con la sala de máquinas, con la cocina y con la garita de vigilancia a proa y a popa y, por supuesto, con los restantes camarotes y con el camarero. Pero Scott Shelby no pudo llamar a su mujer desde la proa del yate.

—Entonces, desde la caseta de proa sólo se puede llamar al suyo, ¿no es eso?

—Exactamente —dijo Parker Benton—. Está en el circuito que comunica con mi camarote y con las demás dependencias del yate, sin que pueda establecer comunicación con otro camarote que no sea el mío. Por lo tanto, si Marion Shelby recibió la llamada de que habla, debió provenir de alguno de los otros camarotes o de la cabina del camarero. Como usted sabe bien, los restantes camarotes estaban todos ocupados.

—¿Y la cabina del camarero?

—El camarero de turno es un individuo que trabaja conmigo desde hace ya varios años y en el que tengo plena confianza. En cierta ocasión le salvé la vida, y su lealtad hacia mí es inalterable.

—¿Sabe usted si estaba durmiendo?

—Cuando ocurrió el suceso se encontraba sentado ante su mesa leyendo. No oyó el grito, pero sí el disparo y el ruido de algo que

chocaba contra el costado del yate, arrastrado por la corriente. Como verá, me encuentro en una situación muy embarazosa. Uno de mis invitados ha desaparecido y su mujer cuenta una historia increíble.

—No veo nada de increíble en ello —dijo Mason.

—Asegura que su marido le telefoneó desde la cabina situada en la proa. Cuando acompañé a mis invitados para que viesen el yate les mostré esa cabina de proa y ellos, naturalmente, debieron suponer que todos los teléfonos estarían incluidos en un mismo circuito.

—Perdóneme, señor Benton. Creo entender algo de estos asuntos y, a mi modo de ver, la declaración de la señora Shelby no es argumento suficiente para calificar su historia de falsa.

—¿No?

—En modo alguno.

—¿Y en qué se funda para hacer esa afirmación tan categórica?

—Su marido pudo haberle dicho que le telefoneaba desde la proa del yate, siendo él únicamente quien mintió, por desconocer el sistema de instalación telefónica. Shelby se encontraba con todos nosotros cuando usted nos mostró aquel teléfono.

—En tal caso —dijo Parker Benton, fríamente—, Shelby debió telefonear desde alguno de los otros camarotes o desde la cabina del camarero. Pero a mí me consta que no lo pudo hacer desde este último sitio.

—Esto presta un interés aún mayor al problema —opinó Mason —. ¿Qué se hizo del arma que llevaba la señora Shelby?

—Estimé oportuno hacerme cargo de ella. La policía exigirá verla. Una de las cámaras tiene un casquillo vacío. Las demás, están cargadas.

—Algunas personas acostumbran a cargar el revólver de esta forma, con un casquillo vacío bajo el percutor.

—Ése es un detalle que ya determinará la policía —dijo Benton —. Usted parece en cierto modo partidario de la señora Shelby. ¿Es que ha conseguido despertar su interés?

—No ironice. Soy partidario de ella, porque sé la actitud que adoptará la policía. Tratarán de acorralarla. Por eso me esfuerzo en comprobar si no existirá algún otro factor que no hayamos tomado en consideración.

—Temo que no lo haya.

—¿Se hace todo lo posible para dar con el cadáver?

—Todo. Las dos lanchas están rastreando el agua. No existe la menor posibilidad de que el hombre esté vivo. Debe haberse ido al fondo y por aquí hay más de veinte pies de profundidad.

—¿Estaba Shelby vestido o desvestido? En otras palabras, ¿ha visto usted sus ropas en el camarote?

—Shelby y su mujer se acostaron. Se trata de un camarote de dos camas. Al parecer, poco después de haberse dormido la mujer, Scott Shelby se levantó y se vistió. Lo extraño es que, por lo visto, no se puso los calcetines ni la ropa interior. Se limitó a colocarse el pantalón, la camisa, los zapatos y la americana y subir después a cubierta.

—¿Y el sombrero? —preguntó Mason.

—También esto es muy extraño. Se puso también el sombrero, y, sin embargo, prescindió de la ropa interior, del cinturón y de la corbata. Al parecer, se vistió a toda prisa. La última persona que confiesa haberle visto es su mujer, cuando apagó la luz poco antes de dormirse. Asegura que Shelby se manifestaba disgustado. Había esperado llegar a un acuerdo satisfactorio.

—¿Se lo dijo ella?

—Así parece. Opinaba que cuatro mil dólares era demasiado poco, y, sobre todo, que yo le había humillado por la forma en que abordé el asunto. Desconozco otros detalles, pero esto es en términos generales lo que su mujer me ha dicho.

—¿Y qué sucedió después?

—Ella dormía profundamente cuando sonó el teléfono. Dice que cogió el auricular sin estar aún despierta del todo. La voz de su marido le ordenó que sacase el revólver que estaba en la maleta y que se lo llevase cuanto antes a cubierta. Shelby le encareció la urgencia de su recado, conminándola a no perder tiempo en vestirse. Luego a ella le pareció oír que alguien, probablemente su marido, se quejaba como si hubiese desarrollado un gran esfuerzo o recibido un golpe doloroso. Cree también que después hubo como el ruido de un disparo, pero no está segura.

—¿Qué hizo a continuación?

—Declara que sin detenerse siquiera a pensar, colgó el auricular, sacó el revólver y se lanzó a cubierta, vestida sólo con el camisón.

—¿Piensa avisar a la policía? —preguntó Mason.

—Tan pronto como estime posible que uno de los botes abandone la búsqueda.

—¿Y cuándo se resolverá a hacerlo?

—En cuanto llegue a la conclusión de que resulta inútil tratar de hallar el cadáver… Tal vez dentro de cinco o diez minutos. Entonces una de las lanchas irá a la ciudad para avisar al sheriff. Entretanto, tomaré las medidas oportunas para que nadie pueda abandonar el yate.

Mason asintió con la cabeza, y Benton le preguntó:

—¿Se le ocurre alguna idea?

—No, ninguna.

—Gracias. Ésta es mi primera experiencia en tales trajines… Quería saber si aprobaba mi plan de acción.

—Por completo.

—Gracias —le dijo Benton, alejándose de él.

Capítulo 10

Sobre el yate parecía gravitar una atmósfera opresiva. Los invitados iban y venían de los camarotes a la cubierta con aire cohibido.

La tripulación de los botes proseguía su estéril búsqueda y el rumor de los remos en el agua era lo único que rompía el silencio de la noche brumosa. De vez en cuando se escuchaba una áspera voz que daba órdenes.

Mason, acompañado por Della Street, se mantenía aislado en la proa del yate.

—¿Qué te propones, jefe? —preguntó de pronto la secretaria—. ¿Por qué no nos vamos a otra parte más abrigada?

—Quiero permanecer aquí hasta que llegue la policía.

—¿Por qué razón?

—En primer lugar, me interesa no apartarme de la proa y, en segundo, creo que manteniéndome aislado de los demás podré evitar que alguien intente franquearse conmigo.

—¿Quieres que te haga compañía?

—Si sientes frío, puedes marcharte, Della.

—Pues la verdad es que siento bastante frío. No es extraño, porque ya llevo mucho tiempo levantada y esta maldita niebla cala hasta los huesos. Pero mi camarote tampoco me parece muy acogedor. ¿En qué situación quedará ahora la proyectada compra de la isla?

—¿Por qué lo dices?

—¿Insistirá Parker Benton en adquirirla?

—Probablemente, no.

—Pero si Shelby ha muerto, supongamos que asesinado, ¿no beneficiará su muerte en alguna forma al asesino?

—En modo alguno, en cuanto se refiere a este negocio. En

realidad, su acto repercutirá en este asunto negativamente. Parker Benton está ya al tanto de la concesión, y si adquiere la propiedad se verá sujeto a ella hasta que haya sido registrada o no. Con la muerte de Scott Shelby se esfuma toda esperanza de llegar a un acuerdo, por lo menos hasta que no haya sido designado un administrador de sus intereses. No hay duda de que el nuevo panorama no será muy del agrado de Benton.

—¿Quieres decir que el asesino no podría ser uno de los que…? Yo había intuido en principio…

La voz de Della se apagó en un silencio opresivo y Mason le dijo:

—Yo me limito a citar la ley. Pero ello no afecta necesariamente al móvil del asesino.

—¿Cómo?

—Sí. El asesino puede muy bien haber desconocido la ley y no reflexionar debidamente sobre la materia, creyendo que Scott Shelby se alzaba entre él y un lucrativo provecho por la venta de cierta propiedad o tal vez la propiedad misma.

—Continúa —le animó Della Street.

—Como te decía…, pero, ¡calla!, creo que alguien nos escucha.

Una vaga figura se dibujó cerca de ellos, y Lawton Keller avanzó, fingiéndose sorprendido.

—¡Caramba! Ignoraba que ustedes estuviesen aquí.

—¿Busca a alguien?

—Me limito a hacer un poco de ejercicio para combatir el frío. Le insinué al señor Benton que nos convendría beber algo caliente, pero el hombre, por lo visto, no desea que la policía crea que hemos estado ingiriendo demasiado alcohol. Por lo que a mí respecta, daría cualquier cosa por beber un poco de brandy.

—Confieso que el panorama no carece de sugestión —dijo Mason.

—Siempre que el brandy estuviese a nuestro alcance —apuntó Keller, riendo.

Rieron los otros dos personajes un poco forzadamente, y, luego, Lawton Keller preguntó:

—¿Se sabe, por fin, qué estaba haciendo Shelby aquí en la proa?

—Aún no —respondió Mason—. No he hablado con nadie y, con franqueza, preferiría no saber nada de lo que opinan los demás.

—En realidad —dijo Lawton Keller—, yo debería mostrarme

apenado, pero, con franqueza, creo que ese individuo era un tunante. De todas formas, no creo que de estar en disposición de hacerlo hubiese dejado fracasar el negocio a ese precio.

—¿No se le ha ocurrido pensar —preguntó Mason—, si, en última instancia, la muerte de Shelby no habría servido para cambiar la situación?

Lawton Keller pareció sinceramente sorprendido de tales palabras.

—Pues, a decir verdad, no he pensado en ello; mejor dicho, pensé en lo que usted dice sin concederle mucha importancia.

—Lo mejor sería preguntarle a Parker Benton lo que se propone hacer —estimó Mason—. Creo que Benton sí ha pensado bastante en este sentido.

Keller parecía sentirse completamente desconcertado.

—¿Según usted, esta muerte no aclara la situación?

—Al contrario, la complica más que nunca —replicó Mason.

Keller permaneció silencioso durante algunos segundos. Después, sacó un cigarrillo y lo encendió. La mano que sostenía el fósforo temblaba.

Della Street miró furtivamente a su jefe y el abogado, con un gesto casi imperceptible, le indicó que se abstuviese de hacer comentarios. Finalmente, la cerilla que sostenía Keller se apagó y todo volvió a quedar en la penumbra.

Visiblemente alterado por la afirmación de Mason, Keller inició la retirada, pero de súbito volvió sobre sus pasos, diciéndole a Mason:

—Ahora me acuerdo de algo que tal vez pueda tener importancia.

—¿De qué se trata?

—Marjorie Stanhope andaba por la cubierta poco antes de producirse el suceso.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Porque la vi.

—¿Desde dónde?

—Desde la ventana de mi camarote. No podía conciliar el sueño y me levanté para fumarme un cigarrillo. Pensé si la bruma se habría disipado por fin o si todavía resistiría. Entonces, me asomé a la ventana de mi camarote, que se abre sobre cubierta, al lado de

babor.

—¿Estaban las luces encendidas? —preguntó Mason con acento despreocupado.

—No, pero había cierta iluminación. La oscuridad no era total.

—¿Y qué vio usted?

—A Marjorie Stanhope paseándose por la cubierta.

—¿Hacia proa o hacia popa?

—Hacia popa.

—¿Marchaba como si se encaminase a algún lugar determinado o dando la impresión de pasear sin rumbo fijo?

—A mí me pareció que se dirigía a algún sitio.

—¿Le ha informado a alguien más de este extremo?

—No. Solamente se lo he dicho a usted. ¿Opina que he debido haberlo dicho antes?

—Usted mismo puede juzgarlo.

—Ya lo pienso. Supongo que la policía hará innumerables preguntas.

—Sin duda.

—¿Debo informarle de lo que sé?

—En el caso de que le pregunten si ha visto a alguien, no creo que le interese mentir.

—No. Además, no me proponía hacerlo.

—Naturalmente, usted ya sabe que no está obligado a declarar nada que no quiera decir. Pero si le toman declaración y usted olvida mencionar un hecho tan importante como ése, y después se ve obligado a informar de él para responder a otra pregunta, se vería usted en un serio aprieto.

—Ya lo comprendo —dijo Lawton Keller—. Preferiría que interrogasen a Marjorie Stanhope primero. Si ella declara que estuvo en la cubierta, todo resultará bien sencillo.

—¿Y si no lo hace así? —interrogó Mason.

—¡Demonio!, entonces… La verdad, Mason, es que no he pensado en esa posibilidad. Si no lo hace y trata de ocultar el hecho, yo creo que mi obligación es hablar. Claro que eso viene a ser algo así como acusarla de alguna cosa, ¿no le parece?

—Ése es un problema suyo, Lawton. No pienso exponerle mi opinión —contestó Mason.

—Pero, compréndame, Mason. No sé si ir a decirle a la señorita

Stanhope que la vi o bien esperar a que ella lo declare. Tal vez sea mejor que hable antes con ella.

—No creo que tenga mucho tiempo para reflexionar y resolver sus dudas. Si no me equivoco, aquí tenemos ya a la policía.

A través de la bruma llegó el agudo sonido de un silbato, que fue contestado por el yate con dos toques de sirena. El reflector iluminó la superficie del agua formando un túnel de claridad.

—En efecto, parece que es la policía —dijo Lawton Keller, marchándose seguidamente.

—¿Quieres que vaya a ver si intenta hablar con la señorita Stanhope? —preguntó Della al quedarse solos.

—No creo que tenga tiempo para hacerlo —replicó Mason.

En aquel momento la lancha de la policía apareció en medio del haz luminoso.

Un hombre que aparecía de pie en la embarcación arrojó a la cubierta del yate un cabo que fue ágilmente cogido. Instantes después, la lancha quedaba asegurada.

Los dos policías con aspecto de autoridades rurales, se sentían evidentemente impresionados por la magnitud del asunto.

Los pasajeros se reunieron en el comedor y los dos policías se instalaron en la cabecera de la mesa. Uno de ellos comenzó a interrogar con acento nasal. Era un vejete de unos sesenta años, enjuto y débil, que llevaba unas gafas que parecían cubrirle los ojos como una opaca película. No obstante su aspecto, el hombre parecía compenetrarse con la situación desde los diferentes puntos de vista.

—Me gustaría —dijo— saber si alguien tiene alguna idea concreta de lo que realmente ha ocurrido.

Hubo un profundo silencio, y, de súbito, la señora Shelby intervino resueltamente:

—Creo que soy la única persona que sabe lo sucedido. He hecho ya mi declaración, pero no tengo inconveniente en repetirla.

Tras estas palabras volvió a relatar nuevamente todo cuanto había expuesto con anterioridad.

El sheriff la escuchó con suma atención y, cuando la mujer terminó de hablar, se dirigió a Perry Mason, preguntándole:

—¿Se encontraba usted en la cubierta, señor Mason?

—Efectivamente.

—¿Qué puede usted decirme?

—Lo que sé se identifica sustancialmente con lo que ya ha declarado la señora Shelby.

—¿Había alguna persona más en cubierta? —interrogó el policía.

Se produjo un silencio algo embarazoso, que interrumpió el otro policía, diciendo:

—Si no fuese por el disparo, nada singular se observaría en este asunto, ya que no es muy extraordinario que el tripulante o el pasajero de un yate caigan por la borda. Pero ese disparo modifica completamente la situación. ¿Está usted segura de haber oído un tiro, señora Shelby?

—Sí.

—Pero usted tenía en la mano un revólver.

—Así es.

—¿Y no lo dispararía usted misma?

—No.

—¿Está completamente segura?

—Completamente.

—En el tambor hay un casquillo vacío.

—Sí, ya lo sé.

—¿Y cómo lo sabe?

—El señor Benton, después de haberle informado yo de lo ocurrido, abrió el arma y me dijo que uno de los casquillos estaba vacío. En realidad, yo no lo vi.

—¿Aparecían todos los demás cargados?

—Así parece.

Los dos policías cambiaron una mirada y después uno de ellos se dirigió a Mason.

—¿Por qué estaba usted en la cubierta?

—No podía conciliar el sueño.

—¿Intuía tal vez que pudiese ocurrir algo?

Mason sonrió.

—Mis facultades telepáticas no llegan a tanto.

El policía meditó con rostro impasible.

—Lo primero que debemos hacer es tratar de encontrar el cadáver.

—Ya lo estamos buscando —intervino Parker Benton—. Hemos agotado todas las posibilidades en este sentido, y puedo asegurarle

que no hay nadie sobre el agua que pugne por salvarse. Me parece, señora Shelby, haberle oído decir que su marido sabía nadar. ¿Me engañó?

—No. Mi esposo era un excelente nadador y no podría haberse ido al fondo. Estoy segura de que al caer por la borda se hubiese mantenido indefinidamente en la superficie del agua a no ser… Bueno, ya sabe lo que quiero decir.

—¿Se refiere usted a no estar herido por una bala?

—Eso mismo.

—¿Sabe usted de algún motivo por el cual alguien intentase matarlo?

La señora Shelby vaciló, mientras su mirada buscaba la de Parker Benton. Después fijó sus ojos en Lawton Keller y, por último, en Jane Keller.

—No —contestó, lacónicamente.

En aquel instante y de un modo súbito, Margie Stanhope intervino.

—Yo también estuve en cubierta —declaró.

El policía se volvió vivamente hacia ella.

—¿Qué hacía?

—Me paseaba. No podía dormir. El asunto que se ventilaba significaba mucho para mí.

—¿A qué asunto se refiere?

—A cierto negocio pendiente entre el señor Benton y el señor Shelby.

—Ya se lo explicaré más tarde —intervino Benton, dirigiéndose al policía de mayor graduación.

Éste se dirigió de nuevo a Marjorie Stanhope.

—¿Vio usted a alguien en cubierta?

—Sí, al señor Shelby.

—¿Dónde?

—En la proa.

—¿Qué hacía allí?

—Parecía esperar a alguien, como si tuviese una cita.

—¿Habló usted con él?

—Lo intenté, pero me rogó que lo dejase en paz. Me dijo que estaba citado con alguien para discutir cierto asunto.

—¿Le explicó quién era esa persona?

—No.

—¿Por qué no nos habló de todo esto antes?

—Creo que ésta es la primera oportunidad que tengo para hacerlo.

Los dos policías cambiaron entre sí algunas palabras en voz baja y finalmente el jefe se volvió hacia la señora Shelby.

—Creo oportuno formularle una pregunta personal: ¿Estaba su marido asegurado?

—Sí.

—¿Por cuánto?

—Por una suma bastante elevada.

—¿Cuándo se hizo el seguro?

Marion Shelby suspiró y dijo:

—Hace dos meses.

El policía paseó su mirada por los reunidos y finalmente, les dijo:

—Estimó oportuno que se retiren todos ustedes a sus camarotes. Necesitamos interrogar un poco más a la señora Shelby, y será mejor hacerlo a solas.

Capítulo 11

Marion Shelby llamó tímidamente a la puerta del camarote de Mason.

—¡Adelante! —respondió la voz del abogado.

La señora Shelby penetró en el camarote diciendo:

—Espero que me perdonará la molestia que le ocasiono, pero… tenía que verle.

Marion Shelby debía haber llorado a juzgar por el enrojecimiento que se observaba en sus ojos.

—¿En qué puedo servirla? —preguntó Mason—. ¿Se ha portado la policía duramente con usted?

—Sí.

—¿Hacen alguna acusación concreta?

—Concretamente, no; pero… Señor Mason, me gustaría que usted… En caso de que algo pueda suceder… Bueno, creo que ya comprende lo que le quiero decir.

—Continúe —la animó Mason.

—Deseo que usted me represente, que me defienda; ignoro lo que ocurrirá y los obstáculos con que pueda tropezar, pero…

—Su marido me habló de algo así como de un intento de envenenamiento.

—Sí, los dos comimos alimentos en malas condiciones. Ahora sospecho que algo debía haber en ellos.

—¿Tenía su marido enemigos?

—Sí.

—¿Muchos?

—Creo que sí.

—¿Cómo se llevaban ustedes?

La mujer suspiró antes de responder:

—Bueno, creo que siempre traté de ser amplia de criterio.

—¿Insinúa que había otras mujeres en la vida de su marido?

—Lo ignoro. Jamás le hice la menor pregunta en este sentido.

—Pero usted se sospechaba algo en este sentido, ¿no?

—Mi marido permanecía fuera de casa hasta bastante tarde. Y cuando llegaba no hablaba apenas conmigo. Tenía muchas preocupaciones y, comprendiéndolo así, yo procuraba no molestarle. Siempre que deseaba que lo dejase solo, me apresuraba a satisfacer su deseo.

—¿No le hizo usted nunca ninguna pregunta?

—Jamás. Siempre creí que ese sistema era el culpable de que muchos matrimonios fracasen. Uno u otro de los esposos empiezan a considerar irritante la situación. Además, resulta imposible evitar que una persona haga finalmente lo que en el fondo desea. Creo que todo el mundo aspira a disfrutar de la mayor libertad de acción posible. Y en el instante en que alguien estima que su libertad es coartada, se siente molesto.

—¿Y no se sentía usted algo defraudada en su matrimonio?

—Tal vez estuviese un poco desilusionada de mi marido.

—¿Hay algún otro hombre en su vida?

—No —respondió la mujer, mirando al abogado fijamente.

—Deseo saber una cosa, señora Shelby: ¿piensa ser franca conmigo?

—Completamente, señor Mason. Le doy mi palabra.

Mason meditó unos instantes, y después le preguntó:

—¿Le telefoneó usted a Parker Benton para insinuarle que un cambio de impresiones en su yate, con su asistencia personal, significarían la solución del asunto que se ventilaba?

—¿Y por qué supone que yo haya hecho eso? —preguntó Marion Shelby clavando en el abogado sus sorprendidos ojos.

—Pero, ¿lo hizo usted o no?

—En efecto. ¿Cómo lo ha averiguado?

—Sólo me lo imaginaba.

—Fue mi marido quien me pidió que lo hiciese. Parecía sentirse algo nervioso. Me dijo que había tenido a su alcance la oportunidad de arreglar el asunto con un abogado, a quien creía representante de Parker Benton, pero que no la había sabido aprovechar. Añadió que tal vez no fuese aún demasiado tarde si yo me decidía a telefonearle al señor Benton, en forma anónima y sin darle a

entender quién le llamaba, para decirle que mientras Scott Shelby se mostraba como un hombre testarudo y porfiado, su mujer era todo lo contrario, y que si él la invitaba…

—¡Un momento! —la interrumpió Mason—. Este detalle puede ser de gran importancia para usted. ¿Surgió entre usted y su marido alguna discusión previa relativa a emprender un crucero en este yate?

—No.

—¿Está segura?

—Completamente. Apenas si sabíamos quién era en realidad Parker Benton.

Mason frunció el entrecejo mientras la mujer continuaba:

—Mi esposo deseaba hacer un crucero en yate aprovechando este fin de semana. Había uno que deseaba probar para adquirirlo si llegaba a agradarle. Mi marido y un amigo suyo preparaban ya el crucero y contaba conmigo. Una excursión de fin de semana, pero en el yate que él proyectaba adquirir entonces…

Se interrumpió de súbito al oír que llamaban a la puerta. Mason se levantó para abrir. En el umbral se dibujó la figura del jefe de policía, junto con la del sargento Dorset.

—¡Caramba! —exclamó Mason—. ¿Qué hace usted aquí? ¿No cae esto fuera de su jurisdicción?

Dorset respondió fríamente:

—Intenté venir aquí antes de que fuese tarde, pero compruebo que no lo he logrado.

—¡Antes de que fuese tarde! ¿A qué alude, sargento?

—Quise evitar el asesinato de Scott Shelby.

—Pero, ¿sabía usted que su vida corría peligro?

—He conseguido reunir las suficientes pruebas para intuirlo así —contestó el sargento Dorset.

Mason le consideró con ojos risueños.

—Bueno, sargento, no creo que haya necesidad de tantos secretos.

—Muy bien, saciaré su curiosidad: he venido a cumplir una orden de arresto.

—¿Contra quién?

—Contra Marion Shelby, por intento de asesinato. Ella administró a su marido el veneno que hubiera terminado con él si

no hubiese sido atendido prestamente por un médico.

Marion Shelby retrocedió como si las palabras del policía la hubiesen golpeado físicamente. Amparándose junto a Mason, replicó:

—Usted… usted no puede hacer semejante afirmación. No es cierto.

—Tranquilícese —le dijo Mason, quien después se dirigió al sargento—. ¿Qué más tiene que decirnos?

—¿Acaso no basta con lo que han oído?

—Si hay algo más, nos agradaría escucharlo.

—Ya lo oirá en el momento oportuno —les dijo Dorset.

El abogado se dirigió a la mujer, diciéndole:

—En estas circunstancias, señora Shelby, y en vista de que ha sido detenida, estimo que lo más conveniente para usted es no hacer ninguna declaración.

—¡Pero debo rechazar esos cargos! —exclamó Marion Shelby con indignación—. Son absolutamente infundados, falsos y maliciosos.

—Muy bien, rechácelos si le parece bien —le dijo Mason—. Y ahora, si he de representarla, recuerde que necesito que usted adopte una sola actitud. A la prensa le dirá usted estas cuatro palabras: «Nada tengo que decir». Y ante la policía se debe limitar a manifestar que no es usted culpable y que el cargo es absurdo, pero que no puede hablar en ausencia de su abogado, única persona facultada para hablar en su nombre.

—La vieja fórmula —gruñó el sargento Dorset.

—Justamente —confirmó Mason—. Siempre que intuyo que mi cliente es víctima de un error, me decido por ella.

—¿Un error? —dijo Dorset riendo.

—Así lo sostengo.

—Muy bien. Trataré entonces de hacerle entrar en razón —dijo Dorset—. Escuche bien lo que le voy a decir: esta mujer hizo que su marido firmara un seguro de vida a su favor, le obligó a transferirle ciertos bienes y después fue a una droguería en donde compró cierta cantidad de arsénico. Según ella, lo necesitaba para matar ratas.

—Yo fui intoxicada también con arsénico al mismo tiempo —le interrumpió Marion Shelby.

—No lo dudamos —respondió Dorset—; se trata de una treta ya vieja. Con frecuencia se hace eso para desviar las sospechas. Pero usted ya tuvo la precaución de ingerir una dosis muy pequeña, mientras que daba a su marido una mortal.

—¡No es cierto!

—¿Recuerda usted el bolso que llevaba ese día? ¿Un bolso de cuero café, que hacía juego con su vestido? —preguntó el sargento.

—Sí.

—Pues bien, en ese bolso se encontró una pequeña bolsita de papel que contenía restos de arsénico.

—¡Imposible! —exclamó Marion Shelby.

—¡Como quiera! Por lo demás, debería admitir que adquirió el arsénico. Ni siquiera se preocupó en caminar mucho para ello; lo compró en una droguería situada tres o cuatro manzanas más allá de su casa.

—¿Y para qué iba a ir más lejos? Nada tenía que ocultar.

—¿Para qué compró el arsénico?

—¡Cuidado! —advirtió Mason.

—No hay por qué tenerlo, señor Mason. Nada tengo que ocultar. Adquirí el arsénico para las ratas, a requerimiento de mi marido.

—¿Y qué hizo con el veneno? —preguntó el sargento.

—Se lo entregué a él.

Dorset se echó a reír.

—Supongo que se apresuraría a invitarla a cenar, que él mismo se envenenaría con el arsénico y que, después, depositaría una pequeña dosis en el plato de usted, guardando finalmente el resto en su bolso.

—Yo…

—Tal vez no ande muy errado —intervino Mason—. Usted se muestra sarcástico, pero me parece que no anda lejos de la verdad. No creo que necesitemos hablar más, señora Shelby.

—Todavía puedo decir algo más —continuó diciendo el sargento Dorset—: Anoche, comprendiendo que el veneno es un procedimiento algo inseguro, esta señora decidió dejarlo a un lado. Trajo consigo un revólver, que sacó de la maleta y, después de arrojar a su marido por la borda, le disparó un tiro, comenzando seguidamente a lanzar gritos de auxilio.

—¡Falso! No he hecho cosa semejante. Ya he declarado a la

policía toda la verdad de lo ocurrido.

—Lo sé —dijo Dorset—, pero, a mi juicio, la historia no es nada aceptable.

—Es la pura verdad.

—Veamos —intervino Mason—; si usted cree que esta mujer disparó el revólver, haga con ella la prueba de la parafina y…

—¡Bah! No creo en esa prueba cuando se trata de un asesinato deliberado. Ella se colocaría un guante y, después de apretar el gatillo, se lo sacaría tranquilamente arrojándolo a lo lejos. El arma fue disparada en las últimas horas; el cañón todavía huele a pólvora y ella confiesa que cuando su marido fue herido la tenía en su poder.

—Pues nosotros insistimos en que se haga la prueba de la parafina —le interrumpió Mason.

—¿Hay aquí parafina? —preguntó Dorset.

—Lo ignoro.

—Confieso que no me agrada su insistencia en ese sentido. Usted sabe que hay muchas formas de desvirtuar esa prueba.

—Les aseguro que yo no he disparado ese revólver —afirmó Marion Shelby.

—¿Oyó usted el disparo?

—Sí.

—¿Asegura que su marido le telefoneó desde la proa del yate?

—El así me lo dijo.

—¿Cómo pudo hacerse con un teléfono? —interrogó el sargento —. ¿Desde qué sitio le telefoneó?

—Creo, sargento —intervino Mason—, que ahora va usted por una buena pista. ¿Qué tal si examinase todos los teléfonos del yate para tratar de revelar alguna posible huella dactilar de Scott Shelby?

El sargento Dorset esbozó una sonrisa.

—Eso equivaldría a perder demasiado tiempo, Mason. Scott Shelby no ha podido dejar sus huellas en ningún teléfono por la simple razón de que no telefoneó. Lo que cuenta su mujer es absurdo. Ella supuso que la compañía de seguros no llevaría a cabo la menor investigación, aceptando tranquilamente pagar los cincuenta mil dólares de la póliza. Se dirigió a una droguería de la vecindad y adquirió el arsénico con el que intentó envenenarlo.

¡Qué ingenuidad!

—Sargento, insisto, una vez más, en que examine los teléfonos y disponga la prueba de la parafina.

—¡En modo alguno! —replicó el aludido, abriendo la puerta para dejar paso a la detenida.

Marion Shelby pasó frente a él con la cabeza alta y el sargento marchó tras ella.

Tras cortos instantes de vacilación, Mason se dirigió al tocador, en donde abrió su bolso de viaje, vaciando el contenido sobre la mesa. Seguidamente se encaminó al teléfono y sacando del bolsillo un cortaplumas, desunió limpiamente los alambres y, con grandes precauciones para no imprimir huellas dactilares, separó el auricular del aparato y lo metió en el bolso, que cerró después.

Momentos más tarde, con el bolso de viaje en la mano, Mason atravesaba el corredor para llamar a la puerta del camarote de Della Street.

—¿Qué pasa? —preguntó la joven al ver a su jefe.

—Dispón tus cosas, porque nos marchamos.

—Pero, ¿no íbamos a esperar a que…?

—Nada tenemos ya que hacer aquí —dijo Mason—. La lancha motora está a punto de partir y nos vamos en ella. El sargento Dorset se ha presentado con una orden de arresto contra Marion Shelby.

—Pero, ¿nos dejarán regresar?

—Si piensan detenernos, tendrán que exponer una razón muy justificada —le explicó Mason—. No creo que lo intenten siquiera. Mi idea es que la solución de este lío se encuentra en tierra. Dorset, en cambio, estima que todo está ya aclarado. Vamos, Della, tenemos que trabajar.

Capítulo 12

Paul Drake, director de la Agencia de Detectives Drake, había aprendido, como los médicos, a ajustar sus hábitos de sueño a las exigencias de su profesión. Estaba habituado a dormir con tres teléfonos junto a la cama. Cuando trabajaba en algún caso importante y se veía despertado por alguno de aquellos aparatos, encendía la luz con una mano mientras que con la otra sostenía el auricular. Todo esto lo hacía de un modo mecánico. Escuchaba la última confidencia, analizaba mentalmente el nuevo aspecto del asunto, dictaba las instrucciones pertinentes y, finalmente, colgaba el auricular y apagaba la luz. Apenas su cabeza chocaba contra la almohada, cuando ya de nuevo volvía a dormirse.

Un buen detective, solía decir Drake, debe reunir dos cualidades. La primera, tener el aspecto de ejercer cualquier otra profesión; la segunda, aprender a dormir y alimentarse cuándo y dónde pueda. Después, Drake añadía con una sonrisa:

—Si tienes sesos, tanto mejor; si no, la cosa no tiene mucha importancia, porque, en realidad, no son muy necesarios.

Drake parecía un hombre fundamentalmente triste y cada vez que Della Street trataba de alegrarle, su respuesta era:

—Déjame solo. Della; trato de parecer un empresario de pompas fúnebres. En mi trabajo, esto es de gran valor.

Los nudillos de Mason repiquetearon en la puerta del departamento de Paul Drake. Casi inmediatamente, el abogado percibió el rumor de unos pies desnudos que se aproximaban.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Drake.

—Perry Mason.

La llave giró en la cerradura de la puerta.

—Della Street viene conmigo —se apresuró a advertir Mason.

—En tal caso, tenéis que esperarme cinco segundos.

Instantes después se abría la puerta y aparecía Drake envuelto en una bata de baño, con los cabellos desordenados.

—Presumo que acabáis de contraer matrimonio o algo parecido y que vienen a comunicármelo —sonrió Drake.

—¡Qué modo tan interesante de pasar una luna de miel! —comentó Della.

Drake se pasó los dedos por la revuelta cabellera.

—Si me hubieseis telefoneado primero, estaría peinado y afeitado.

—E incluso lavado, ¿no?

—Ciertamente —admitió Drake—. Bueno, sentaos y hablad. Dicho sea de paso, ¿qué hora es?

—Las cinco y media —informó Mason, consultando su reloj de pulsera.

—Casi de día —comentó Drake—. ¿Qué ocurre?

—Queremos que encuentres un cadáver.

Drake volvió a meterse en la cama, se tapó, arregló los almohadones y explicó:

—¡Caramba! Ya me suponía yo que vuestra llegada nada tenía que ver con idilios. Por lo visto, necesitáis un crimen diario para vivir tranquilos.

Mason quitó de una silla los pantalones de Paul Drake.

—Siéntate aquí, Della. Yo lo haré en la cama.

Drake cambió la posición de sus piernas para dejar sitio a Mason.

—Deberás admitir que este trabajo es bastante original —le dijo el abogado.

—No oigo una palabra.

—Por lo general —continuó Mason, pacientemente—, siempre se encuentra un cadáver y hay que buscar al asesino. En esta ocasión tenemos al asesino y queremos que localices el cadáver.

—Dragando un lago o algo parecido, ¿no? —preguntó Drake.

—No se trata de un lago, sino de un río.

—Y tengo que dragarlo.

—No; es la policía la que se encargará de esa faena.

—Entonces, ¿dónde tengo que buscar el cadáver?

—En el departamento de una rubia.

—¡Oh! El problema, entonces, es bien sencillo. Me presento a

eso de las seis y cuarto, toco el timbre y digo: «Perdone, señora. Soy representante de la oficina de Estadística Vital. Deseamos saber si tiene usted algunos cadáveres ya pasados que quisiera cambiar por otros más frescos…». También puedo fingirme un estudiante de medicina que busca cadáveres para disecarlos. Un buen recurso, ¡vive Dios! «Perdón, señora. Soy un estudiante joven de medicina y mis recursos son muy limitados. En el mercado escasean terriblemente los cadáveres para disecar y pensé que tal vez usted quisiera ayudarme en mis estudios». Para esto último necesitaría ir sin sombrero y lucir una sonrisa atrayente y juvenil. La gente siempre se muestra deseosa de ayudar a los estudiantes.

—Cuando hayas terminado con tus chanzas te informaré de los hechos —le dijo Mason—. No tenemos mucho tiempo que perder.

—Está bien. ¿Qué historia es ésa?

—Demasiado larga para informarte de todos los detalles. Trataré de hacerte un resumen.

—Te escucho.

—Aparece en escena un individuo llamado Scott Shelby, personaje bastante enigmático. Se dedica a turbios manejos en asuntos petrolíferos. Casado por tercera vez con una mujer más joven que él y bastante atractiva.

—Muy bien. ¿Y qué hay con ese señor Shelby y con su linda esposa?

—Partimos con ellos en un crucero en yate. La esposa fue despertada en medio de un profundo sueño por una llamada telefónica. Su marido le dijo que cogiese un revólver que había en la maleta al lado de la cama y que subiese rápidamente a cubierta. Cuestión de vida o muerte.

—Continúa.

—Ella saltó del lecho y, sin detenerse siquiera a ponerse las chinelas, cogió el arma y corrió hacia el lugar donde le dijo su marido que la esperaba. Sólo llegó a tiempo para verle tambalearse en forma extraña y percibir luego un chapoteo; el hombre había caído por la borda. En aquel preciso instante, ella escuchó un disparo; lanzó un grito y corrió hacia la proa. Desde allí vio a su marido manoteando en el agua. Éste la llama por su nombre, pero es arrastrado por la corriente y desaparece bajo el agua. Al parecer, el hombre fue arrastrado por la corriente junto al lado de babor, y

tras algunos esfuerzos, chocó repetidamente con el casco del yate antes de desaparecer.

—¿Y su mujer? —preguntó Drake.

—Cayó en mis brazos.

—¿Qué hora era?

—Medianoche, poco más o menos.

—¿Se sospecha de alguien?

—Sólo de la esposa.

—¿Y el revólver? ¿Lo tenía ella todavía?

—Sí.

—¿Había sido disparado?

—Uno de los casquillos apareció vacío.

—Bien. Continúa.

—Hace unos dos meses el marido suscribió una póliza de seguro por cincuenta mil dólares.

—¡Caramba! —exclamó Drake.

—Y hace cuatro días, su esposa fue a una droguería en donde compró arsénico.

—¿Supongo que para matar ratas?

—Exactamente.

—¿Y qué pasó con el veneno?

—Se vertió en la sopa del marido.

—¡Por todos los santos! Estás habituado a intervenir en casos de homicidio y salirte siempre con la tuya. ¿Por qué deseas ahora hacerte cargo de un asunto en el que no tienes la más mínima probabilidad de éxito?

—Te aconsejo que consideres el asunto con mayor detenimiento, Paul.

—No me agrada en absoluto; es más, no tengo la menor intención de mezclarme en él.

—Tenemos poco tiempo —le advirtió Mason.

—Te digo lo que pienso: no quiero participar en ese enredo.

—Se trata de una hermosa mujer —dijo Mason.

—Ya me lo has dicho.

—Pero no que es inteligente; por lo menos, así lo piensa ella.

—¡Bah!

—¿Deseas que empecemos a considerar los hechos que la inculpan?

—Ya es hora —murmuró Drake.

—Escucha, pues. Su marido ha suscrito una apetitosa póliza de seguros. La mujer se dirige a una droguería situada cerca de su domicilio, donde no hay duda que la policía investigaría si ocurriese algo, y adquiere el arsénico. Sostiene que lo necesitaba para combatir una plaga de ratas. Más tarde, su marido sufre una intoxicación arsenical que está a punto de costarle la vida. El hecho tiene lugar en el curso de la cena en un restaurante, en compañía de su mujer, y nadie, fuera de su marido, sufre una intoxicación parecida. Además, casi se me olvidaba decírtelo, hay otra cosa: cuando la policía examinó el bolso que la mujer llevaba ese día, encontró en él una pequeña bolsa de papel con arsénico.

—¡Demonio! Te digo sinceramente, Perry, que no faltaré cuando expongas tu defensa ante el Tribunal. Ha de ser interesante.

—Dejemos ahora todo eso y miremos las cosas desde el punto de vista del sentido común. Una mujer que se propone echar arsénico en el plato de su marido, aprovechándose de la ausencia de éste al ir al teléfono o por cualquier otra diligencia, llevaría consigo la dosis necesaria que vertería entonces en el plato elegido. Jamás se le ocurriría derramar un poco de veneno para guardar el resto en su maletín, a fin de que la policía diese con él.

—¡Comprendo! —exclamó Drake—. Ésa será tu defensa; que ella no pudo haber cometido semejante estupidez. ¿No es así?

—Precisamente.

—Pues sigue sin agradarme el asunto.

—¿Por qué?

—Eso del arsénico no me convence. La mujer pudo muy bien haber vertido la mitad en la sopa, con el pensamiento de guardar el resto para el postre, o bien no se fue a hablar por teléfono como esperaba la mujer para aprovechar el descuido. He aquí la razón de que no se atreviese a verter lo que quedaba del veneno.

—No está mal —dijo Mason—. Pero olvidas que después de haber cometido esa serie de tonterías y de regreso ya en su casa, no se deshace del resto del veneno, prefiriendo depositarlo en el bolso.

—Partes de la suposición de que ella ya debió prever la intervención de la policía —arguyó Drake—. Pero la realidad es que la mayor parte de las mujeres, en su caso, se limitan a creer que el doctor firmará un certificado de defunción y que nada tendrá que

temer.

—Aún no he terminado —le atajó Mason—. Ella emprende un crucero con su marido e intenta nuevamente liquidarlo. Con tal propósito espera hasta medianoche y corre hacia la proa del barco con un revólver en la mano. Se aproxima a la barandilla y empuja por la borda a su marido; luego, cuando éste toca el agua, le descarga un hermoso pistoletazo. Acto seguido, corre por la cubierta llevando consigo el arma con un casquillo vacío y se lanza sobre mí.

—Supongo que la buena señora ignoraba que iba a caer en tus brazos.

—Imagínate lo que te parezca, pero yo te aseguro que no pudo haber incurrido en tantos errores.

—Resulta, a mi juicio, algo aventurado asegurarlo. Supongamos que ignoraba que tú te encontrabas en cubierta. Podía contar con la posibilidad de regresar a su camarote, meterse en la cama y fingir dormir inocentemente, para despertar cuando alguien hubiese llamado a su puerta para decirle: «Perdón, señora, ¿ha perdido usted a su marido?».

—Eso, sin duda, hubiese sido perfecto —ironizó Mason—. Nadie habría sospechado de ella, incluso conservando el revólver en la maleta.

—Bueno —dijo Drake, rascándose la cabeza—, tal vez tengas algo de razón. La mujer más necia hubiese arrojado el arma por la borda. —Guardó unos instantes de silencio, y dijo—: Sigue, ¿qué ocurrió después?

—Arrojaron unos salvavidas provistos de una luz y, a continuación, bajaron los botes y encendieron un reflector para inspeccionar las aguas. No hallaron el cadáver por sitio alguno.

—Es natural que con una bala en el cuerpo se haya ido al fondo —opinó Drake.

—Recuerda que flotó junto al yate y que, incluso, golpeó en su casco de tal modo que la gente que no hubiese despertado al ruido del disparo y a los gritos de la mujer, lo habría hecho ante aquel estrépito.

—De todas formas —dijo Drake—, la ausencia del cadáver no me preocupa mucho. Tiene que haberse ido al fondo. Un hombre herido que pasa arrastrado por la corriente junto a un barco, trata,

como es lógico, de asirse a él.

—Ahora estudiemos otro punto. La víctima iba a comprar un yate que se proponía probar en este fin de semana. Su mujer y unos amigos iban a ser de la partida.

—¿Y bien?

—Después se suscitó el negocio con Benton y, entonces, le dijo a su mujer que telefoneara a Parker Benton para sugerirle emprender este crucero.

—¡Caramba! Creo que ya empiezo a formarme una idea…

—Me alegra. Instantes antes de cometerse el crimen, estuve, paseándome por la cubierta del yate, y en la proa me tropecé con un trozo de cuerda de unos veinte pies de largo por una pulgada de ancho.

—¿Qué hiciste?

—De un puntapié la aparté del camino, pero cuando regresé momentos después del disparo y del chapoteo, la cuerda había desaparecido.

—¿No viste a nadie por allí cerca?

—A nadie.

—Entonces, si la mujer no disparó, ¿quién pudo haberlo hecho?

—El marido.

—¿Quieres decir que se disparó a sí mismo?

—No. Sólo disparó un tiro para hacer aparecer culpable a su mujer. Con anterioridad había disparado un proyectil del revólver que guardaba en la maleta y que su esposa subió a cubierta por orden de él. Ahora bien, debía sincronizar perfectamente su trabajo. Por eso esperó hasta verla avanzar por la cubierta y entonces, después de hacer algunas contorsiones y movimientos extraños, se lanzó por la borda. En aquel instante debió disparar un tiro con otra pistola. Momentos después ella se inclinaba sobre la barandilla y pudo verlo en el agua. Incluso él la llamó por su nombre para que no hubiese dudas acerca de su identidad. Seguidamente, se perdió de vista y dejándose llevar por la corriente, empezó a aporrear los costados del yate a fin de despertar a los testigos. Por último desapareció definitivamente.

—Vayamos ahora a eso de la cuerda —dijo Drake—. ¿Qué papel desempeña en todo esto esa cuerda?

—¡Compréndelo, Paul! El hombre tenía que saltar por la borda

como cayendo en una posición algo rara. Además, debía encontrarse donde su mujer pudiera verlo cuando llegase a la proa del yate. En la proa hay una especie de alero. Él tenía que estar seguro de que la corriente no lo arrastraría hasta que su mujer le hubiese visto. Además, tenía que estar en condiciones de sacar una mano del agua para disparar. Y era necesario que el revólver estuviese seco. O sea, tenía que saltar del yate en forma tal que le permitiese mantener su mano derecha fuera de la superficie del agua hasta el instante de hacer el disparo.

—¿Y crees tú que la cuerda desempeñó en esto un brillante papel?

—¡Naturalmente! —replicó Mason—. El mejor procedimiento para llevar a cabo su proyecto consistía en atar a la proa del yate una cuerda de veinte pies. De esta forma, Shelby podría caer al agua en la seguridad de conseguir su propósito. Se asiría a la cuerda por ambos cabos con su mano izquierda, mientras que con la derecha empuñaba el revólver. Tras disparar, soltaría un extremo haciéndola caer al agua. Después, sólo necesitaría simular que luchaba contra la corriente y fingir los convulsos movimientos de un nadador herido, manteniéndose en la debida posición para que su mujer lo observase inclinada sobre la barandilla. Hecho esto, se dejaría arrastrar por la corriente a lo largo del costado de la embarcación.

—¡Caramba! —exclamó Drake—. Si su conducta fue ésa, no debía querer muy bien a su mujer.

—He aquí otro punto. Creo que se sentía enamorado de una rubia que negocia en propiedades, llamada Ellen Cushing. Shelby se había divorciado ya dos veces y tenía que pagar las respectivas pensiones alimenticias. Estaba harto, por lo visto, y resolvió «morir». Pero cuando alguien fallece, hacen falta ciertas formalidades, antes de poderse declarar oficialmente la muerte. Alguien, por ejemplo, tiene que ver el cadáver e identificarlo. ¿Por qué no traspasar esa tarea a su última esposa? ¿Por qué no hacer que fuese ella la que tuviese que identificar su cadáver? Y para asegurarse de ese extremo, la dejó bajo la acusación de asesinato. A mi juicio, todo este negocio había sido proyectado para ese crucero de fin de semana, pero la comedia no hubiese resultado tan bien en ese caso, encontrándose rodeado exclusivamente de amigos.

Entonces, surgió el asunto con Benton, conocido rentista y dueño de un yate… Si Shelby lograba subir a bordo de ese yate y dejaba a cargo de Parker Benton la tarea de entenderse con la policía… ¿Comprendes?

—Creo que sí. Pero, ¿por qué Shelby, en tal situación, no aceptó la oferta que le hacía, sin importarle la cuantía de ella?

—Porque jamás hubiese recibido un centavo de Benton hasta que las negociaciones no hubiesen terminado. Más tarde, Benton podría haber iniciado largas tramitaciones judiciales. En cambio, procediendo en la forma que lo hizo, Shelby creyó que la verdad de los hechos jamás sería conocida.

Drake se alisó los cabellos, miró a Della Street y, finalmente, volvió a fijar sus ojos en Mason.

—Bueno, Perry, casi me has convencido. Te ayudaré. No obstante, recuerda que sólo he escuchado tu versión.

—Ya comprendo que necesito tener pruebas de lo que sostengo. A mi juicio, Shelby ha tenido que contar necesariamente con algún cómplice, con alguna persona que le haya esperado río abajo en un bote de remos. Scott Shelby debió sumergirse y bucear, para, finalmente, una vez alejado del yate, flotar de espaldas sobre las aguas hasta divisar la señal, probablemente una luz, que su cómplice debía hacerle desde el bote. Llegado a él, saltaría dentro y ambos regresarían silenciosamente hasta la orilla, en donde un auto les debía esperar. Han actuado ciñéndose a un plan fijado de antemano. En estos momentos, Scott Shelby debe viajar en un avión hacia el este o tal vez se encuentre ya en México. Probablemente, usará el nombre de Scott Cushing y al cabo de un cierto tiempo su rubia esposa irá a reunirse con él. Ahora te explicaré lo que espero de ti, Paul: quiero que contrates el personal necesario para vigilar a los pasajeros de aviones. Necesito detectives para hacer el mismo trabajo en las estaciones ferroviarias y para que investiguen en las riberas del río a fin de ver si pueden localizar a una muchacha rubia que alquiló un bote de remos. Por otra parte, si mi teoría se acerca a los hechos reales, Scott Shelby debe haberse cambiado las ropas mojadas por otras secas en el automóvil de la muchacha. Procura localizar ese coche y comprueba si hay en él algún indicio revelador. Es necesario apresurarse y que te pongas a trabajar lo antes posible.

Paul Drake saltó rápidamente del lecho, diciendo con aire convencido:

—¡Muy bien, me resigno! Mientras me visto, Della podría llamar a la agencia y decirle al operador nocturno que telefonee a los nombres que aparecen anotados en la tarjeta de urgencia que hay en la parte superior derecha de su escritorio. Son individuos de confianza. Averigua también, Della, la dirección de Ellen Cushing y déjales recado a tres de mis hombres, diciéndoles que me veré con ellos allí. Lo primero que haremos será revisar el automóvil de esa rubia.

—Me parece muy acertado —aprobó Mason.

—Bien, mis muchachos probablemente necesitarán una hora para reunirse… ¡Vamos, Della, haga la llamada!

Capítulo 13

La madrugada era glacial. Cuando el automóvil se detuvo, Della Street se subió el cuello del abrigo.

—¿Cuál es el primer número del programa? —preguntó Drake.

Mason echó un vistazo al edificio de departamentos que se alzaba en aquella silenciosa calle residencial, dando la impresión de que aguardaba el cálido sol matutino para despertar a la vida.

—Antes que nada —respondió—, localizar su departamento y, seguidamente, averiguar dónde está su garaje.

—Lo del garaje puede entrañar el peligro de que algún madrugador mire por la ventana y…

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

Drake reflexionó unos instantes.

—No tengo la menor idea. ¿Y si fueses a hablar con el sargento Dorset?

—¡Bah, se reiría de mí!

—¿Y con el teniente Tragg?

—Tragg se lo diría a Dorset y no me conviene. Quizá más tarde lo haga, pero, por ahora, no.

—Bien, ¿por qué no esperar, entonces?

—El agua tiene la mala costumbre de evaporarse, y quisiera echarle un vistazo a los cojines antes de que puedan secarse.

—Si es así, vamos.

Descendieron del coche y se dirigieron al edificio de departamentos. Consultaron la lista de inquilinos, y quedaron informados de que Ellen Cushing ocupaba el departamento 16-B.

Cuando regresaban hacia el automóvil, Mason le dijo a Paul:

—Ahora seguirás por la calzada, fingiendo que buscamos un lugar de estacionamiento para el coche. Si surge alguna dificultad, podemos decir que un amigo nos autorizó a usar su garaje, por unos

días, durante su ausencia.

—¿Y si nos preguntan por el nombre de ese amigo y por su domicilio?

—Ya veremos.

Paul Drake dio la vuelta al coche y siguió lentamente calle arriba. Perry Mason y Della Street marchaban delante de él, por la acera.

En la parte posterior del edificio se veía un amplio patio asfaltado y numerosas cocheras individuales.

—Tenemos suerte —dijo Mason—. En las puertas aparecen los números de los respectivos departamentos.

—Pero también tienen cerradura —observó Della Street.

—Eso correrá de cuenta de Paul Drake. De nada serviría un detective que no supiese descerrajar una puerta.

—¿No equivale eso a violación de domicilio con fractura?

—Posiblemente, pero no hay otro remedio.

Drake bajó del coche y se acercó a los dos personajes, contemplando la cerradura.

—Esto no me gusta nada, Perry.

—A mí tampoco me entusiasma. ¿Trajiste la ganzúa?

—Sí. La dejé en el automóvil.

—Muy bien. Ve por ella.

—Mira, Perry, las ventanas de ese departamento…

—Mientras más hablemos, mayores serán las probabilidades de que alguien escuche la discusión y se asome a ver lo que ocurre. No podemos perder el tiempo. Tenemos que actuar como si fuésemos los propietarios. Trae las ganzúas.

Drake se dirigió al automóvil y volvió con las llaves, que alargó a Mason sin pronunciar palabra.

Della se colocó ante la puerta, de tal modo que su cuerpo ocultaba el voluminoso manojo de llaves de la mirada de cualquier observador que pudiese estar contemplando la escena desde su ventana. Drake dio dos pasos hacia la puerta, pero, de súbito, se detuvo y volvió hacia el automóvil, como si tratase de quedar al margen de la situación.

Después de probar con cinco llaves, Mason consiguió dar con la adecuada y la puerta se abrió. Della Street empujó la hoja y se apartó a un lado, como si esperase que Drake condujese el coche

dentro del garaje.

El abogado penetró en el interior y, al cabo de unos instantes, se le oyó decir:

—Oye, Paul, ven.

Tras cortos segundos de vacilación, Drake terminó por entrar.

Mason había abierto las puertas del sedán y palpaba los cojines y la alfombra.

—Fíjate en este cojín, Paul. ¿No te parece que está húmedo?

Drake colocó de mala gana su mano sobre el cojín.

—Más a la izquierda —le indicó Mason.

—Sí. Parece un poco húmedo —admitió Drake—, pero si tu teoría fuese cierta, debería estar completamente empapado.

Mason se puso a inspeccionar el automóvil. El desconcierto se retrataba en su rostro.

—No hay nada, ¿verdad? —preguntó entonces Drake.

—Creo que hemos encaminado nuestros pasos por una ruta equivocada, y lo mejor será retirarnos en el acto. ¡A ver! No alcanzo a esa parte del cojín trasero… ¿Qué hay?

—Está húmeda.

—¿Qué crees que podrá haberla humedecido?

—¡Maldito si lo sé! Pero con arreglo a tus ideas, debería estar más mojado.

—Así lo creo yo también. Veamos la temperatura del motor.

Mason encendió la luz y consultó el aparato correspondiente.

—Completamente frío.

Della Street penetró en aquel instante.

—¿Habéis encontrado algo?

—Nada, Della.

—¿Y no pueden haber usado otro coche?

—Lo ignoro. Lo único que sé es que no hemos encontrado nada en qué basar mi teoría, y que si no hemos conseguido hacernos aquí con ninguna prueba, ignoro dónde tendremos que ir a buscarla.

Drake intervino, diciendo:

—Muy bien; pero continuemos hablando en otra parte. Este sitio no me gusta.

Mason se dirigía ya a la puerta, cuando, de pronto, Della, que había llevado a cabo una rápida inspección por el garaje, exclamó:

—¡Mira aquí, jefe!

—¿Qué pasa, Della?

—¡Venid aquí!

Mason y Paul Drake se apresuraron a acercarse a la joven. Della Street estaba inclinada en un oscuro rincón, mirando bajo un banco.

Della se incorporó y les mostró una manta que había cogido con la mano.

—Tocadla.

Mason lo hizo así y lanzó un silbido.

—¡Completamente empapada! —exclamó Drake.

—Y mirad ahí.

Al tiempo que hablaba, Della se inclinó y les mostró un par de zapatos de hombre.

—Se encontraban bajo la manta.

Al comprobar que los zapatos también estaban mojados, Drake se dirigió a Mason con los ojos brillantes.

—¡Bueno, te felicito, Perry! Ganaste.

—Gracias a Della.

—¿Y ahora, qué hacemos? —preguntó el detective. ¿Nos llevamos la manta y los zapatos?

—No —decidió Mason—. Dejaremos todo como estaba, nos retiraremos y esperaremos a que la policía haga el descubrimiento.

—¿Crees que serán capaz de ello?

—Si nosotros la ayudamos, sí.

—¿Dejo todo como lo encontré, jefe?

—Sí, pero antes mira el interior de esos zapatos y vea si aparece el nombre del fabricante y el número de la medida.

—Lo mejor será —le indicó Della— que tú me leas lo que haya impreso aquí dentro. Yo lo anotaré.

Mason cogió los zapatos y los mantuvo frente a la luz, leyendo los números y el nombre del fabricante.

—¿No figura el nombre de la zapatería que los vendió? —preguntó Della.

—No. Sólo la medida: ocho y medio B, según creo.

—Bueno, vámonos de aquí —apremió Drake.

—Pon ya los zapatos en su sitio, Della.

Della Street cumplió la orden y después arrojó la manta sobre los zapatos.

Drake fue el primero en salir del garaje y el abogado el último.

Después de cerrar la puerta, Della Street se colocó en la posición adecuada para ocultar a miradas extrañas las manipulaciones que Mason llevaba a cabo en la cerradura, tratando de borrar las posibles huellas con un pañuelo.

De regreso en el coche, Drake preguntó:

—¿Vamos ahora a tratar de localizar a Ellen Cushing?

—No lo creo conveniente —le respondió Mason—. Esa tarea correrá a cuenta de la policía.

—¿Y qué adelantaremos haciendo que intervenga la policía en este asunto?

—Poner aún más de relieve las pruebas. Si las conseguimos por nuestra cuenta, mejor; en caso contrario, debemos correr con ese riesgo.

—¿Y cómo las conseguiremos?

—Esta tarea es cosa de tus agentes.

—No entiendo.

—Da la vuelta a esa esquina y estacionemos el coche. ¿Están ya en camino los muchachos?

—No creo que tarden mucho.

—Bueno. Llévanos hasta un lugar frente a la fachada del edificio.

Paul Drake cumplió la orden y, una vez estacionado el coche, Mason habló:

—Creo que puedes figurarte perfectamente lo sucedido. En primer lugar, Scott Shelby lo tenía todo planeado hasta en su más mínimo detalle. Pero no se atrevió a sacar a hurtadillas ropa de su casa para contar así con una muda seca.

—¿Por qué lo supones?

—Porque sabía que la compañía de seguros no dejaría de llevar a cabo una investigación.

—¿Incluso si Marion Shelby era acusada?

—De cualquier forma que se presentasen las cosas, la compañía de seguros trataría de ver claro en el asunto. La historia del asesinato parece improbable, a menos que se acepte la teoría de que la esposa lo mató para obtener el importe del seguro. Se iniciaría una investigación con la finalidad de esquivar el pago de la póliza. Ahora bien, si en el curso de ella se ponía de relieve alguna posible confabulación, el asunto quedaría muy claro.

—No entiendo.

—Pues la cosa no es muy complicada —respondió Mason—. Por lo que respecta a la policía, ésta se limita a poner de relieve el asesinato, inculpar de él a la esposa y hacerse con las pruebas necesarias para condenarla. Pero una compañía de seguros siempre teme que haya existido confabulación entre marido y mujer y que, en último momento, ésta logre, de algún modo, salir absuelta de la inculpación de asesinato.

—Bien, ¿y qué más?

—Entonces, lo primero que hace toda compañía de seguros es averiguar la posibilidad de una confabulación. Es lo rutinario. Como primera medida, procede a inventariar toda clase de ropas y prendas de uso personal del desaparecido. Si encuentran a faltar algunas ropas, procurarán averiguar dónde están, y aventurarán la teoría de que el desaparecido tal vez haya muerto en realidad.

—¿Y no necesitaba Shelby esa ropa?

—Sí. Pero no era artículo que él pudiese proporcionarse. He aquí su punto vulnerable: Por eso decidió mantenerse con las ropas mojadas. Saltó al agua, obrando de modo que su mujer apareciese como sospechosa de asesinato. Luego trepó a un bote manejado por su cómplice. Ella le subió a su automóvil, en donde ya llevaba una o dos mantas. Se envolvió en ellas y los dos vinieron a toda velocidad a este departamento. Arrojaron una de las mantas en un rincón del garaje, tal vez porque la otra no estaba mojada. Ésta es la razón de que el asiento del coche apenas estuviese húmedo.

—Y de los zapatos, ¿qué me dices?

—Probablemente ella le llevó unas zapatillas. El hombre no se sentiría mal dentro de sus ropas mojadas si se arropaba con las mantas. Pero no podía permanecer con los zapatos mojados.

—¿Y por qué dejarían los zapatos en el garaje?

—¡Maldito si lo sé! Tal vez los olvidaran.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer?

—Pondremos agentes para que vigilen la entrada principal del edificio. Sabemos dónde está el departamento 16-B y destacaremos agentes provistos de prismáticos para vigilar las ventanas.

—¿Con qué objeto?

—Para buscar a un hombre. Vigilaremos la entrada principal del edificio, a fin de cerciorarnos de que nadie toca la campanilla del

departamento 16-B, y, al mismo tiempo, mantendremos una vigilancia a través de las ventanas. Probablemente alguien merodeará por allí. Entonces actuaremos. ¿Comprendido?

Drake asintió con la cabeza al mismo tiempo que decía:

—El plan es algo aventurado, Perry. Algo así como pretender que dos y dos sumen seis.

—¡Bah! —exclamó Mason—. Hay que arriesgarse cuando lo pide la situación. Ese individuo ha desaparecido en circunstancias extraordinarias. La linda rubia tiene intereses en la concesión petrolífera y se ha decidido a llevar en su coche a un hombre calado de agua y envuelto en una manta. Además, contamos con unos zapatos empapados. ¿Qué más necesitas, Paul?

Un automóvil apareció en la esquina. Segundos después, corría detrás del coche de Drake.

—Aquí tenemos a mis agentes. ¿Qué hacemos, primero?

—Distribúyelos del modo acordado para que puedan vigilar el departamento, el garaje y las ventanas.

—Conforme. ¿Y después?

—Después —intervino Della Street con firme resolución—, nos serviremos una taza de té bien caliente, y, si en el coche hay un poco de brandy, nos echaremos un buen trago. ¡Estoy helada!

—¡Una brillante idea! —aprobó Mason.

Capítulo 14

Perry Mason y su secretaria estaban instalados en el despacho privado del primero. Mason había dado instrucciones para que durante aquella mañana no les molestase nadie. Ambos personajes daban muestras de los efectos del frío, de la falta de sueño y de la excitación originada por los complejos problemas y riesgos que les afectaban. Mason aún no se había afeitado y Della Street mostraba un semblante fatigado.

—No sé cómo tú y Paul podéis resistir esto. Cuando paso una noche sin dormir, quedo para el arrastre —dijo Della Street.

—¿Y por qué no te marchas a dormir, Della? Nada tienes que hacer ahora.

—No, me quedaré.

Mason se pasó la mano por el mentón, acariciándose la áspera barba.

—Hubo un tiempo en que podía hacer que un barbero viniese a afeitarme a la oficina. El mejor antídoto para una noche en blanco es un baño turco y después la navaja y un masaje con bastantes toallas calientes.

—¡Dios mío, jefe! ¡Son las ocho de la mañana! ¿No opinas que si ella estuviese en el departamento…?

El teléfono comenzó a sonar en aquel momento, y Della Street se interrumpió para coger el auricular.

—¡Diga! ¡Oh! ¡Un minuto, Paul!

Tendió el aparato a Mason, diciéndole:

—Es Paul Drake. Parece excitado.

Mason se aplicó el auricular al oído y percibió la voz de Drake que le decía:

—¡Ganaste en toda la línea, Perry!

—¿Cómo?

—Hará cosa de diez minutos se notó cierta actividad en el departamento. La rubia estaba en bata. Se acercó a una de las ventanas, la cerró y levantó las cortinillas. Al parecer esa ventana corresponde al dormitorio.

—¿Algo más?

—Sí. Uno de mis agentes sorprendió a un hombre de pie, cerca de la ventana.

—¿Pudo describírtelo?

—Dice que era un tipo de unos treinta y cinco años. Pero no olvides que mi muchacho miraba a través de unos gemelos y que el cuarto no estaba bien iluminado.

—¡Sigue!

—Mi agente estima que ese individuo tendría una estatura aproximada de cinco pies y ocho pulgadas, unas ciento sesenta libras de peso, cabello oscuro y ojos negros.

—Justamente la descripción de Shelby. ¿Y qué me dices de la puerta principal? Ese pájaro no pudo entrar por ella.

—De acuerdo. Ha debido permanecer allí todo el tiempo. Por lo menos, ella no ha recibido visitas. Mis hombres no han dejado de vigilar la fachada del edificio y nadie ha llamado a la puerta de la rubia. Ha salido mucha gente, pero no ha entrado ningún hombre cuyas señas correspondan a las de nuestro pájaro.

—Es cuanto necesitábamos, Paul. Ahora, a actuar.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Drake.

—Lo mejor es que vengas para servir de testigo.

—Muy bien. ¿Dónde nos encontramos?

—¿Estás en tu oficina?

—Sí.

—Pasaré por ahí.

—¿Te decides a ver al sargento Dorset?

—Al teniente Tragg —rectificó Mason—. Dorset sería mi enemigo.

—Conformes.

Mason cogió el auricular y se dirigió a la secretaria:

—Bueno, Della, la cosa resultó.

—¿Qué?

—Scott Shelby está en el departamento de la rubia.

—¿Seguro?

—Por lo menos, en su dormitorio hay un individuo cuya descripción corresponde con la de Shelby. No entró por la puerta principal, de modo que ha debido pasar la noche en compañía de la dama.

—El descubrimiento influirá decisivamente en el asunto.

—Una vez más se demuestra lo peligroso que resulta basarse en pruebas circunstanciales. Contra Marion Shelby se fraguó una falsa acusación. Era imposible imaginarse a una mujer tan ingenua y estúpida. Cualquier persona que haya leído una vez los diarios, visto una película o escuchado una historia de detectives, sabe que esos métodos eran demasiado simples para ser verdaderos. Marion Shelby no podía ser tan necia.

—¿Dijiste que querías hablar con el teniente Tragg?

—Sí. Haz el favor de ponerme con él.

Della llamó a la Jefatura de la Policía. Solicitó comunicación con el Departamento de Homicidios y, finalmente, localizó a Tragg.

—¡Un momento, teniente! El señor Mason desea hablar con usted.

—Buenos días, teniente —saludó el abogado, cogiendo el auricular.

—Buenos días. Según parece, tiene usted otro cliente envuelto en un caso de homicidio, ¿eh?

—Exactamente.

—Creo que esta vez ha dado un paso en falso, Mason. Siga mi consejo y échese a un lado.

—Imposible, ahora. Necesito hablar con usted, teniente.

—¿Cuándo?

—En cuanto pueda trasladarme ahí.

—¿Se trata de algo urgente? Lo digo porque estoy ocupado y…

—Sí; es urgente.

—¿De qué se trata?

—De un homicidio. Tengo una nueva prueba que me gustaría exponerle.

—Oiga, Mason, si ha descubierto algo que demuestra que su cliente es inocente y desea bosquejar alguna teoría, ahórrese el viaje. Estoy muy ocupado.

—Se trata de algo que perjudicará a todo el departamento si ustedes persisten en llevar adelante ese asunto de Marion Shelby.

—¡Ah, ya! Esa mujer es tan culpable que ni siquiera se atreve a hablar. Ya ni trata de desvirtuar los cargos que se le hacen.

—¡Como quiera! —le dijo Mason—. Pero si siguen adelante por ese camino, al final lo sentirán.

—Bueno, infórmeme ya de una vez de su descubrimiento.

—No puedo hacerlo por teléfono.

—Bien, esperaré —dijo Tragg—. Nada le va a pasar a la dama. Está instalada en una celda y ninguna importancia tendrá el que nos veamos esta tarde o mañana.

—¡Al diablo! —exclamó Mason—. He descubierto algo que quisiera entregarle.

—¿Qué?

—Nada menos que un cadáver —le dijo Mason.

—¿Un cadáver?

—Sí. El de Scott Shelby.

—¡Muy bien! —exclamó Tragg, con acento repentinamente amable—; eso ya es algo, señor Mason. Aunque podríamos establecer un «corpus delicti» independientemente de las manifestaciones del defensor, mucho nos agradaría, no obstante, encontrar el cadáver.

—Pues eso, precisamente, es lo que me propongo hacer: entregarle a usted ese cadáver.

—¿Dónde se encuentra?

—Si se empeña en saberlo, le diré que el cadáver camina en perfecto estado de salud por el departamento de una linda muchacha. Si persiste en llevar el asunto adelante y proporciona a la prensa alguna información sobre Marion Shelby, se sentirá el más desdichado del mundo cuando tenga que ponerle las esposas al cadáver.

El teniente Tragg emitió un silbido.

—¿No juega en todo este lío un relevante papel cierto seguro de vida? —preguntó.

—En parte.

—La esposa anda mezclada en él, ¿no?

—No opino yo así.

—¿Cuándo podría usted llegar aquí?

—Dentro de diez minutos.

—Conviértalos en cinco. En diez minutos soy yo capaz de

recorrer la ciudad de punta a punta.

—Su coche dispone de una sirena —le dijo Mason.

—Bueno, cuelgue y venga cuanto antes.

—Ahora me encuentro en mi despacho.

—Entonces, lo mejor será que me aguarde ahí. O tal vez sea preferible que baje a la calle y me espere en la acera. No tardaremos más de cinco minutos en verle.

Mason colgó el auricular y le dijo a Della:

—Me voy a la oficina de Paul Drake y así los dos esperaremos a Tragg en la acera. Tú quédate aquí. En caso de que suceda algo, podrás reunirte con nosotros en el vestíbulo de la entrada.

—¿Cuánto tiempo debo esperar?

—Tragg dijo que llegaría dentro de cinco minutos. Pongamos, pues, diez. Si transcurrido ese tiempo no tienes noticias nuestras, desciende al vestíbulo. De no encontrarnos en él es que estamos con Tragg y, en ese caso, puedes irte a dormir un poco.

—¿Y no puedo acompañarlos?

—Imposible. Se trata de un trámite oficial.

—Me agradaría presenciarlo todo.

—Lo comprendo, pero nada se puede hacer. Me llevaré a Tragg y tú te irás a tu casa a descansar.

—¿Cuándo te veré?

—Tal vez mañana.

—Conforme. ¡Hasta mañana!

Mason cogió el sombrero, abrió la puerta y avanzó por el corredor, en dirección a la oficina de Drake.

El detective aguardaba en la sala de visitas. Llevaba el sombrero echado hacia atrás, y, en aquel momento, le daba ciertas instrucciones a la chica de la centralilla.

—¡Listos para partir, Paul! —le dijo Mason—. Tragg se dirige hacia aquí. Pensó que podría llegar con mayor rapidez a mi oficina que yo a la suya.

—¡Santo Dios! ¿Cómo lo conseguiste?

—Diciéndole que estaba dispuesto a mostrarle el cadáver de Scott Shelby.

—Debió quedar estupefacto. Sin duda, andaban preocupados por la ausencia del «corpus delicti».

—Sin duda. Pero aún fui más lejos.

—¿Eh?

—Sí. Le dije que le enseñaría el cadáver en perfecto estado de salud.

—¡Caracoles!

—Bajemos ahora al vestíbulo. Allí esperaremos a Tragg, que seguramente traerá mucha prisa.

—Preferiría ir en mi automóvil —dijo Paul—. Detesto viajar con acompañamiento de sirenas.

—Bueno. Apresurémonos y no le demos mucho tiempo para pensar.

—¿Por qué?

—Si lo hace, estimará que estoy pasando por encima del sargento Dorset, y decidirá pasarle la papeleta a éste o algo por el estilo.

—¿Y qué inconveniente ves en ello? El asunto ya está resuelto.

—Deseo que sea Tragg quien intervenga en él —dijo Mason—. El teniente es hombre capaz de hacerse perfecto cargo de un asunto de esta clase y Dorset no pasa de ser un asno. ¡Vamos, Paul!

Antes de salir, Drake se volvió a la joven de la centralilla, diciéndole:

—La llamaré en cuanto pueda. Reúna todos estos informes y que nadie descuide la misión que se les ha encomendado. Todos los muchachos han recibido instrucciones precisas y quiero poseer la certeza de que las cumplen fielmente. ¡Bien, Perry, vamos!

Descendieron en el ascensor, y, apenas llevaban treinta segundos aguardando, cuando percibieron el aullido de una sirena e, instantes después, el teniente Tragg se detenía, en un coche del departamento de policía, frente a ellos.

—¡Suban…! Hola, Drake, ¿también usted anda en este lío?

—Así parece.

—¿Adónde vamos? —inquirió el teniente.

Mason le dio la dirección del edificio de departamentos.

—Perfectamente —dijo Tragg—. Espero que no sean ustedes muy nerviosos, ¿verdad?

La sirena se dejó oír en «crescendo» estridente, y el auto arrancó, adquiriendo a poco una endemoniada velocidad.

De vez en cuando, Tragg les hablaba por encima del hombro, comentando la torpeza de algunos transeúntes.

—¡Cuidado! —exclamó de pronto Drake.

Un coche que venía a gran velocidad en sentido opuesto, aplicó los frenos al divisar el auto de la policía, que surgía inesperadamente en la esquina, precedido por el estrépito de la sirena.

Tragg eludió hábilmente la colisión y, con un ágil movimiento del volante, describió una cerrada curva, prosiguiendo su infernal carrera.

—La casa queda en esa calle, a unas cuatro manzanas a mano derecha —le informó Mason.

—Perfectamente.

Dejó de sonar la sirena y el coche disminuyó su marcha.

—¿Qué pasa en ese departamento? —indagó Tragg.

—La inquilina se llama Ellen Cushing. No conoce a Paul Drake ni a usted. A mí me ha visto una vez y puedo presentarla pretextando que usted desea hablarle de cierta concesión petrolífera.

—¡Pamplinas! No tengo tiempo suficiente para perderlo en preliminares.

—Tal vez, pero nos conviene ir por partes. Dejemos que ella misma se enrede. Me he trazado un plan y no quisiera modificarlo.

—¡Está bien! Pero no prolongue demasiado las cosas, porque tengo prisa. Me queda mucho que hacer esta mañana.

El teniente Tragg estacionó el coche en una parada, y bajó a la acera.

—Ya puede salir a tomar el aire, Drake.

El aludido, cuyo rostro se ofrecía pálido, abrió la portezuela y echó pie a tierra diciendo:

—Si se imagina que pienso volver con usted anda muy equivocado.

Mientras subían por los peldaños de la escalinata de entrada, Mason le dijo al teniente:

—El departamento es el 16-B. Finja como le he dicho, interesarse por esa concesión petrolífera, y creo que podremos averiguar bastante.

—Perfectamente.

Mason oprimió un botón y la puerta se abrió automáticamente. El abogado la mantuvo abierta para que pasaran Tragg y Drake.

—¿Qué piso es? —preguntó el teniente.

—El segundo.

—¿Ha estado usted ya aquí?

—No, pero he mantenido a unos agentes vigilando el departamento.

—¿Era esta mujer la amante de Shelby?

—Así parece.

—¿Y cómo llegó hasta aquí?

—Al parecer, nadando río abajo hasta que ella le recogió en un bote, trasladándolo después a un automóvil.

—En tal caso, deben haber quedado señales en el auto. Ropas mojadas o algo por el estilo.

—Tal vez.

—Deberíamos procurar que nadie se acercase a este automóvil.

—Mis muchachos ya se ocupan de eso —aseguró Drake.

—Muy bien.

Abandonaron el ascensor y, después de localizar el departamento, Mason pulsó el timbre de la puerta. A los pocos segundos se abrió ésta y la propia señorita Cushing recibió a los visitantes. Se mostraba arreglaba, como si hubiese estado lista para salir.

—¡Oh, buenos días, señor Mason! —saludó—. Usted es justamente el hombre que deseaba ver.

—Celebro la coincidencia, porque yo también quería verla. Le presento a los señores Tragg y Drake. Están asociados conmigo en cierta empresa… Supongo que ya habrá sabido algo de lo ocurrido al señor Shelby.

—Sí; me enteré esta mañana —respondió ella—. Llamé a su despacho, y un detective se puso al teléfono. Por cierto, que quiso saber quién llamaba al señor Shelby y anotó mi número. ¿Podría darme detalles, señor Mason?

—El señor Shelby marchó en una excursión en yate con Parker Benton.

—Sí, ya lo sé. ¿No era usted también de la partida?

—Sí.

—Creo que se proponían llegar a un acuerdo en ese asunto del petróleo.

—Justamente.

—¿Y qué pasó?

—Según parece, el señor Shelby se cayó por la borda.

—¿Le acompañaba su mujer?

—Sí.

—¡Oh!

—¿Por qué lo pregunta usted?

La mujer se limitó a sonreír sin proferir palabra.

—Pero, ¡pasen, por favor, y tomen asiento!

Los tres personajes siguieron a la dueña de la casa. Tragg recorrió la estancia con rápida mirada. Nada parecía indicar que hubiese en el departamento otra persona.

—Estos departamentos son de dos cuartos, ¿no? —preguntó Mason.

—Los propietarios dicen que de tres, pero la cocina apenas si es más grande que un ropero. Dispongo de living, un dormitorio y la cocina.

—Es lamentable que haya muerto el señor Shelby de esta forma —dijo Mason—. Antes de ocurrir la desgracia, nos dijo que usted tenía intereses en la concesión petrolífera. Según él, su participación era del cincuenta por ciento.

La mujer sonrió y, finalmente, dijo:

—Bueno, el señor Shelby se limitó a informarles de una pequeña mentira sobre la que nos habíamos puesto de acuerdo previamente.

—¿Entonces, no es verdad lo que nos dijo?

—Con franqueza, no. La realidad es que yo soy la única propietaria de esa concesión.

Mason cambió una rápida mirada con el teniente antes de responder:

—El señor Shelby aseguró que a usted sólo le pertenecía la mitad.

—Ya lo sé. Me decidí a que él figurase como propietario de la mitad, considerando que podría concluir las negociaciones mejor que yo. Usted sabe cómo son estas cosas. Un hombre siempre puede actuar en forma que a una mujer le está vedada. Además, el señor Shelby era muy práctico en asuntos como éste.

—¿Hacía mucho tiempo que lo conocía? —preguntó Mason.

—Unos seis meses.

—¿Y era ese negocio de la concesión lo único que les ligaba?

La mujer sonrió.

—En realidad, ¿no cree, señor Mason, que debiera limitar sus preguntas a la materia que discutimos? Según parece, usted está interesado en llegar a un acuerdo con respecto a esa concesión. ¿No es así?

—Justamente.

—Bien. Estoy dispuesta a oír todas sus proposiciones.

—Como es lógico, yo actué basándome en la creencia de que usted sólo era dueña de la mitad. El hecho de que ahora resulte usted la única propietaria, puede modificar la situación.

—¿Serviría para hacer menos complicado el asunto?

—Posiblemente.

—Es decir, que ustedes podrían mejorar su oferta, ¿no?

—No sé si mi cliente pensará de otra forma —sonrió Mason—, pero antes que nada necesitamos pruebas.

—¿Pruebas de qué?

—De que es usted la única dueña de la concesión.

—Eso se puede demostrar fácilmente.

—Es lo que conviene —le dijo Mason—, porque a la vista de la declaración del señor Shelby, asegurando que usted sólo era dueña de la mitad, el legatario de sus bienes podría argumentar, como es lógico, que eso es en realidad lo único que usted posee, y, conforme a la ley, su simple declaración no produciría los menores efectos.

—¿Por qué? —preguntó ella, con cierta sorpresa.

—Porque la ley estipula bien claro que cuando los labios de una de las partes están sellados por la muerte, la otra parte no puede testificar nada.

—¡Oh, ya comprendo!

—En consecuencia, para admitir su declaración, necesitaría exhibir la firma del señor Shelby en algún documento.

—Pues eso es bien sencillo.

—¿Cómo?

—Tengo un documento en ese sentido con su firma.

—¡Ah!

—Podemos, pues, seguir discutiendo el asunto, ¿no le parece?

Mason sacó su pitillera, eligió un cigarrillo, que golpeó ligeramente sobre la tapa, y se lo llevó a los labios.

—Tal vez el asunto no sea tan simple. A mi cliente le gustaría

saber algo de ese documento, por el cual se le asignan a usted todos los derechos de la concesión petrolífera. ¿Lo firmó también la señora Shelby?

—¿Qué tiene que ver ella con esto?

—Quizás existiese una comunidad de intereses.

—No —declaró Ellen Cushing, con cierto pesar—, ella no firmó, pero no creo que necesitemos para nada su firma. Marion Shelby no gozaba de la confianza de su marido en cuestiones de negocios… Ni en ninguna otra materia, según creo.

—¿Está informada de esos extremos?

—Naturalmente.

—¿Y cómo puede usted saberlos?

—Manteniendo los ojos abiertos y dándome cuenta de ciertos indicios que Scott dejaba entrever. Si usted me pide mi opinión, incluso me atrevería a decirle que, a mi juicio, fue ella la que intentó envenenarle.

—He aquí una afirmación bastante atrevida.

—Sí, tal vez —rectificó ella rápidamente—. Me he expresado mal… Sólo quería decir que esa mujer no me agrada.

—¿Por qué?

—No me parece de fiar y creo que se condujo deslealmente con Scott. Pero, bueno, todo esto, señor Mason, no creo que tenga que ver mucho con la concesión petrolífera.

—Me gustaría ver ese documento. De tratarse de una cesión de derechos, esto pugnaría con lo que Scott Shelby declaró anoche, diciéndonos que usted sólo poseía la mitad de los derechos. En cambio, tratándose de una asignación en la que se establezca que usted, después de su muerte o en caso de ocurrirle algo, debe ser considerada como dueña de todo, entonces el caso varía sensiblemente.

—¿En qué sentido?

—En primer lugar —informó Mason—, tal vez fuese invalidada. En segundo, es muy probable que ello impulsase a mi cliente a adoptar una posición radicalmente distinta.

—¡Bueno, no creo que haya necesidad de divagar más! Puesto que todo está ya aclarado, considero mi deber informarle de la verdad de lo sucedido: Scott Shelby jamás poseyó nada de esa concesión. Había resuelto dejar perder sus derechos. Por casualidad,

estando yo en su oficina para hablarle de cierto asunto, me dijo que tenía una opción sobre cierta propiedad petrolífera, que podría cederme a bajo precio. Todo lo que yo tendría que hacer sería pagar las rentas atrasadas y después, cien dólares mensuales. Todo esto me lo dijo medio en broma.

—¡Continúe!

Ellen Cushing miró al abogado de un modo desafiante.

—¡Bien, creo que de nada servirá mentirle! Seré sincera. Trabajo en asuntos de fincas. Logré saber que la isla iba a ser vendida a Parker Benton y que las negociaciones estaban a punto de cerrarse. A Shelby no le dije una palabra de ello.

—¿Por qué?

—No se me ocurrió. Además, después de todo, él y yo éramos negociantes.

—¡Siga! ¿Qué aconteció?

—Le dije que estaba dispuesta a hacerme cargo de la concesión, pagándole cien dólares por sus derechos, pero que él debería extenderme un documento cediéndomela antes de entregarle yo los cien dólares, más los quinientos destinados a restablecer la vigencia de la concesión.

—¿Qué le respondió Shelby?

—Se manifestó de acuerdo conmigo, informándome de que el asunto le había interesado en principio, pero que entonces ya no le importaba. Como verá, pongo todas las cartas sobre la mesa, porque deseo que tanto usted como sus amigos se hagan cargo exacto de la situación.

Sonrió al teniente Tragg y a Paul Drake, como si intentase ganarlos para su causa. Drake le devolvió la sonrisa, pero Tragg no movió un solo músculo de la cara.

—La forma en que ahora nos explica lo ocurrido —le dijo Mason — resulta mucho más conveniente que su anterior aserto, al afirmar que al saber muerto a Scott Shelby, usted era la dueña absoluta de la concesión.

—Le facilité el dinero —prosiguió la mujer— y Shelby estuvo de acuerdo conmigo en seguir adelante, actuando simplemente como mi agente.

—¿Qué hizo usted después?

—Contraté a un individuo para que le ofreciese quinientos

dólares a Jane Keller, instruyéndole debidamente. Como es lógico, suponía que ella no aceptaría el dinero. Necesitaba testigos y aspiraba a que cogiese los quinientos dólares, cuando menos, que los tuviese momentáneamente en sus manos. Decidí, pues, que mi hombre aguardara en el banco para intentar pagarle allí. Mi enviado tuvo que rondar por el banco durante dos días antes de que ella acudiese.

—¿Y por qué en el banco precisamente?

—Muy sencillo: en la cola que se forma ante las ventanillas siempre hay gentes de excelente reputación. Esta circunstancia me garantiza un buen número de testigos solventes. Además, una persona aceptará mucho más fácilmente dinero si se le entrega en un banco que en otro sitio cualquiera.

—Según veo, es usted muy hábil en psicología aplicada. Una previsión bastante inteligente.

—El ofrecimiento le fue hecho a nombre de Scott Shelby, ya que yo quería mantenerme en lo posible al margen del asunto. ¡Compréndalo!; trabajo en fincas, y temía que un asunto de esa naturaleza pudiese afectar a mi reputación.

—Es usted muy franca con nosotros —observó Mason.

—Estimo que con ustedes es el mejor procedimiento. ¿Me equivoco?

—Tal vez no. ¿Y qué ocurrió más tarde?

—Cuando usted llamó por teléfono al señor Shelby yo ya le había dado las instrucciones pertinentes, pero después de haberle telefoneado usted consideré oportuno informar a Shelby de todos los detalles. Me figuro que entonces le tentó la codicia, creyendo posible sacar más dinero del asunto. Usted le había anunciado que iría a verle pasados unos minutos y no disponíamos de mucho tiempo.

—¿Qué ocurrió, finalmente?

—Convine en pagarle el veinticinco por ciento de lo que yo recibiera, a título de compensación adicional por haberme cedido la concesión. Estaba convencida de que no le asistía razón alguna para pedirme eso, pero él aseguraba que yo me había aprovechado de nuestra amistad y… En resumidas cuentas; que llegamos a ese acuerdo.

—¿Le dijo él que usted se aprovechaba de su amistad? —indagó

Mason.

—Sí. Teníamos nuestros respectivos despachos en el mismo edificio. En una o dos ocasiones yo logré facilitarle negocios que le reportaron excelentes utilidades y, a su vez, él me facilitó algunos datos que me fueron lucrativos. Sin embargo, jamás hubo entre nosotros negocios directos. Todo se redujo a una serie de pequeños favores, fruto de nuestra vecindad.

—¿No hubo otro tipo de relaciones entre ustedes? —preguntó Mason.

Ellen Cushing iba a contestar, pero se contuvo y miró al abogado de modo penetrante. Después le dijo:

—Señor Mason, trato de informarle claramente del asunto, pero ello no me obliga a informarle detalladamente de mi vida privada.

Mason sonrió.

—Perfectamente. Creo estar ahora en disposición de formar un cuadro completo de la situación. Presumo que, al enterarse de que había una venta pendiente, usted exigió a Shelby que redactara un documento cediéndole los derechos. ¿Fue así?

—Sí; un documento de cesión y una declaración en la que Shelby testimonió que todo cuanto hiciese sería en mi nombre y provecho.

—¿Quién redactó esos documentos?

—Yo misma.

—¿A mano o a máquina?

—A máquina.

—¿Podría ver esos papeles?

La mujer se levantó y se dirigió al dormitorio. Pero antes de entrar en él se detuvo para decir:

—Tal vez convendría, antes de que yo ponga más cartas sobre la mesa, que usted me dejara conocer alguna de las suyas.

—Creo poder estar en situación de ofrecerle una solución en dinero —le dijo Mason.

—¿Cuánto?

—Lo ignoro todavía.

—Shelby aseguraba que podría conseguir diez mil dólares.

—Exageró.

—Así lo creo también —dijo ella, y, tras una pausa, preguntó—: ¿Cuánto cree que podría recibir?

—No lo sé.

—En tal caso, ¿no cree preferible esperar a que sus representados me hagan la oferta?

—No se la harán mientras no les conste que usted es la única que tiene atribuciones para aceptarla o rechazarla.

—¿Por qué?

—Así es como la gente procede. No se suele hacer oferta alguna hasta estar seguro de que puede ser aceptada, y aun así, no se da este paso a menos de estar convencidos de que en caso de ser aceptada, se recibirá lo que se espera recibir.

—Sí, lo comprendo…

—Lo mejor sería que usted fijase la cantidad.

—Ya le dije a Scott que me contentaba con tres mil dólares, siendo esto lo mínimo a que aspiraba.

—¿Quiere usted decir que él estaba autorizado para negociar a base de estos tres mil dólares?

—Cuatro mil —rectificó Ellen Cushing—. No olvide que él debía percibir el veinticinco por ciento en pago de sus gestiones. Personalmente, estimaba que la suma de cuatro mil dólares sería el máximo que deberíamos pedir.

—¿Opinaba Shelby de forma distinta?

—Sí, insistía en que podríamos conseguir más.

—En consecuencia —dijo Mason—. Shelby debió sentirse anoche desilusionado cuando Benton le dio a entender que no pagaría más de cuatro mil dólares.

—¡Ah! ¿Pero ofreció Benton esa suma?

—Declaró que estaba dispuesto a poner él dos mil dólares si Jane Keller aportaba los otros dos mil.

—Justamente la solución que yo esperaba. Le dije a Shelby que podríamos pedir cuatro mil dólares, pagando cada interesado la mitad. Se trataba de una suma no muy subida para ellos y para nosotros bastante razonable. Parker Benton podía incrementar el precio de la propiedad y Jane Keller considerar su desembolso como una especie de impuesto.

Mason asintió con un ademán de la cabeza y la mujer continuó:

—¿Qué se decidió? ¿Quedaron convenidos en los cuatro mil dólares?

—Shelby se opuso, insistiendo en percibir una suma superior.

—Lo que me temía. Por mi parte, yo hubiese preferido un pájaro en la mano a ciento volando.

—Bueno, todo eso ya está liquidado —dijo Mason, que agregó en tono significativo—: Es una coincidencia bastante singular que la cantidad señalada por usted concuerde exactamente con la ofrecida, o, mejor dicho, indicada anoche por Benton.

—¿Qué tiene de particular?

—Usted no puede saber lo que se dijo en el yate.

—Claro que no, pero no olvide que soy una mujer habituada a los negocios. Instintivamente sabía hasta dónde se podría llegar.

—¡Ya!

—¿Podremos, pues, reunirnos el señor Benton y yo?

—Lo ignoro. No vengo aquí en representación del señor Benton.

—Entonces, ¿a quién representa usted?

—Temo no contar con la libertad necesaria para responder a su pregunta —replicó Mason—. De todas formas, me agraciaría ver el documento de cesión y la declaración a que usted ha hecho referencia.

Ellen Cushing miró hacia el dormitorio, vaciló por unos instantes y, finalmente, dijo:

—¿Podría concederme una o dos horas de plazo? Le llevaría los documentos a su oficina.

Mason volvió el rostro hacia el teniente Tragg, para preguntarle con exquisita cortesía:

—¿Qué le parece, señor?

Tragg movió la cabeza negativamente a tiempo que decía:

—Ya le advertí, Mason, que tengo prisa. Si hemos de hacer algo, no perdamos el tiempo.

Mason volvió sus ojos, fijándolos en Ellen Cushing y ésta se levantó.

—¡Perfectamente! Aguarden un momento.

Se dirigió hacia el dormitorio y entreabrió la puerta, al mismo tiempo que les decía en un tono excesivamente alto:

—Espérenme aquí mientras yo busco los documentos. ¡Hagan el favor! Empujó la hoja y, sin abrirla completamente, se deslizó por el hueco, cerrándola a continuación.

Perry Mason señaló con un ademán el dormitorio y dijo:

—Creo que ahora le toca a usted, teniente.

—¿Está usted seguro de que ese tipo se encuentra ahí?

—Estoy seguro de que dentro hay un individuo cuya descripción se corresponde bastante bien con la de Scott Shelby.

—Eso no fue exactamente lo que usted me dijo por teléfono.

—No perdamos el tiempo. Sólo existe un medio para resolver situaciones como éstas.

Perry Mason se puso de pie y avanzó por el living, en dirección al dormitorio. Asió con su mano el pomo de la puerta, que hizo girar suavemente, y adoptó una posición que le permitiría cargar sobre la hoja todo el peso del cuerpo. Por último, la empujó a tiempo que decía:

—He pensado, señorita Cushing, que…

Ella, que se encontraba muy cerca de la puerta, lanzó un grito:

—¡Un momento!

Rapidísimamente se abalanzó sobre el abogado, colocando en sus manos un montón de papeles.

—Aquí tiene los documentos. Vamos a sentarnos para estudiarlos. Mason intentó mirar al interior del dormitorio, pero la puerta sólo se abrió lo necesario para que Ellen Cushing pudiese salir. Cuando Mason intentó presionar con más fuerza, la hoja fue contenida desde el otro lado.

El abogado volvió a reunirse con Tragg y Drake. Ellen Cushing les ofrecía un papel firmado.

—¿Desea alguno de ustedes examinarlo, por favor?

—¡Véalo usted! —le indicó Mason al teniente.

El policía cogió el papel y lo examinó pensativamente.

—¿Es esa la firma del señor Shelby? —preguntó.

—Sí.

—¿Lo vio usted misma firmar?

—Naturalmente.

—¿Cuándo fue eso?

—Poco más o menos hará una semana. Por lo demás, ahí también está la fecha.

—¿La fecha exacta?

—¡Pues, claro!

—¿Está segura de que no se firmó ulteriormente?

—Segurísima. ¿Por qué lo pregunta?

Tragg respondió:

—Podría significar alguna diferencia…, legalmente hablando.

—¡Bueno, creo que esto es todo! —les dijo Ellen Cushing apresuradamente—. Ahora, tengo que ir a la peluquería. Si ustedes tienen que hacerme alguna oferta, les escucho; en caso de que deseen tomarse algún plazo para resolver, pueden hacerlo. Ya han podido ver los documentos. Ahora tengo que marcharme.

Mason miró significativamente a Tragg y éste se dirigió a la mujer.

—Perfectamente, no la entretendremos más. A mi juicio, los documentos están en orden. ¿Quiere echarles un vistazo, señor Mason?

El aludido cogió ambos papeles, comprobando que en uno de ellos se estipulaba la cesión de derechos y que en el otro se incluía la declaración de Shelby, tal vez redactada por persona inexperta, pero de indudable valor legal.

—¿Cuándo volverá a su casa, señorita Cushing? —le preguntó el abogado, devolviéndole los documentos.

—Le avisaré por teléfono.

—Muy bien.

Los tres personajes se alzaron para dirigirse a la puerta, que ella mantuvo abierta para que pasaran, despidiéndose de ellos finalmente con una sonrisa encantadora.

Mason siguió a Tragg y a Paul Drake a lo largo del pasillo.

Al llegar finalmente al ascensor, exclamó, indignado:

—¿Por qué no apoyó mi juego, teniente? ¿Qué esperaba?

—Hasta este momento —le dijo Tragg— no hay pruebas terminantes de la presencia de Scott Shelby en esta casa, salvo sus afirmaciones y deducciones.

—Le aseguro que había alguien en el dormitorio —replicó Mason—, alguien que se encontraba al otro lado de la puerta y que evitó que fuese abierta.

—Ellen Cushing tenía la mano en el pomo y tiraba de él, cerrándola —apuntó Tragg.

—Exactamente, pero esa mujer no tiene la fuerza suficiente para impedir que yo la hubiese abierto. Se lo aseguro; alguien estaba dentro.

—Bien, supongamos que así fuera. Ahora le echaré un vistazo al automóvil, pero no pasaré de ahí hasta que usted no se consiga una

prueba más terminante.

—Haga lo que le parezca —le dijo Mason.

—Así será —repuso Tragg, fríamente.

—Cuando esa mujer se dirija al garaje —intervino Drake—, con el propósito de sacar el coche, usted podría acercarse y formularle alguna otra pregunta.

—O detenerla en la calle cuando vaya conduciendo, ¿no? —ironizó Tragg.

—Mejor sería sorprenderla en el garaje —deslizó Mason—. Tal vez haya en él alguna prueba.

—Quizá tenga usted razón, pero no pienso realizar inspección alguna sin orden judicial.

—Observo que guarda usted más consideraciones a ciertas personas que a mis propios clientes.

—Sí. Tal vez les tema más a sus clientes que a esa mujer.

—¡Muy bien, haga lo que le parezca! —le dijo Mason—; por lo que a mí respecta, si así lo prefiere, puede seguir creyendo en esa historia china del homicidio. Deje que los periódicos de la tarde publiquen su declaración, pero no se extrañe si en los diarios matutinos se incluye alguna noticia que le convierta a usted en la risión de las gentes.

El ascensor se detuvo, y Tragg abrió la cancela.

Los tres personajes salieron silenciosamente del edificio de departamentos. De súbito, Tragg se volvió, dirigiéndose hacia una de las esquinas del edificio en donde se inmovilizó. Mason y Drake se unieron a él.

Pasados unos minutos se oyó un taconeo y Ellen Cushing apareció, dirigiéndose con toda rapidez al garaje. Mason esperó a que abriese las puertas y, entonces, le dio con el codo a Tragg.

—Vamos, teniente.

Mason fue el primero en hablar.

—Oiga, señorita Cushing, ¿aceptaría usted los cuatro mil dólares? No se trata de una oferta en firme, sino de un simple sondeo. ¿Aceptaría esa suma?

La mujer se volvió, mirándoles tranquilamente.

—Pues, claro.

Mason, sonriendo, añadió:

—Bueno, como veo que tiene usted bastante prisa, el señor

Tragg podría acompañarla hasta la peluquería en su coche a fin de que ustedes pudiesen hablar. ¿Qué le parece?

—¡Encantada!

Ellen Cushing abrió la portezuela y se instaló frente al volante. Tragg se disponía a sentarse a su lado, cuando Mason le dijo:

—Podemos ir en el asiento trasero, Tragg.

Obedeció el policía y, una vez instalados, el abogado le cogió una mano, haciéndole palpar el cojín húmedo.

La actitud de Tragg cambió de súbito. Abandonó el asiento, saltó a tierra y dijo:

—Tiene usted un garaje espléndido, señorita Cushing.

—Sí, no está mal —respondió ella, poniendo el motor en marcha.

—¿Posee usted muchas herramientas?

—No creo.

—¿Qué hay en ese rincón? —preguntó Mason.

Ellen Cushing siguió entonces la dirección de sus ojos.

—No sé… ¡Ah!, parece una manta.

—Efectivamente —confirmó Mason, descendiendo del coche.

De súbito, Ellen Cushing abrió la portezuela y se encaró con ellos.

—Díganme: ¿podrían explicarme qué significa todo esto?

El teniente, sin decir una palabra, se dirigió al rincón en donde se hizo cargo de la manta. Al levantarla, vio los zapatos empapados de agua.

—¡Magnífico! —exclamó, y tomando una rápida decisión, añadió—: Volvamos a su departamento. Tengo que hacerle algunas preguntas.

—¿Usted? —le preguntó Ellen Cushing, airadamente.

Tragg entreabrió su americana y le mostró la chapa.

—Yo y toda la policía metropolitana, si así lo prefiere.

Capítulo 15

Ellen Cushing abrió la puerta del departamento y cedió el paso a sus acompañantes. Después, la cerró.

—¡Siéntense! —invitó.

—¿Tiene algún inconveniente en que le echemos un vistazo al cuarto? —le preguntó el teniente Tragg.

—¿Viene a realizar una inspección en mi departamento?

—Me gustaría simplemente visitarlo. Eso, si no tiene alguna objeción que hacer.

—Naturalmente que la tengo.

—Como es lógico, puedo hacerme con una orden judicial de registro.

—Pues vaya y consígala.

—Esa actitud no le favorecerá —le dijo el teniente.

—¿En qué se funda?

—Usted debe explicar ciertas cosas. Lo mejor sería que adoptase otra actitud más conciliatoria.

—¿Qué es lo que debo explicar?

—Veamos… —le dijo Tragg—. Usted era amiga de Scott. Anoche, este señor se cayó por la borda de un yate, suponiéndose que ha perecido ahogado. Los indicios hicieron sospechar que hubiese sido asesinado, pero no fue posible localizar el cadáver a pesar de que el río no es muy profundo por aquellos parajes.

—¿Se han olvidado de la corriente?

—Ya hemos tenido en cuenta esa circunstancia.

—Bueno, ¿y qué?

—Sabemos que usted es parte interesada en las negociaciones que Shelby había entablado para solucionar cierto asunto relacionado con una concesión petrolífera. Acabamos de descubrir en su garaje una manta completamente empapada y un par de

zapatos en idéntico estado. Por otra parte, no hay duda de que en el asiento de su coche ha permanecido alguien o algo que lo ha contaminado de humedad.

—¿Y qué?

—El hecho no tendría la menor importancia si ese alguien no hubiese sido el propio Scott Shelby.

—¡Qué absurdo!

—Además —prosiguió Tragg—, al parecer, usted tiene un hombre en su dormitorio.

—¿Cómo se atreve a sostener semejante cosa?

—¿No hay nadie?

—No.

—¿Me autoriza para que me cerciore de ello?

—¡No veo con qué derecho podría hacerlo!

En vista de que la conversación parecía haber llegado a un punto muerto, Tragg miró a Mason, como pidiéndole ayuda y éste intervino, diciendo con suavidad:

—Tal vez la señorita Cushing pueda explicar por qué la manta aparece húmeda y si ello es debido a haber transportado en su coche algo que estuviese empapado de agua.

La mujer miró con odio al abogado y declaró, silabeando las palabras:

—La señorita Cushing nada tiene que decir. Al parecer, señor Mason, todo esto se lo debo a usted.

—Sea, puesto que así lo cree. Pero concretemos las cosas. Le diré, para comenzar, que en su dormitorio hay un hombre. Mide unos cinco pies y ocho pulgadas, pesa alrededor de ciento cincuenta libras y posee ojos y cabellos oscuros. Una descripción bastante exacta de Scott Shelby, ¿no cree?

—¿En mi dormitorio? —preguntó Ellen Cushing, con los ojos muy abiertos.

—Exactamente.

La mujer volvió la cabeza hacia atrás estallando en una risa nerviosa, casi histérica. Cuando cesó de reír, Mason dijo:

—¿Hay o no un hombre en su dormitorio, señorita Cushing?

—¡Pues claro que no!

—¿Tendría inconveniente en que yo mismo revisase su cuarto?

—¡Naturalmente! No veo la necesidad.

—¿Y el teniente Tragg?

Guardó silencio pensativamente, con las rodillas juntas, mientras agitaba los pies con nerviosismo. Finalmente, terminó diciendo:

—No; me opongo resueltamente.

—Bien, señorita Cushing; según entiendo, usted sostiene terminantemente que en su dormitorio no se oculta un hombre. ¿No es así?

—En efecto.

—Le diré entonces que varios testigos han visto a un individuo de pie ante la ventana de su dormitorio. Si usted ha hablado con sinceridad no hay duda de que se trata de un ratero. En tales circunstancias, como oficial de policía, mi deber es arrestar a toda persona que penetre furtivamente en un domicilio ajeno.

—¿Quién lo vio en mi dormitorio? ¿Quién me ha estado espiando?

—Se la ha tenido bajo vigilancia durante cierto tiempo —le dijo el teniente Tragg—. Ahora deseo cerciorarme de si hay alguien en ese cuarto, algún huésped u otra persona cualquiera autorizada para residir en su domicilio. Si esto es así, no podré inspeccionar el dormitorio sin una orden judicial. Ahora bien, si usted me asegura que aquí no hay nadie que posea tal autorización, es claro que quien pueda estar en su casa lo hace ilegalmente. En tal situación, mi deber es arrestar al intruso.

Ellen Cushing miró a Mason y al teniente Tragg, siguiendo cuidadosamente cada movimiento de ambos y escrutando sus fisonomías.

—Suponga que les digo a ustedes que… que tenía un invitado.

—En tal caso no estaríamos autorizados a entrar en su dormitorio sin la debida orden judicial y el único recurso que me quedaría sería colocar un centinela en el corredor para garantizar que el hombre no pudiese abandonar este departamento, mientras me conseguía la orden judicial de registro. También podríamos detenerla a usted a fin de someterla a un interrogatorio.

La señorita Cushing bajó la cabeza y, durante algunos segundos, contempló fijamente la alfombra.

De súbito, alzó los ojos y dijo:

—Muy bien, les confesaré la verdad.

—Creo que es lo mejor.

—En mi departamento hay un hombre.

—¿Scott Shelby? —preguntó Tragg.

Vaciló antes de responder.

—¡No! Además, no está en mi dormitorio, sino en la cocina.

—Tal vez ahora sea así —sonrió Mason—, pero cuando nosotros le vimos se encontraba en el dormitorio.

Ellen Cushing contempló al abogado con manifiesta hostilidad.

—Me gustaría, señor Mason, que se ocupase exclusivamente de sus propios asuntos. No es verdad lo que afirma. Ha permanecido en la cocina todo el tiempo. Estuvo preparando el desayuno y ahora está lavando los platos… ¡Ven aquí, Art!

El batiente de la cocina se abrió y un individuo de aire bovino, de unos cinco pies y ocho pulgadas de estatura, ojos y cabellos negros, apareció y miró a los circunstantes con embarazo.

Ellen Cushing lo presentó:

—Aquí tiene a Art Lacey, el hombre con quien me voy a casar. Esta mañana, después de regresar a casa, nos proponíamos ir al registro civil con el propósito de conseguir los documentos necesarios. Llegó temprano, preparó el desayuno y lavó los platos, evitándome todas esas molestias. Creíamos con ello ahorrar tiempo, y así hubiese sido de no haber venido ustedes aquí.

El hombre insinuó un saludo al tiempo que se sentaba.

—¿Cómo están ustedes, amigos?

—¡Muy bien! —contestó Tragg, que se dirigió seguidamente a la mujer, diciéndole—: Este hombre fue visto en su dormitorio.

—No estuvo allí. Cuando me retiré, se encontraba en la cocina.

Mason se limitó a sonreír y Drake le preguntó:

—¿Qué ventana cerró usted inmediatamente de levantarse, señorita Cushing?

—La de la cocina. En aquel instante, Art llamó a la puerta y entró en ella. Me disponía a preparar el desayuno y me dirigí con él a la cocina, en donde cerré la ventana, diciéndole que se considerase como en su casa. Después, como aún llevaba la bata, me marché al dormitorio para vestirme.

Drake miró a Mason de un modo lúgubre, y éste intervino:

—Eso no puede ser, señorita Cushing. Este hombre se encontraba en su dormitorio cuando hace pocos minutos estuvimos nosotros aquí.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque empujaba la puerta a fin de mantenerla cerrada cuando yo intentaba entrar en el dormitorio en el instante en que usted sacaba esos documentos.

Ellen Cushing se limitó a alzar la voz, a la par que decía:

—¡Creo que debes presentarte, mamá!

La puerta del dormitorio se abrió en el acto, y una dama de cabello gris hizo acto de presencia, diciendo:

—¿De qué se trata? En mi vida he visto cosas como éstas.

—Señores, he aquí a mi madre —se limitó a decir Ellen Cushing.

—¿Ha estado usted en el departamento todo este tiempo? —le preguntó Tragg.

—Pasé la noche aquí. Ellen y yo dormimos juntas. Ignoro qué enredo se traen, pero creo que le deben ustedes una explicación a mi hija. Es una excelente muchacha.

—Mi madre —intervino Ellen Cushing— vino a visitarme ayer por la tarde. Fui a recibirla a la estación en el tren de las ocho. Desde esa hora, ha estado conmigo. Le gusta dormir hasta tarde y su salud no anda muy bien. Por eso Art se brindó a venir a prepararnos el desayuno. Lo hizo rápidamente, se lo sirvió a mamá y él y yo desayunamos en la cocina.

Mason preguntó a la anciana señora:

—¿Podía usted oír desde el dormitorio lo que se hablaba aquí, señora Cushing?

—Casi todo. Precisamente estaba escuchando junto a la puerta cuando alguien me empujó y casi me tiró al suelo… ¡Dios mío, olvidé mi dentadura!

Se alzó de la silla y corrió hacia el dormitorio, volviendo al poco rato y luciendo, ahora, una brillante dentadura postiza.

—¿Y usted, qué dice? —le preguntó Tragg a Arthur Lacey—. ¿Podía escuchar lo que se hablaba en este cuarto, mientras usted estaba en la cocina?

Lacey asintió con cierto embarazo.

—Algunas cosas. Me encontraba ocupado y no quería que me sorprendiesen lavando platos.

Mason intervino en aquel momento con manifiesta irritación:

—Esta treta ha sido elaborada rápida y hábilmente, pero no le servirá de nada.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ellen Cushing con extrañeza.

—Que su departamento ha estado vigilado desde antes del amanecer y este caballero no ha llamado a su puerta. Nadie ha venido esta mañana a su departamento.

—¿Y es eso todo? Pues sepa usted que da la casualidad que Art Lacey vive en este mismo edificio. ¿No pensó en tal posibilidad, verdad? Sin embargo, se trata de algo elemental, y si usted se dedicara a sus propios asuntos…

—¡Basta! —interrumpió Tragg—. Estoy haciendo investigaciones sobre un crimen, señorita Cushing, y deseo saber por qué está ahora en su garaje esa manta y esos zapatos húmedos.

La anciana señora dijo entonces:

—Yo sólo puedo asegurarle una cosa: que Ellen no salió anoche a ninguna parte, sino conmigo. Fuimos a ver a mi antigua vecina, la señora Turlock, que vive en el departamento de la derecha y permanecimos en él hasta medianoche. Después, regresamos a casa y nos acostamos… Sólo una cosa no puedo comprender, Ellen: ¿por qué no me dijiste que pensabas casarte con este joven? Jamás me hablaste una palabra de eso.

—Me proponía decírtelo una vez que lo conocieses, mamá.

—¿Tiene usted el sueño pesado, señora? —le preguntó Mason a la anciana.

—De ninguna manera. Si un ratón atraviesa mi cuarto me despierto en seguida. Anoche me sentía tan intranquila que apenas pude pegar los ojos hasta la madrugada.

—Todavía espero que me digan algo de esos zapatos y esa manta.

Ellen Cushing se volvió a Lacey.

—¡Díselo, Art! No hay nada secreto en ello.

El aludido abrió la boca y pronunció algunas palabras, pero, al parecer, no lograba perfilar en forma adecuada su declaración. Ellen Cushing le interrumpió, riendo:

—Art se azora fácilmente. Ayer hicimos una pequeña excursión. Los zapatos son de Art. Él los mojó.

—Me gustaría conocer todos los detalles —indicó Tragg.

—Y poder echarle un vistazo a su dormitorio, si es posible —agregó Mason.

Tragg asintió y se puso de pie.

—¿Hay alguna objeción? —preguntó.

—Perfectamente —se decidió Ellen—. Por lo que a usted se refiere no tengo el menor inconveniente, pero me opongo a que ese abogado entre en el dormitorio. Ya ha suscitado demasiadas dificultades.

El teniente entró en el dormitorio, abrió la puerta del ropero, miró bajo la cama y se asomó a la ventana inclinándose hacia fuera. Finalmente, regresó y volvió a sentarse en la butaca.

—Bien, ahora, infórmenos de esa excursión. Pero antes, dígame usted, Lacey: ¿conoce a Scott Shelby?

—Lo vio por primera vez ayer por la mañana —intervino Ellen Cushing—. Si usted me lo permite, le informaré debidamente.

—¡Muy bien! —aprobó Tragg—. Probablemente tendré que redactar un informe sobre este asunto y su ayuda me será preciosa. Continúe, señorita Cushing.

—Voy a casarme con Art Lacey. Ayer me pidió en matrimonio y acepté. Decidimos emprender una pequeña excursión por el campo. Ambos deseábamos librarnos por un momento de preocupaciones y disfrutar de una tarde tranquila. Nos proponíamos llevar algunas cosas, como bocadillos, cerveza y cosas por el estilo; en fin, todo lo necesario para una excursión.

»Hacía tiempo que amaba a Art e ignoraba que él sintiese por mí la misma inclinación. No es extraño, pues, que quisiéramos estar a solas.

—¿Por qué se mojaron tanto los asientos del automóvil y esa manta?

—Ya se lo explicaré. Salimos con cierto apresuramiento; preparé algunos bocadillos, y, después, nos detuvimos en una tienda para comprar fiambres. Finalmente, nos proveímos de cerveza y partimos, pero, de repente, nos dimos cuenta de que no teníamos medio alguno para mantener la cerveza fría. Nos habíamos olvidado por completo de aquel detalle. Entonces, recordé que en la parte trasera del coche llevaba una manta y nos detuvimos para comprar hielo, que coloqué en ella. ¿Lo comprende ahora?

El teniente Tragg guardó silencio, meditando.

—¿Hicieron ustedes la excursión por el río? —preguntó Mason.

—¡No! —respondió ella, volviéndose, indignada, hacia el abogado—. Y mucho le agradecería que no interviniese más en esto.

—¿Son suyos los zapatos mojados? —inquirió Mason, dirigiéndose ahora a Lacey.

El aludido hizo un gesto afirmativo.

—Por si les interesa saberlo, les puedo decir que anduvimos por el lago —informó Ellen Cushing—. Art encontró en la playa los restos de una embarcación y al querer subir a ella se mojó el calzado.

—Entonces se separaron anoche y vino él a verla esta mañana temprano, ¿no?

—Justamente. Nos proponíamos tramitar todo lo relacionado a nuestro matrimonio. Mi madre llegaba en el tren de las ocho y Art tenía un compromiso para las ocho y media, pero quería conocer a su futura suegra. Entonces, Art y yo nos dirigimos a la estación, en donde nos dijeron que el tren traía un cuarto de hora de retraso. Por eso preferimos regresar, conviniendo en que por la mañana él vendría aquí a preparar el desayuno, mientras yo me dirigía a la peluquería, para, finalmente, marchar ambos a la oficina del condado, a fin de conseguir las licencias.

—Así, pues, usted se encontraría con su madre a eso de las ocho y cuarto, ¿no?

—Exactamente.

—¿Y desde esa hora, se ha separado ella de usted?

—En ningún momento.

—¿Vio, pues, también a la señora Turlock anoche?

—Sí, después de la cena. Mi madre goza de excelentes amistades y como sólo piensa estar aquí unos cuantos días, deseaba aprovechar el tiempo para cumplir debidamente con ellas. La señora Starr, una amiga suya, fue también a la estación a recibirla. Esta señora, según nos dijo, tenía que regresar para recoger a su marido, que sale a las nueve. Por eso, cuando mi madre llegó, las tres cenamos ligeramente en la misma estación. Seguidamente, la señora Starr nos acompañó hasta la casa de la señora Turlock. Puede usted interrogarla. Estuvimos allí hasta medianoche. Y esto es todo cuanto les tengo que decir.

—Cenamos con toda rapidez —añadió la señora Cushing—. No quería que Edith se retrasara en ir a buscar a su marido, pero cuando llegamos a casa de Fanny Turlock ya eran las nueve menos cinco.

Tragg se volvió hacia Lacey, interrumpiendo a la anciana.

—¿Asegura que esos zapatos son suyos?

—Sí.

—¿Podría probarlo?

Lacey se limitó a sacarse el calzado para colocarse los zapatos húmedos, extendiendo sus piernas hacia Tragg. El teniente, tras rápido examen, declaró:

—Le sientan bien.

—¡Naturalmente, como que son míos!

—¿Conocía usted a Shelby?

—Hace muy poco.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer por la mañana.

—Debe haber tenido usted una mañana bastante agitada —sonrió Mason—. Ayer mañana solicitó la mano de la señorita Cushing, y, sin pérdida de tiempo…

Ellen Cushing le interrumpió:

—Querido, no les prestes la menor atención. El señor Mason es un abogado muy hábil que representa a la mujer de Shelby. Ella le asesinó y el señor Mason intenta enturbiar las aguas para librar a su cliente de la acusación.

—¿Por qué le mató? —preguntó Lacey, al parecer más tranquilo.

—¿Sabe usted algo? —interrogó a su vez Tragg.

Arthur Lacey se encogió de hombros.

—Creo que ese fulano era una especie de granuja… Me irritó la forma en que trataba a Ellen.

—¿Qué había de inadecuado en ese trato? —preguntó Tragg.

—Me dio la impresión de que ese Shelby era un viejo verde.

Ella rompió a reír.

—¡Pero, Art, Shelby sólo tenía siete años más que tú!

—No lo discuto, pero, ¡al diablo!, en cuanto le eché la vista encima, ésa fue la idea que me formé de él. No me importa su edad, sólo su aspecto, y, a juzgar por él, nadie hubiese pensado que aspirase a una muchacha como Ellen.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó entonces Tragg.

Ellen Cushing intervino:

—Hace ya bastante tiempo que amo a Art Lacey. Al señor Shelby le conocí hace seis meses. Es posible que fuesen ésas sus

intenciones, pero estaba casado, y como comprenderán…

—¿Hizo alguna tentativa? —preguntó Tragg con cierto interés.

—Nada hubiera conseguido —se apresuró a responder Ellen Cushing.

—¡Naturalmente! —intervino Lacey—, pero no cabe duda de que algo se proponía el hombre. Ellen y Shelby habían intervenido juntos en algunos negocios y él siempre se empeñaba en estar cerca de ella. Hace mucho tiempo que amo a Ellen. Me di cuenta que se trataba de una muchacha bonita e inteligente que valía mucho más que yo y me resistía a forjarme esperanzas. Nunca me había atrevido a decirle que la quería. Puede imaginarse lo que experimenté al adivinar que aquel individuo trataba de aprovecharse de su situación para conquistarla.

—¿Y por qué, en tal situación, consintió la señorita Cushing en seguir viéndose con él? —preguntó Tragg, con el ánimo de sonsacarle algo a Lacey.

Ellen Cushing se apresuró a responder:

—No olvide que yo trabajo en negocios de fincas y que el señor Shelby podía proporcionarme ciertos datos que me interesaban. Queda claro, pues, que me convenía estar en buenas relaciones con él.

—Pero eso no justifica que él haya tratado de extralimitarse —apuntó Lacey.

—No se ha extralimitado —le replicó Ellen Cushing, irritada.

—Pero intentó hacerlo.

—¡Bah! Muchos hombres proceden del mismo modo —dijo Ellen.

—Es posible —admitió Tragg, sonriendo—, pero continúe; hábleme algo más de Shelby.

—Bien. Creo haberle explicado cuáles eran nuestras relaciones. El señor Shelby siempre trataba de brindarme nuevos negocios. A decir verdad, no me había pasado inadvertido qué parecía sentir al mantenerse en contacto conmigo, y creo que si yo le hubiese dado alguna esperanza, se habría decidido a dar algún paso decisivo.

—¿Insinúa que hubiese terminado por divorciarse?

—Así lo creo.

—Por lo tanto, cabe la posibilidad de que se haya decidido a llegar a cualquier extremo con tal de librarse de su mujer para

poder casarse con usted, ¿no?

—Probablemente.

—Al señor Lacey le irritaría esta situación, ¿verdad?

—En efecto —reconoció Lacey, con sencillez.

—¿Puso de manifiesto su antipatía ante él?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿No fue ayer precisamente cuando fueron ustedes de excursión?

—Sí; por la mañana. Pero eso ocurrió después.

—Les diré lo que pasó —intervino Ellen Cushing.

—Déjame; lo haré yo —le atajó Lacey con voz sorda.

—Muy bien —consintió Ellen Cushing, sonriendo.

Arthur Lacey explicó:

—En este asunto de la concesión petrolífera había algo equívoco y Shelby se dedicó a coaccionar a Ellen. Le dijo que gracias a él había podido hacer una serie de negocios bastante lucrativos y que en aquella ocasión debía dejarle la iniciativa a él. Ellen salió del despacho de Shelby y se dirigió al suyo, en donde yo la esperaba. Allí me contó lo ocurrido. Naturalmente, me indigné, y marché a ver a Shelby para aconsejarle que la dejase tranquila.

—¿Qué le contestó?

—Supongo que le disgustó mi presencia. Cuando entraba en su despacho, acababa de tener una entrevista con un individuo que en aquel instante se marchaba ya. Un sujeto lisiado, a quien al parecer Shelby engañaba tramándole el traspaso de una tienda de comestibles o algo por el estilo. Shelby se zafó de él y se volvió hacia mí, preguntándome qué deseaba. Yo me sentía medio loco de rabia y le dije todo lo que estimé oportuno.

—¿Qué le contestó? —preguntó Tragg.

—Que aquél no era asunto mío y que Ellen sabía manejarse perfectamente sola y elegir sus amistades sin que yo tuviese el menor derecho a meter las narices en asuntos ajenos. Entonces le respondí que estaba en situación de asumir ese derecho, por lo menos, que estaba empeñado en ello y que volvería para aplastarle la nariz. Seguidamente, me dirigí al despacho de Ellen y le pedí que se casara conmigo.

La aludida rompió a reír, diciendo:

—¡Figúrense cómo me sentí! Hacía mucho tiempo que amaba a Art, pero como él jamás me había dicho una palabra…

—La consideraba tan superior a mí, que tenía miedo de que ella se echase a reír en mis barbas, si le pedía que se casase conmigo.

—Un hombre nunca sabe cómo una mujer puede reaccionar en este sentido —opinó Ellen Cushing—. Yo no podía objetarle nada a Scott Shelby si éste me encontraba atractiva, mientras se mantuviese a cierta distancia… Le dije a Art que Shelby parecía mostrar por mí cierta inclinación, con la finalidad de… Bueno; creo que comprenderán.

—¿Esperaba usted que, de esta forma, Lacey se decidiese?

—Supuse simplemente que sería un buen procedimiento para descubrir si Art experimentaba algún afecto por mí.

—¿Lo descubrió?

—¡Pues, claro! —sonrió Ellen—. La puerta de mi despacho se abrió violentamente y Art entró dando un portazo. Estaba sofocado; me miró y casi gritando me dijo: «Ellen, ¿quiere usted casarse conmigo?». Alcé los ojos, lo miré y le dije que sí. Una escena sin duda algo singular. Siempre he sido muy romántica en este sentido, y he aquí que Art me pedía en matrimonio sin muchas ceremonias y que yo aceptaba del mismo modo. Nos dimos cuenta de lo absurdo de la escena y ambos rompimos a reír.

—¿Volvió usted al despacho de Shelby para cumplir su amenaza de pegarle? —le preguntó el teniente a Lacey.

—No, porque tenía cosas más importantes que hacer. Cuando Ellen me respondió afirmativamente, me serené por completo, y, en mi alegría, creo que hubiese vuelto a su despacho para ofrecerle una copa a aquel badulaque. Después de todo, ya no me era tan antipático e, incluso, no me sentía con ánimos de censurarle por haberse enamorado de Ellen.

La señorita Cushing volvió a reír:

—Me valí de Shelby para descubrir los sentimientos de Art, y temo que tal vez le pinté un cuadro demasiado exagerado. Al cabo de media hora, poco más o menos, le dije a Art que siempre había soñado en que se me declararía de otra forma y, entonces resolvimos…

—Sí —intervino Lacey—. Le dije que nada se perdía con

declararme a ella de nuevo en la forma que deseaba, y salimos alegremente, viniendo a su departamento, en donde ella preparó algunos bocadillos para marchar después a una tienda a comprar un poco de pollo frío. Lo dispusimos todo dentro del coche y partimos.

—¿Volvió usted a declararse?

—Así fue.

—Y en forma muy satisfactoria —aclaró Ellen.

Los ojos de la muchacha brillaban. Parecía haber abandonado toda reserva y ahora se dirigía a los visitantes con entera desenvoltura. También Lacey, recuperado de su embarazo y sin considerar lo extraño de la situación, actuaba con mayor tranquilidad, dándole a Tragg la impresión de un hombre de hablar dificultoso, pero que una vez seguro de sí mismo, logra expresarse con cierta claridad:

—¡Dios mío! —exclamó en aquel punto la señora Cushing—. Resulta insólito que la propia madre de la novia se entere del compromiso matrimonial de su hija porque un abogado y un policía…

—¡Una pregunta más! —la interrumpió Mason—. ¿Por qué no depositaron el hielo en la maletera del coche, en vez de envolverlo con la manta y dejarlo en el asiento trasero?

Ellen se volvió hacia el abogado, a quien consideró con dureza:

—Eso nada le importa a usted.

—No obstante —intervino Tragg—, me agradaría oír su respuesta a la pregunta que acaban de formularle.

—No admito que ese señor se inmiscuya en mis asuntos —protestó Ellen—. Creo que es el principal responsable de todo este lío.

—Perfectamente, pero, ¿qué responde usted a esa pregunta? —insistió Tragg.

—Según le dije anteriormente, estábamos a mitad del camino cuando nos dimos cuenta de haber olvidado el hielo. Nos encontrábamos en una finca rústica de cuya venta se me había encargado, y en donde existe un pequeño lago rodeado de arboleda. Cuando advertí que no llevábamos hielo, recordé, al mismo tiempo, que la caja con los bocadillos y las demás vituallas se encontraban en la maletera. Pronto solucionamos el inconveniente. Art cogió la manta y envolvió en ella el hielo, depositándolo sobre el asiento

trasero.

—¿Y por qué no en el suelo? —preguntó Mason.

—Es muy estrecho —replicó Lacey—, y no hay espacio suficiente entre el asiento y el tabique; en cambio, en el asiento cabía perfectamente y no se corría el peligro de que se saliese de la manta. Por eso lo puse ahí, y continuamos el viaje.

—No des más explicaciones —le dijo Ellen—. No estamos obligados en absoluto a responder a sus preguntas:

—¡Muy bien! —les dijo Tragg, poniéndose de pie—. Siento haberles molestado.

—Ahórrese las disculpas. ¿Piensa llevarnos ante el fiscal del distrito?

—Les acompañaría a la fiscalía, pero tengo bastante prisa. De todas formas, podría llevarles rápidamente al Tribunal.

—No creo que tenga más prisa que nosotros —rió Lacey.

—¡Otra cosa! —anunció Tragg—. Alguien me entregó un botón, diciéndome que debía pertenecer a determinado chaleco y yo intenté comprobar si esto podía ser verdad.

Ellen Cushing miró a Mason.

—Ya adivino de quién se trata.

—Muy bien; acompáñenme si se deciden a venir conmigo —les dijo Tragg.

—Podéis marchar —intervino la señora Cushing—. Yo terminaré con lo de la cocina.

—Todo está ya en su sitio —replicó Arthur Lacey—. Únicamente una taza y la salsera…

—¡Vamos! —invitó Tragg con impaciencia.

—Te veré más tarde, mamá —dijo Ellen, cogiendo su sombrero —. Si te sientes sola avisa a la señora Turlock.

Tragg abrió la puerta, en tanto que Lacey se despedía de la anciana:

—¡Hasta la vista, madre!

—¡Adiós, hijo! Y cuida de Ellen.

—¡Vamos! —volvió a decir Tragg.

Descendieron silenciosamente en el ascensor. Cuando paró, Tragg mantuvo abierta la cancela para que pasasen Ellen Cushing y Arthur Lacey. Después, dirigiéndose a Paul Drake, dijo:

—Bueno, siento mucho dejarles, muchachos, pero tengo prisa.

Me voy a la Jefatura.

—No necesita disculparse —respondió Drake—. Viajar con usted no resulta muy agradable.

Tragg empujó la manilla de la portezuela del coche y miró irónicamente a Mason.

—¡Hasta la vista, Sherlock Holmes!

Capítulo 16

Cuando Della Street volvió a la oficina, cuatro horas de sueño y una breve sesión en el salón de belleza habían operado maravillas en su rostro. Introdujo la llave en la puerta del despacho privado de Mason, empujó ésta y quedó sorprendida al ver una figura tendida en el sillón, frente al escritorio.

—¿Eres tú, jefe? ¿Qué ha ocurrido?

Mason se limitó a mover la cabeza con aire apesadumbrado.

—¡Pero si todavía no te has afeitado y probablemente ni habrás comido! ¿Qué pasó?

—Estoy en un verdadero lío. No consigo dar con un punto de partida.

—¿Insinúas que Scott Shelby no estaba allí?

—En efecto.

—Me sentía preocupada pensando en esa posibilidad, y pensé llamarte, pero creí que estarías en el baño turco o durmiendo.

Mason frunció las cejas, con aire de honda preocupación.

—Es el asunto más endiablado con que me he tropezado nunca, Della. Me he pasado toda la vida afirmando que ciertos detalles no pueden mentir si se sabe interpretarlos debidamente, y ahora he ingerido una tonelada de tales indicios y se me han indigestado.

—Pero aquel hombre en el dormitorio…

—¡No sé encontraba en el dormitorio, sino en la cocina!

»Era la madre de Ellen Cushing la que estaba en la alcoba. La muchacha recibió a su novio y le hizo pasar a la cocina, en donde el hombre se dedicó a preparar el desayuno.

—¿Quieres decir que ella se asomó en bata a la ventana de la cocina?

—¡Justamente! Cuando después Tragg sacó la cabeza por la ventana del dormitorio, el agente de Drake aseguró que el teniente

se había asomado por la de la cocina. Su confusión nació al ver a Ellen Cushing en bata, asomándose por la ventana de la cocina. Lo único que he sacado en limpio es que, por lo visto, el novio de Marjorie Stanhope fue a la oficina de Shelby en donde riñó con él.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Al parecer, ayer por la mañana, poco antes de haberse cursado las invitaciones para la excursión en el yate. Shelby y ese soldado novio de Marjorie Stanhope tuvieron una trifulca.

—¿Y cómo lo sabes?

—Arthur Lacey, el novio de Ellen Cushing, vio a un joven inválido que disputaba con Shelby, a quien acusaba de jugar sucio en cierto traspaso de una tienda.

—Sí, debe tratarse de Frank Bomar.

—Así lo creo. Paul Drake confirmará el dato.

Della tomó asiento en un rincón del despacho.

—Dime, por fin, lo que ha ocurrido.

—Me puse en ridículo —respondió Mason—. Si Dorset se entera de lo ocurrido, lo que probablemente sucederá, se esforzará para que los periódicos difundan la noticia.

—¿Y Tragg?

—Por lo visto, se siente indignado.

—Entonces, ¿se aclaró lo de los zapatos húmedos de Shelby?

—No eran de Shelby, sino de Lacey.

Della Street suspiró. Mason le informó de todo lo ocurrido y, cuando terminó, el desconcierto se retrataba en el rostro de la secretaria.

—¡Caramba! ¡Y yo que estaba convencida de que ya habías solucionado el caso!

Mason hizo un gesto sombrío.

—He caído en una de esas trampas en que a veces nos suelen colocar ciertas pruebas circunstanciales.

—Bueno, jefe, no creo que consigas nada permaneciendo sentado ahí. Ve a afeitarte, tómate un baño turco y mañana verás las cosas de otro modo.

—No estoy muy seguro de ello, Della. Este asunto es como una pesadilla. ¡Vaya día! Todo lo que había proyectado se ha venido abajo. ¿No es hoy trece?

—Sí. Un día poco propicio; esperemos que llegue mañana. Tal

vez las cosas mejoren.

—No lo creo.

—Quizá —apuntó Della— tu teoría fuese buena, pero te has equivocado de mujer. Recuerda que el hombre es una especie de alegre Lotario.

»Si intenta zafarse del matrimonio y partir a lejanas tierras con una sirena, ¿por qué había de hacerlo necesariamente con la Cushing?

—Ella es la dueña de la concesión petrolífera.

—¿Y qué?

—¿No lo comprendes? Shelby necesitará que alguien pueda actuar como su señuelo para salvar el dinero que sea posible y, para ello, es necesario que su cómplice pueda ser capaz de actuar con cierta eficiencia comercial. Todo converge en señalar a la Cushing como la persona adecuada para ello.

—¿Y no hay ninguna probabilidad de que todo haya sido arreglado deliberadamente?

—No. La madre se parece bastante a ella y hay testigos en abundancia. ¡Aquella ventana de la cocina! El agente de Drake llegó a una conclusión errónea, suponiendo que se trataba del dormitorio. Te lo aseguro, Della: el caso es realmente endemoniado.

—Así lo parece, por ahora —rió la secretaria.

En aquel instante, sonó el teléfono.

—¿Quieres hacer el favor de ver quién llama, Della? Si no se trata de algo muy importante di que no estoy.

La joven cogió el auricular.

—¿Quién es, Gertie? Acabo de llegar. El jefe no quiere que se le moleste… ¿Eh? ¡Un momento!, se lo preguntaré. —Se volvió hacia Mason y dijo—: Es un empleado judicial. Dice que quiere hablar contigo sobre algo muy importante.

—Que pase.

Entró el funcionario, un hombre pequeño y robusto de vivos ojos grises y bigote cano. En la mano llevaba varios papeles.

—Debo entregarle personalmente estos documentos. Usted es abogado y sabe que debo entregárselos al propio interesado.

—¿De qué se trata?

—De una demanda que presenta Ellen Cushing contra Perry Mason y Paul Drake por difamación. Pide una indemnización de

doscientos cincuenta mil dólares.

Mason torció el gesto.

—¿Puede decirme algo del asunto? —invitó.

—Ella sostiene que usted preparó una farsa acusándola, a fin de conseguir la libertad de Marion Shelby. Pide ciento veinticinco mil más a título de posibles complicaciones futuras. Afirma que estaba a punto de casarse y que faltó poco para que peligrase la boda; que usted se entrometió en sus problemas privados, insistiendo en registrar su departamento, sin la correspondiente orden judicial. Añadió también que conspiró para que la policía la acusara de un crimen, sosteniendo que ella había pasado la noche con un hombre en su dormitorio. Creo que usted debe conocer a sus abogados. Son Attica, Hoxie y Meade, hábiles trapisondistas.

—¿Notificó ya a Paul Drake? —preguntó Mason.

—Todavía no, porque no se encontraba en su despacho. Ya le localizaré.

—Drake va a poner el grito en el cielo. Supongo que el asunto ya habrá llegado a oídos de la prensa.

—Desde luego. Cobrará una gran publicidad. Los periodistas andan tomando fotos de ella y de su futuro esposo, y deben preparar una historia muy romántica.

—¿Dónde se encuentra ahora la señorita Cushing?

—Últimamente estaba en la oficina del sargento Dorset, sobre la una, poco más o menos.

El agente judicial, terminada ya su misión oficial, añadió:

—En mi opinión, esto no es más que una repugnante trampa. Por lo que he logrado saber, deduzco que usted trató de prestar a la policía una pequeña ayuda, y que después el tiro les salió por la culata. En vista de ello, los que se consideran perjudicados, acuciados por los abogados, se proponen darle una gran publicidad al asunto con ánimo de sacar una buena tajada. Attica se encargará de animar el concierto.

—Bien —dijo Mason encogiéndose—, cuando se lucha con alguien es muy lógico que se reciban algunos porrazos. Ya he logrado vencer en muchos recibiendo antes buenos golpes, y creo que en esta ocasión me sucederá igual.

El funcionario se despidió de Mason, diciéndole:

—Usted ya sabe lo que pienso en realidad.

—¡Muchas gracias! —le dijo Mason.

Marchó el agente judicial, y Della Street miró a su jefe con expresión de susto.

—¡Dios mío! ¡Nada menos que doscientos cincuenta mil dólares!

—Nada cuesta añadir ceros y más ceros para que la noticia cobre más resonancia.

—¿Qué consecuencia tendrá todo esto?

—Depende de en quien pienses tú.

—Me refería a Marion Shelby.

—Desde luego; no le favorecerá en nada lo ocurrido. Pero ahora pienso en Paul Drake. Imagínate cómo se sentirá cuando conozca lo que piden de indemnización.

Mason se hizo cargo de los documentos y empezó a estudiarlos detenidamente. «¡Maldito trapisondista!», se le oyó murmurar en dos o tres ocasiones. De repente, lanzó una exclamación y Della Street lo miró, alzando los ojos.

—¿Qué pasa?

—Acabo de encontrarme con algo interesante.

—¿Qué?

—¡Escucha! —le previno Mason leyendo seguidamente—: «La querellante, debidamente informada, sostiene que los demandados, procediendo ilegal y maliciosamente y sin la debida autorización, penetraron de mañera furtiva, valiéndose de ganzúas, en su garaje. Una vez en dicho garaje los demandados descubrieron ciertos objetos en los que el teniente Tragg, asignándoles de modo gratuito la categoría de pruebas, basó sus infundadas acusaciones; todo lo cual, sostiene la querellante, constituyen circunstancias suficientes para justificar la calificación de perjuicios de orden civil y penal».

—Bueno —dijo finalmente Delta—, lo mejor por ahora es que salgas de aquí y te vayas a dormir antes de que se le ocurra a Paul Drake venir a llorar con la cabeza apoyada en tu hombro.

Mason se guardó los papeles en el bolsillo, a tiempo que decía:

—Al contrario, Della: lo que debemos hacer es organizar una pequeña excursión. El sueño puede esperar.

—¿Una excursión?

Mason hizo un gesto afirmativo.

—Sí. Iremos al lugar donde Ellen Cushing estuvo ayer. Se trata de una finca rústica de cuya venta se encargaba ella.

—¿Y bien?

—La propiedad cuenta con un lago.

—¿Y deseas ir allá?

—Muchísimo. Voy a afeitarme y, dentro de unos veinte minutos estaré de vuelta. Entretanto revisa los diarios. Es posible que la Cushing haya puesto un anuncio ofreciendo la finca en cuestión. Si consigues localizar alguno de estos anuncios, ve el modo de poder ir allá.

—¿Qué te propones?

—Discurro que la gente que va de excursión al campo suele abandonar papeles sucios, latas vacías y toda clase de desperdicios. Me interesa echar un vistazo al sitio donde fueron, para comprobar si esa gente dijo la verdad.

—¿Y si no encuentra nada?

—Entonces, tal vez solicite un careo, y le formule unas cuantas preguntas más.

—¿Y si se confirma que realmente hicieron esa excursión?

—Las cosas no pueden empeorar más de lo que ya están.

—¡Muy bien! —sonrió Della Street—. Ve a afeitarte, mientras yo trato de encontrar ese anuncio.

Veinte minutos más tarde, el abogado se encontraba de regreso. Della Street aparecía inclinada sobre un mapa.

—¿Conseguiste algo? —preguntó Mason.

—Creo que sí. El lugar está situado a unas quince millas de Pleasantville; es una finca de unos cuatrocientos acres y su valor es de veinte mil dólares.

—¿No tiene un pequeño lago?

—Sí, un lago, árboles y un manantial. No se habla mucho del lago; en cuanto al manantial se le describe como algo susceptible de ser convertido en una hermosa piscina.

—Vamos allá —dijo Mason.

—Anochecerá antes de que estemos de vuelta.

—¿Y qué importa? En el coche llevo una linterna.

—Deberías pensar mejor en dormir.

—Dormiré cuando este asunto esté terminado. ¡Venga, no perdamos más el tiempo!

Della se hizo cargo de la situación y cesó en sus objeciones.

Una vez en el coche, emprendieron a buena marcha el viaje a

Pleasantville. Llegados a este lugar, Della Street se encargó de señalarle la carretera, y, al cabo de una milla y media de polvoriento camino, llegaron a la finca, en cuya verja se leía el siguiente rótulo:

«SE VENDE. DIRIGIRSE A E. B. CUSHING, CORREDOR DE FINCAS»

Bajo esta leyenda, se indicaban las señas de la señorita Cushing.

Traspasaron la verja y Della Street exclamó:

—¡Mira, jefe! Por aquí ha pasado un coche.

—Ya he visto las huellas. El auto de Ellen Cushing tenía un neumático nuevo en la rueda delantera derecha y en la otra de la izquierda otro tan gastado que casi estaba listo. Según parece, el mismo automóvil que ha dejado las huellas.

El sol había llegado a ese punto en el cielo en que parece descansar por breves instantes antes de desaparecer definitivamente, hundiéndose en el horizonte. El campo se veía invadido por una inmensa sombra de tonos rojizos, en tanto que las cumbres de las colinas adquirían un matiz dorado. La claridad permitía ver todavía perfectamente las huellas de los neumáticos. Mason les hizo objeto de un rápido examen.

Poco después, el abogado detenía el automóvil y ayudaba a descender a Della Street.

—¿Qué lugar elegiríamos para acampar, Della?

—Creo que el lago queda por aquí cerca, a la derecha. Parece que hay un sendero a través del bosque.

Avanzaron por un camino que llevaba a una pequeña colina, bajo grandes encinas. La vereda se desviaba hacia la derecha, y después, bruscamente, hacia la izquierda.

Della Street contemplaba encantada la belleza del paisaje.

El lago, de unos ciento cincuenta pies de largo por cien de ancho, reflejaba la rojiza tonalidad de las nubes. Tras él, hacia el este, se alzaba una colina de donde surgía un manantial que luego se perdía bajo la tupida arboleda. No soplaba el aire y el lago semejaba un espejo, reflejando exactamente el cielo de nubes sueltas.

Della Street permanecía silenciosa. Mason deslizó un brazo en

torno de su cintura y la atrajo hacia sí mientras contemplaba la puesta de sol.

—¡Qué magnífico lugar para una declaración de amor! —exclamó Della Street, y, riendo con cierto nerviosismo, agregó—: Empiezo a creer que esa mujer dijo la verdad.

—Todavía me dura una sensación de frío en la boca del estómago. Demos una vuelta antes de que oscurezca.

Bordearon el lago y pronto encontraron el lugar en donde habían acampado los excursionistas.

La pareja se había comportado con el descuido que ya es habitual en estos casos. Por todas partes aparecían papeles plateados y en una lata que había contenido aceitunas se reflejaban los últimos rayos del sol. Alguien había intentado enterrar los desperdicios en un hoyo, pero éste había quedado sin tapar y Mason, utilizando un trozo de madera, extrajo cuidadosamente los restos de la comida: cortezas de pan, huesos de aceituna, trocitos de atún en conserva mezclados con fideos… También vio varias bolsas de papel que habían contenido patatas fritas y cáscaras de huevo duro.

Después de inspeccionar todos los desperdicios, Mason se incorporó, diciendo:

—Bueno, Della, no hay duda de que este viernes trece ha sido para mí un día desdichado.

Della Street le alargó la mano al tiempo que le decía:

—Me parece, jefe, que aquella lancha que se ve allí ha sido utilizada como balsa.

Mason vio un trozo de lancha que flotaba sobre el lago. Algunos toscos maderos de encina habían sido atados de cualquier manera para formar así una balsa, que parecía capaz de resistir el peso de un hombre.

Mason dio la vuelta y Della le siguió. Caminaron en silencio por la colina cubierta de hierba y después se detuvieron para admirar la puesta del sol.

Della Street alzó sus ojos mirando interrogativamente al abogado, que contemplaba absorto el espectáculo de las nubes, que adquirían paulatinamente un tono más rojizo.

Se sentaron sobre la hierba sin proferir palabra, sumido cada uno en sus propios pensamientos. De vez en cuando, Della lanzaba

una rápida mirada a su ensimismado acompañante.

Finalmente, Mason se dejó caer de espaldas, con ambas manos bajo la nuca y la vista en el cielo.

—Esperemos que brille la primera estrella —dijo con acento fatigado—. Después nos marcharemos.

Ella tomó la cabeza de Mason y la colocó suavemente sobre su regazo.

—Ahora me siento mejor —murmuró el abogado, cerrando los párpados.

Della oprimió suavemente con sus dedos los cansados ojos de Mason, y éste suspiró.

—Llámame cuando asome la primera estrella, Della.

Diez segundos después, dormía profundamente.

La secretaria le dejó dormir hasta que el cielo se cuajó de estrellas. Cuando el aire del anochecer empezaba a tornarse fresco, le despertó.

—La primera estrella, jefe.

—Pero, ¡por Dios, Della!, ¿qué hora es?

—No creo que sea demasiado tarde.

—Debiste haberme despertado.

—Es que yo también me dormí —le mintió ella.

—¿Es eso cierto?

—Claro.

—Bueno. Della, ¿dónde está la linterna?

—Ahí.

—Veamos si logramos encontrar el camino.

—He estado pensando en una cosa, jefe.

—¿En qué?

—El hecho de que la señorita Cushing te haya dicho la verdad, habiendo venido aquí de excursión efectivamente, no afecta para nada a lo que Scott Shelby haya hecho o no. Después de todo, él dispuso perfectamente las cosas para escurrirse y dejar a su mujer acusada de asesinato.

—¿Pero por qué?

—He aquí lo que debemos descubrir. Me parece que tu intuición es certera. Ese Shelby debe haber tenido alguna otra mujer.

—Es posible, aunque lo dudo. Pienso ahora que quizás haya dejado pasar por alto a alguien. No obstante, la acusación contra

Marion Shelby se me antoja falsa. No puedo demostrarlo, pero intuyo que Shelby se encuentra vivo.

—¿Y no puedes equivocarte? —interrogó Della.

—Naturalmente. ¿Por qué me haces la pregunta?

—Porque yo creo que sí fue asesinado. Se me ha ocurrido una idea.

—Si Shelby está efectivamente muerto —replicó Mason— ello significa que saldré derrotado en toda la línea. Bueno, vámonos; ya veremos lo que ocurre mañana. —Mason encendió la linterna, añadiendo—: Ve tú delante, mientras yo te alumbro el camino. ¿Qué tienes en la mano?

—Un trozo de plomo. Es una plomada para pescar. Evidentemente, alguien estuvo aquí pescando. Lo cogí para ver si nos da suerte. —Se lo tendió a Mason y añadió—: Guárdalo.

—¿Suerte en un viernes trece?

—¿Y por qué no? Ahora piensa que Scott Shelby debía ser un hombre de numerosas facetas. No debió limitar sus atenciones a una sola mujer. Sus antecedentes así parecen indicarlo. Ellen Cushing creía ser la única, pero lo más probable es que Shelby sólo se relacionase con ella por sus actividades comerciales y con miras egoístas. Tal vez haya sido otra mujer la que le esperó en el bote para llevarlo a tierra.

—Es posible. Lo que convierte a la Cushing en la principal sospechosa, es su intervención en la concesión petrolífera.

Anduvieron silenciosamente y, cuando llegaron adonde estaba el automóvil, Mason abrió la portezuela para que subiera Della Street.

—¿Todo listo? —preguntó ella.

—Me parece que he olvidado algo.

—¿Qué?

Mason la cogió por los hombros y la atrajo, besándola en los labios.

Cuando se separaron, Della suspiró y dijo:

—Esto hubiera estado mejor en el lago, bajo las estrellas.

—Más vale tarde que nunca —replicó Mason—. Creo que terminaré por mandar a paseo todos estos asuntos que me impiden concentrarme en lo único que tiene valor en la vida.

—No caigamos en extremismos —le replicó Della, riendo.

Capítulo 17

Perry Mason penetró en el ascensor, mientras una alegre sonrisa le jugueteaba en los labios. El mal humor de la víspera se había esfumado por completo y sus pasos eran rápidos y ligeros.

Se dirigía a su despacho, pero después se detuvo y se encaminó al de Paul Drake.

—El jefe deseaba verle lo antes posible —le dijo la chica de la centralita—. Le está aguardando.

—Supongo que ya le habrán dado la noticia —sonrió Mason—. Muy bien, le veré.

Cuando el abogado penetró en el despacho, Paul Drake le saludó alzando los ojos.

—¡Hola, Perry! ¿Has visto ya la notificación?

—¿Qué pasa?

—Nos demandan por doscientos cincuenta mil dólares.

—Por pedir nada se pierde.

—Terminaré por tirar esas ganzúas adonde jamás las vean mis ojos.

—Eso mismo has dicho ya otras veces, Paul —le contestó Mason —, sin que jamás lo hayas cumplido. Es una colección demasiado valiosa.

—Te equivocas, Perry. Esta vez cumpliré mi palabra. ¿No crees que la situación es realmente grave?

—Posiblemente se haya hecho demasiada publicidad en torno del asunto.

—¿Has visto las fotografías de la excursión?

—No. ¿Dónde?

—En el *Times*. Por lo visto, tiene la exclusiva. La Cushing llevó una máquina de retratar.

—¡Demonio!

—Esa chica domina el arte de la fotografía. Algunas de las fotos son soberbias. En una de ellas se ve incluso el hielo en la manta. Excelente para nosotros, ¿no? Las fotos fueron tomadas con cámara de acción retardada y, de este modo, los dos excursionistas figuran en ellas. El jurado las acogerá con sumo agrado.

—Alégrate, Paul —le dijo Mason—, y considera la circunstancia como un resto de la mala suerte de ayer. Recuerda que estábamos a viernes, trece. Por fortuna, hoy es sábado, catorce; un nuevo día. Ahora, hazte cargo de tu equipo para huellas digitales. Quiero que vengas conmigo al despacho para hacerme un pequeño trabajo.

—¿En qué objeto?

—En el teléfono que cogí de mi camarote, en el yate de Benton.

—¿Y no usaste tú ese teléfono?

—Cierto. Pero sospecho que alguien más lo usó después de mí.

—¿Quién?

—Shelby. Al parecer, el único camarote desocupado era el mío.

—¡Por Cristo, Perry, despierta ya y olvídate de ese teléfono! Marion Shelby jamás recibió llamada alguna. Sabía que su esposo estaba en cubierta. A mi modo de ver, éste se encontraba en compañía de Marjorie Stanhope. Su mujer le estaba espiando y, seguramente, le oyó hablar con ella. Shelby era una especie de libertino. Tal vez haya utilizado la concesión de petróleo como pretexto para sus demasías. Marion Shelby, después de marcharse Marjorie Stanhope, se aproximó a su marido y, en un descuido, lo lanzó al agua.

—Ahórrate las suposiciones y vamos a ver si es posible revelar algunas huellas en el teléfono.

—¿Y cómo diablos vamos a conseguir las huellas digitales de Shelby para compararlas si el cadáver no ha aparecido?

—La policía ya habrá revelado huellas digitales del personaje en su departamento.

—Es posible, pero no se las facilitará a nadie. Si el cadáver fuese descubierto, podríamos conseguirlas solicitándolas en las oficinas del juez.

—Bueno, de todos modos, ven y échale un vistazo al teléfono.

Drake cogió un pequeño maletín, al tiempo que decía:

—Supongo que también hará falta la cámara. Me llevaré ésta.

Cogió una caja negra y acompañó a Mason, saliendo ambos al

pasillo. El abogado abrió la puerta de su despacho privado y le sonrió a Della.

—¿Cómo te sientes esta mañana, Della?

—Admirablemente. ¿Has visto las fotos de la famosa excursión?

—Todavía no. ¿Dónde has puesto la bolsa de viaje en donde guardé el auricular?

Della Street abrió la caja de seguridad y sacó la bolsa solicitada. Mason extrajo de ella el teléfono, procurando no imprimir sus huellas en él.

Drake cubrió el negro auricular con un polvillo blanco, mientras Mason examinaba las fotografías a que había aludido Della.

—Aquí tenemos una —anunció Drake—. Aparece claramente.

El teléfono interrumpió sus palabras. Della Street se puso al aparato y después se dirigió al detective.

—Para ti, Paul.

Drake cogió el auricular.

—¡Diga…! ¿Qué…? ¿Cuándo…?

Cubrió con la mano el receptor y clavó sus ojos en Perry Mason. El rostro del detective manifestaba una profunda sorpresa.

—¡Han encontrado el cadáver de Scott Shelby! Lo sacaron del río.

—¡Eh! —exclamó Mason con acento de incredulidad.

—Tenía alojada en la base del cráneo una bala del calibre 38 —puntualizó Paul Drake.

—¿A qué hora hicieron el descubrimiento? —indagó Mason.

—¿A qué hora? —preguntó a su vez Drake, por el teléfono. Luego se volvió hacia Perry Mason, informándole—: Anoche, a las once cincuenta y nueve.

—El viernes, trece, ha dado su último coletazo —comentó Mason.

Capítulo 18

El fiscal del distrito no podía olvidar las inesperadas trampas que el diabólico Perry Mason le había tendido en casos anteriores. Por eso, cuando tomó en sus manos el caso de «El pueblo contra Marion Shelby» lo hizo tomando todas las precauciones, con la convicción de que, si no andaba con pies de plomo, la experiencia podía revelársele poco grata.

Paul Drake entregó su informe por el tiempo en que el Tribunal dejaba de actuar, después de haber nombrado al jurado que intervendría en la vista.

—En la Fiscalía se frotan las manos —le dijo a Perry— considerando que el caso no admite otra solución que el reconocimiento de la culpabilidad de la acusada.

—¿Conseguiste algo positivo sobre esas huellas digitales?

—Así parece.

—¿Pertenecían a Scott Shelby?

—Sí.

Mason hizo una mueca.

—Creo, Paul, que si pudiese descubrir algo que viniese en apoyo de la historia de Marion Shelby…

—No podrás, Perry.

—¿Qué quieres decir?

—En el teléfono aparecieron otras huellas dactilares: las de Parker Benton y las de una mujer que todavía no ha sido identificada. Benton asegura que no tiene la menor idea de quién pueda ser. Existe la posibilidad de que pertenezcan a una dama que ocupó el camarote con anterioridad y cuyo nombre no desea Benton que figure en el proceso.

—Aparte de las de Scott Shelby, las demás huellas no me interesan nada.

—Déjame decirte otra cosa —le atajó Drake—: Parker Benton afirma que Scott Shelby fue colocado en principio en ese camarote, siendo más tarde cuando decidió que él y su mujer pasaran al situado en el otro extremo del yate. Estimó que estarían más cómodos en un camarote más amplio. De este modo, se hizo el cambio y a ti te asignaron el primero. Shelby pudo muy bien haber usado el teléfono durante los minutos que estuvo en él. Lo que es seguro es que el fiscal sostendrá que lo hizo así y con ello quedará liquidada tu teoría.

—¿Y qué hay con respecto al proyectil, Paul?

—No se muestran nada explícitos. El fiscal estima que hubo algunas filtraciones en casos anteriores y ahora ha decidido, para evitarlo, hacer gala de la máxima reserva.

—Bueno; lo importante es que ese proyectil no pudo haber salido disparado con el revólver que llevaba Marion Shelby.

—No estés tan seguro, Perry.

—¡Bah! No creo que se atrevan a decir que la bala estaba demasiado deteriorada para poder identificarla o que ella tenía dos revólveres.

En aquel momento un ujier convocaba a los miembros del jurado. Paul Drake oprimió la mano de Mason, a tiempo que le decía:

—¡Que tengas suerte!

El abogado se sentó junto a su cliente, conversando con ella en voz baja durante algunos instantes.

Poco después, el juez Maxwell penetraba en la sala del Tribunal, mientras los circunstantes se ponían de pie.

El fiscal Hamilton Burger empezó a preparar el terreno para probar el *corpus delicti* y, con indudable pericia, se dedicó a pulverizar la historia de Marion Shelby, previendo que tal vez se presentase a declarar como testigo.

Un delineante presentó el plano del yate, señalando la disposición de cada camarote, la altura de la embarcación, distancia de proa a popa, tonelaje, característica de la barandilla, poniendo, finalmente, a disposición de ambas partes un detallado plano de la cubierta del yate.

Todos los gráficos fueron presentados, uno tras otro, en apoyo de las pruebas.

Después, Hamilton Burger indicó casualmente —a decir verdad, demasiado casualmente—, dirigiéndose al delineante:

—Advierto, señor Adams, que en este plano presentado como prueba C se ve una línea roja y otra verde.

—Así es, señor.

—Estas líneas figuran a través de todo el gráfico, con numerosas ramificaciones. ¿Puede usted decirme qué significan? ¿Querría explicárselo al jurado?

—Señalan las dos instalaciones telefónicas de la embarcación —aclaró el aludido.

—¿Tendría la bondad de volverse hacia el jurado y mostrarles el gráfico, explicándoles el funcionamiento de ambos circuitos?

—Sí, señor… Las líneas rojas señalan la disposición de uno de los circuitos telefónicos, con aparatos que comunican entre sí en la proa, en una cabina cerca del mástil, en la sala de máquinas, en la cabina del piloto, en el camarote del propietario, en el de la tripulación, en el del capitán y en la cocina.

—O sea, ocho en total, ¿no es eso? —preguntó Burger—. ¿Y el otro circuito? Advierto que también tiene ocho terminaciones.

—Así es, señor. Representa la instalación telefónica al servicio de los pasajeros.

—Con ocho aparatos también, ¿verdad?

—Exactamente. Uno que comunica con el camarero y los restantes con los distintos camarotes.

—¿Y no se conectan de alguna forma los dos circuitos?

—No, señor.

—Me interesa que este punto quede claramente establecido en la mente de los miembros del jurado —dijo Hamilton Burger—, porque servirá para explicar el funcionamiento de ambos sistemas telefónicos. Según entiendo, resulta imposible llamar a un aparato de circuito verde desde cualquier otro del rojo, ¿no es así?

—Justamente, señor.

—Pero cualquier teléfono del circuito rojo podría llamar a otro del mismo circuito.

—Evidentemente.

—Y en forma similar, un aparato de la red verde podría comunicar con otro cualquiera de ella.

—Sí, señor.

—¿Y no hay en ambos circuitos un punto común desde el cual pueden ser interferidas las llamadas?

—No, señor. Cada sistema funciona separada e independientemente.

—Eso mismo creo yo… ¿Desea examinar esto de cerca, señor Mason?

—Sí —asintió el aludido—. Me interesa esa instalación telefónica.

Perry Mason se dirigió al testigo, diciéndole:

—Según he creído entender, usted asegura que hay una absoluta imposibilidad para, por ejemplo, llamar desde un teléfono del circuito verde a otro de circuito rojo.

—Justamente, señor.

—No obstante, advierto que ambos circuitos toman contacto en este camarote que usted ha señalado con el número uno.

—Sí. Es el único camarote que posee terminaciones de ambas líneas, y lo ocupa el señor Parker Benton, el dueño de la embarcación.

—Los jurados comprenderán —intervino el fiscal, sonriendo— que, naturalmente, el propietario de un yate tiene que estar en disposición de llamar a las distintas dependencias del mismo.

—No obstante —dijo Mason—, a mí me interesa poner de relieve que ambos circuitos telefónicos se juntan en el camarote número uno.

—No, señor, no se juntan. El camarote número uno posee simplemente dos aparatos: uno para cada circuito.

—No obstante, advierto —insistió Mason— que las terminaciones del circuito verde y del circuito rojo que se adentran en el camarote número uno se encuentran muy cerca una de la otra.

—Así es, señor. Se trata de dos teléfonos emplazados en la misma mesa, a pocas pulgadas de distancia. Pero el uno está conectado con la red roja, éste que ve usted a la derecha, y el otro, con la red verde.

—¡Exactamente! —admitió Mason—. Consideremos ahora otra posibilidad. Al ocupante del camarote número uno, ¿le sería posible llamar rápidamente a cualquier estación de la red verde o roja?

—Sí, señor, siempre que utilizara, en cada caso, el teléfono adecuado.

—¡Muy bien! —replicó Mason—. Ahora bien, ¿no le hubiera sido posible a un electricista salvar el aislamiento de ambas redes, por medio de un alambre que temporalmente hubiese unido ambos sistemas?

—Ya comprendo lo que quiere decir, pero no creo que se haya hecho tal cosa.

—¿Por qué esa creencia?

—Porque de ser así el deseo del propietario, ya hubiese instalado ese sistema desde el primer momento. Según parece, ese señor deseaba que los ocho teléfonos de uno de los circuitos no se comunicasen con los otros ocho de la otra red. Y en este caso…

—No se preocupe de lo que se propuso, ni de lo que, a juicio suyo, pensó ese caballero —le atajó Mason—. Lo que ahora le pregunto es si hubiera sido posible suprimir el aislamiento de la línea verde para ligarla temporalmente a la línea roja.

—En ese sentido, hay factores complejos. La instalación, en sí misma, es sencilla, pero no así el problema de organizar las llamadas. Existe un servicio selectivo de timbres, por el cual usted puede llamar a cualquiera de los ocho teléfonos de cada circuito y, en caso de que ambos enlazasen, no podría asegurar lo que ocurriría con las llamadas, siendo posible que se entremezclasen. En resumen: el sistema de llamadas quedaría trastornado por completo.

—Pero, ¿sabe usted si existe o no posibilidad de hacer lo que he indicado?

—No creo. De todas formas, aunque no lo aseguro categóricamente, dudo que se haya…

—Pero usted no tiene la seguridad plena, ¿verdad…? —le interrumpió Mason.

—Seguridad plena, no.

—Además, usted desconoce la razón por la que se adoptó ese sistema, suponiendo que tal instalación telefónica obedeciese a motivos de conveniencia.

—Yo sólo sé lo que el señor Parker Benton me dijo.

—Perfectamente —le contestó Mason—. Pero también sabe que no debe testimoniar basándose en juicios ajenos.

—Desde luego, señor.

—Reconocerá, pues, que usted no está en condiciones de rebatir mi anterior suposición.

Adams asintió con un ademán de cabeza.

—Lo reconozco.

—Eso es todo —terminó Mason.

A continuación, el fiscal convocó a Parker Benton como su próximo testigo.

Tras las preguntas de ritual, Hamilton Burger preguntó:

—Señor Benton, ¿conoció usted en vida a Scott Shelby?

—Sí.

—¿Dónde se encuentra ahora el señor Shelby?

—Está muerto.

—¿Tiene usted seguridad en lo que afirma?

—Sí, señor.

—¿Vio usted su cadáver?

—Sí, señor, lo vi.

—¿Dónde?

—En la «Morgue».

—¿Identificó usted el cadáver?

—En efecto, señor.

—¿Había tratado en vida al señor Shelby?

—Sí, señor.

—¿No tuvo dudas sobre su identificación?

—No, señor; ninguna.

—¿Identificó el cadáver en presencia de la policía y del forense?

—Sí, señor.

—¿Estaba presente el señor Robert P. Noxie?

—¿El técnico en balística? Sí, señor.

—¿Y no entregó usted a la policía un arma de fuego, poco antes de que viese el cadáver?

—Sí, señor; así lo hice.

—¿Podría describirnos el arma?

—Un *Colt*, «Police Positive», calibre 38.

—¿Tenía algún número estampado?

—Sí, señor.

—¿Cuál?

—El 14581.

—¿Cómo llegó a sus manos ese revólver, señor Benton?

—Me fue entregado por la acusada, Marion Shelby.

—¿En qué circunstancias se lo entregó?

—Lo hizo en mi yate.

—¿Le dijo algo al hacerle entrega del arma?

—Sí, señor.

—¿Cuáles fueron sus palabras?

—¡Un momento, señor juez! —advirtió Mason—. Objeto la pregunta por improcedente, al formularse sin base adecuada.

—¿Se refiere al *corpus delicti*? —preguntó el magistrado.

—Exactamente —respondió Mason—. Hasta ahora sólo se señala la evidencia de que Scott Shelby ha muerto, sin que haya causa alguna que indique que fue asesinado. No hay pruebas demostrativas de que su muerte haya venido por otros medios que no sean exclusivamente naturales. Es un conocido principio legal que el *corpus delicti* deba ser establecido antes de que se admita como evidencia cualquier declaración del presunto acusado, y que las declaraciones no puedan probar por sí mismas el *corpus delicti*.

—Con relación a ese punto —determinó el juez Maxwell— existen ciertas calificaciones, que así parecen determinarlo. No obstante, en ciertos casos, como éste, el fiscal está autorizado para deducir la prueba, en ausencia de ésta, de modo en cierta manera convencional. Así, pues, admitiré que la acusada pueda defenderse en tanto que el *corpus delicti* no haya sido establecido en forma más concluyente.

—Muy bien —dijo Hamilton Burger—. Eso hará necesario que los testigos declaren dos veces.

—No se trata de una objeción terminante —le explicó tranquilamente el juez—. Nada le impide hacerlo.

—Perfectamente —exclamó Hamilton Burger, quien seguidamente se volvió a dirigir al testigo—: ¿Recibió usted ese arma de manos de la acusada?

—En efecto, señor.

—¿Qué hizo con ella?

—La entregué a la policía, recibiendo a cambio un recibo.

—¿Reconocería usted el arma si la viera otra vez?

—Sí, señor.

Le entregó un revólver *Colt* «Police Positive», calibre 38, y le preguntó:

—¿Se trata de la misma arma?

—Lo es, señor.

—Eso es todo, por ahora. Puede retirarse; más tarde volveré a llamarle. ¿Alguna pregunta, señor Mason?

—Ninguna por ahora. Me reservo para un examen ulterior.

Hamilton Burger, tras unos instantes de vacilación, dijo de pronto:

—Le formularé al testigo una o dos preguntas más, con la finalidad de preparar el camino para la evidencia que será presentada.

—No me opongo a que haga preguntas adicionales —le advirtió Mason—, pero me reservo el derecho de objetar las preguntas en sí mismas.

Burger se dirigió a Parker Benton, diciéndole:

—Señor Benton, a bordo de su yate hubo una reunión la noche en que la acusada le entregó ese revólver. ¿No es así?

—Efectivamente.

—¿Ocurrió esto la tarde del día 12?

—Así fue, señor.

—¿Podría usted explicar los motivos de aquella excursión en su yate?

Parker Benton declaró:

—Me proponía adquirir una propiedad perteneciente a Jane Keller. Se trataba de una isla. El negocio había entrado en vías de solución, cuando se me advirtió que en la finca existía una concesión petrolífera no registrada, a la que el señor Shelby creía tener ciertos derechos.

—¡Continúe!

—A decir verdad, estaba deseoso de adquirir la finca, Ofrecí una cantidad que, a mi juicio, era bastante generosa e, incluso, hubiese añadido algún dinero más de ser necesario.

—¿Qué hizo? ¿Entró en contacto con el señor Shelby?

—Sí, señor. Sugerí que el señor Shelby y la propietaria de la finca, Jane Keller; su cuñado, que actuaba como consejero suyo; la señora Marta Stanhope y Marjorie Stanhope, hermana y sobrina, respectivamente, de la señora Keller, y el señor Mason, como abogado de la propietaria, y la señora Della Street, celebrásemos una conferencia a bordo de mi yate. Mi mujer también estuvo presente, lo mismo que la esposa del señor Shelby; es decir, la acusada.

—¿Detuvo usted el yate en las cercanías de la isla?

—A unas quinientas yardas de distancia. La niebla era muy espesa y no me atreví a atracar en ella.

—¿Qué profundidad tendría el agua en el lugar donde ancló la embarcación?

—Veintidós pies.

—¿Había corriente?

—Sí. En aquel punto hay una especie de canal que llega más allá de la isla. No es el principal, pero sí navegable. Pensaba dirigirme por él, hasta un embarcadero muy profundo que existe en el sur de la isla.

—Ahora, entrando en detalles, ¿se produjo aquella noche en el yate alguna discusión en torno de esa concesión petrolífera?

—Sí, en la tarde del día 12. Creí mi deber reunirlos a todos, ofrecerles una espléndida cena y tratar de evitar todo antagonismo para ver de llegar a un acuerdo.

—¿Fue ése el motivo fundamental de la reunión?

—Sí, señor.

—Es todo lo que tenía que preguntar.

—¡Un momento! —intervino Mason—. Quisiera formularle una pregunta al testigo.

—¡Diga, señor!

—¿Surgió alguna discusión acerca de las condiciones en que el señor Shelby podía estar dispuesto a renunciar a su concesión petrolífera?

—Sí, señor.

—¿Relativa al dinero que el señor Shelby podría recibir?

—Justamente, señor.

—¿Hizo el señor Shelby, en aquel momento, alguna declaración sobre derechos de dicha concesión pertenecientes a la señorita Ellen Cushing?

—¡Objeto la pregunta por improcedente! —intervino el fiscal del distrito.

—Creo, por el contrario, que es muy adecuada —le respondió Mason—. Me parece que ha sido usted el que ha interrogado al testigo sobre la conversación que tuvo lugar en el yate.

—No concretamente sobre la conversación, sino sobre cuestiones generales al margen del tema central de ella.

—Podría haber objetado las preguntas relativas a esas cuestiones de orden general —le replicó Mason—, basándome en que las respuestas a ellas tergiversan las conclusiones del testigo. No obstante, no lo hice para economizar tiempo, pero subsiste el hecho de que es exactamente lo mismo que si usted hubiese interrogado sobre el tema específico de la conversación. Y, como usted debe saber, es elemental en todo examen que, cuando parte de una conversación se quiere presentar como prueba en el examen directo, la otra parte está en su derecho a aludir, si ello le conviene, a toda la conversación.

—Rechazada la objeción —dictaminó el juez Maxwell.

—¡Responda a la pregunta! —le dijo Mason al testigo.

—Sí —declaró Parker Benton—. El señor Shelby declaró que Ellen Cushing, corredora de fincas, había adquirido la mitad de los intereses de dicha concesión. En consecuencia descubrí que…

—No interesa lo que usted descubriera ulteriormente —le interrumpió Burger, con enojo—. Limítese a contestar a las preguntas que se le hagan y deje de hablar cuando haya terminado.

—Bien, señor.

—Eso es todo —dijo Mason.

—Convoque a su testigo siguiente, señor Burger —le indicó el juez.

—Mi próximo testigo será el doctor Horace Stirling.

El doctor Stirling, en su calidad de médico forense, declaró que había estado presente cuando Parker Benton identificó un cadáver como el de Scott Shelby, y que había llevado a cabo la autopsia pertinente.

—¿Determinó usted la causa de la muerte?

—Sí, señor.

—¿Cuál fue?

—Un proyectil.

—¿Dónde lo encontró?

—Alojado en la columna vertebral.

—¿En qué parte?

—Entre la primera y segunda cervical o, mejor dicho, entre el axis y el atlas. El proyectil penetró en la espina dorsal por la apófisis odontoidea del axis.

—¿No pudo ser la muerte causada por asfixia?

—No, señor.

—¿Afirma, pues, que la herida originada por la bala fue la que causó la muerte?

—Sí, señor.

—¿Extrajo usted el proyectil?

—Sí, señor.

—¿Qué hizo con él?

—Lo identifiqué grabando mis iniciales en la base y lo entregué seguidamente a Robert P. Noxie, experto en balística.

—Ya puede usted, señor Mason, interrogar al testigo, si lo desea —le indicó Burger.

—Según tengo entendido, doctor —dijo el abogado, dirigiéndose al forense—, la fractura del axis y del atlas se producen frecuentemente como consecuencia de un trauma debido a una caída desde cierta altura. Por ejemplo, una zambullida en aguas profundas o algo por el estilo.

—A veces así es —reconoció el doctor.

—Ahora bien, el simple hecho de que un proyectil se haya alojado en la espina dorsal, no significa necesariamente que no haya podido haber una dislocación de la vértebra cervical debido a una caída.

—En tal caso no habría rotura de ligamentos. Una luxación de la apófisis odontoidea del axis sólo se hubiera producido a causa de la rotura. Por otra parte, encontré el proyectil alojado en la columna vertebral próximo a la apófisis odontoidea del axis. En consecuencia, mi opinión es que la muerte se debió única y exclusivamente a la herida producida por la bala.

—¿Por dónde penetró la bala en el cuerpo doctor?

—El orificio de entrada figura en la parte posterior del cuello.

—¿Había rastros de quemadura producida por la pólvora?

—No, señor. Por lo general, tales huellas no aparecen cuando el arma se dispara a más de dos o tres pies de distancia. Sólo cuando esta distancia se acorta encontraremos huellas de pólvora.

—El cuello es un blanco relativamente pequeño, ¿no le parece?

—Comparativamente con otras partes del cuerpo, sí.

—¿Y no cree que si el asesino hubiera disparado a cierta distancia, difícilmente hubiese apuntado al cuello, considerando que el blanco era demasiado pequeño?

—No estoy capacitado para adivinar lo que una persona haría en tales circunstancias —repuso el doctor—. Tal vez su intención hubiese sido apuntar a la cabeza o bien a la espalda entre los hombros, desviándose luego el tiro. Yo sólo sé, en resumidas cuentas, que, después de mi examen, la muerte se produjo al penetrar el proyectil en la columna vertebral del modo que he indicado.

En la sala se produjeron ciertos murmullos, al comprobar los asistentes la forma hábil en que el doctor bordeaba la trampa que Mason había intentado tenderle.

—¿No había síntomas de muerte por asfixia?

—Ninguno. Los indicios indicaban que el cadáver había permanecido varias horas en el agua, sin que nada evidenciara que la muerte se produjera por asfixia. Permítame repetirle que la muerte, como ya le he dicho varias veces, fue debida al proyectil que penetró en la columna vertebral.

—¿Había algunas otras señales de violencia en el cadáver?

El forense vaciló y miró de un modo dubitativo al fiscal del distrito.

—¡Responda a mi pregunta! —le conminó Perry Mason.

—Estimo que esa pregunta no se adapta al interrogatorio —opinó el fiscal.

—No hay lugar a la objeción —dictaminó el juez—. Conteste el testigo a lo que se le ha preguntado.

El forense aspiró aire profundamente, antes de responder:

—Había señales de un golpe en la cabeza. No puedo dar una opinión concreta sobre la gravedad de ese golpe ni de sus posibles consecuencias, debido a que, sin duda, tuvo lugar aproximadamente en el mismo instante de la muerte. No obstante, estimo que fue un golpe violento, asestado con algún objeto pesado y desprovisto de aristas agudas.

—¿Un rompecabezas tal vez?

—Posiblemente.

Mason se sentía algo excitado. Al mismo tiempo, comprendía que se enfrentaba a un testigo hostil, de singular habilidad y con una gran experiencia forense; un hombre convocado para testimoniar algo que no encajaba con la teoría que sobre el caso había adelantado el fiscal del distrito.

—Entonces —le dijo el abogado—, ese golpe debió ser asestado por alguien que se encontrase muy cerca de la víctima, ¿no le parece?

El doctor se aclaró la garganta antes de responder:

—Sin duda debió ser descargado de algún modo.

—¿Fue un golpe?

—Indudablemente.

—En tal caso, debió asestarlo alguien, ¿no le parece?

—Necesariamente, no. Tal vez la contusión se produjese al caer al agua.

—¿Cómo? —preguntó Mason.

—Si cayó desde considerable altura, chocando, por ejemplo, con una cuerda; la fuerza del impacto pudo muy bien producir la contusión.

—¿Pudo ser el golpe la causa de la muerte, doctor?

—Ya he afirmado que el fallecimiento se debió al proyectil. El golpe sólo pudo causar la pérdida de conocimiento.

—Pero si la víctima al caer hubiese chocado, por ejemplo, con un cabo, usted habría encontrado ciertos cortes originados por las fibras de la cuerda, ¿no le parece?

—Necesariamente, no.

—Pero, ¿no hubiese sido lógico encontrarlos?

—Supóngase que el cabo o la cuerda hubiesen estado forrados de lona.

—En otras palabras —sonrió Mason—, usted parece esforzarse en quitarle importancia a esa contusión de la cabeza.

—No hay nada de eso —se apresuró a rechazar el médico.

—Objeto la apreciación de la defensa como argumentativa —intervino el fiscal.

Mason se sonrió al responderle:

—Va en perjuicio del testigo y, por otra parte, ya ha sido contestada.

—La pregunta ha sido respondida —dijo el juez—. Prosiga.

—Basándonos en la ausencia de huellas de pólvora —continuó Mason—, ¿admitiría usted que la persona que hizo el disparo se encontraba a más de tres pies de distancia de la víctima?

—Sí; a unos dos o tres pies.

—¿No podría precisar más su cálculo?

—Bien; a más de dos.

—Ahora bien, siempre que un revólver se dispara, éste es sostenido por una mano.

—Desde luego —replicó el testigo con cierta ironía—. Resulta difícil disparar un revólver con los dientes.

La sala se llenó de risas, que el juez atajó.

—Muy bien —dijo Mason—. Admitido, pues, que un revólver al dispararse es sostenido de esa manera, le ruego que acceda a extender su mano en la posición de quien dispara un arma.

El testigo hizo lo solicitado.

—Ahora manténgase así —le rogó Mason— hasta que pueda medir la distancia.

El abogado se sacó del bolsillo una cinta de medir.

El testigo, comprendiendo de súbito lo que Mason se proponía, encogió ligeramente el codo, con lo que la mano se aproximó algo más al cuerpo.

—¡No, no! —le dijo el abogado—. Está usted moviendo la mano. Póngala donde la tenía antes.

—Creo que la mantengo en la posición de una persona que apunta con un revólver —dijo el testigo, avanzando la mano unas cuantas pulgadas.

—Me parece —sonrió Mason— que en cuanto usted comprendió lo que yo me proponía, inició el retroceso de la mano. ¿No es así?

—¡En modo alguno! —protestó el testigo con indignación—. Me limito a acceder a sus ruegos. Usted solicitó que sostuviera la mano en la posición de quien dispara un revólver y yo así lo he hecho.

—Pero usted, en principio, la extendió así —le contestó Mason, a tiempo que estiraba el brazo hasta casi su alcance máximo.

—Es lógico. Si usted tratara de hacer puntería con un arma, se mantendría con la mano más avanzada que si se dispusiera a disparar a ciegas.

—¿Y, acaso, cree usted que yo podría herir a una persona en el cuello sin apuntar debidamente antes?

—Seguramente el asesino se limitó a encañonar el cuerpo de la víctima y, al disparar, se alzó el arma, yendo la bala a alojarse en el cuello —opinó el forense.

—Parece que ahora se coloca usted en la situación del asesino —sonrió Mason.

—De la asesina —rectificó el hombre.

—Ha sido usted el que, en principio, empleó el género masculino.

—Bueno, pero se trata de una asesina.

—¿Y cómo lo sabe usted?

El testigo guardó silencio y Mason sonrió.

—Salta a la vista que es usted bastante parcial en este caso, cosa que ya esperaba. Disponga la mano en la posición de un hombre que apunta antes de disparar.

El testigo avanzó su mano con evidente desagrado.

—¿Podría usted hacer puntería en esa posición?

—Creo que sí.

Mason prosiguió:

—Tomemos este revólver, presentado como prueba fehaciente, y haga ahora la puntería.

El testigo bajó la cabeza y el abogado le dijo:

—¿No resultaría más fácil levantar la mano que bajar la cabeza?

El testigo alzó su mano, que avanzó de mala gana.

Mason sonrió.

—Muy bien. Sostenga el arma.

Sacó la cinta.

Luego midió la distancia.

—Veintiocho pulgadas y tres cuartos desde el extremo del cañón hasta su nariz.

—Eso no es exacto —replicó el testigo— porque usted mide a partir del extremo del cañón.

—Permítame. Cuando usted afirma que las huellas de pólvora sólo aparecen si la distancia es inferior a dos pies, se refiere al extremo del cañón, ¿no?

—Sí, claro.

—Su nariz no deja huellas de pólvora, ¿no le parece?

Estallaron las risas, suscitando la intervención del juez. El fiscal del distrito intervino:

—Estimo, señor juez, que sobran los comentarios burlones.

—No se trata de un comentario sarcástico —replicó Mason—. El testigo afirmó antes que resultaba difícil disparar un arma con los dientes. Si sus palabras no poseían intenciones sarcásticas, yo estoy perfectamente autorizado para averiguar si una nariz puede dejar

huellas de pólvora; en caso de que la apreciación del testigo fuese un sarcasmo, estoy en mi derecho a pagarle con la misma moneda.

El juez sonrió.

—Continúe, señor.

—Quedamos en que la persona que apretó el gatillo de ese arma debería estar a más de cuatro pies de distancia del cuello de la víctima, ¿no es así? —preguntó Mason.

—Sí, probablemente… Tal vez a una o dos pulgadas…

—Por lo menos cuatro pies, cuatro pulgadas y tres cuartos como mínimo, ¿no?

El testigo permaneció silencioso.

—Pues bien —prosiguió Mason—, ¿estima usted que la contusión descubierta en la cabeza de la víctima pudo haber sido causada con un objeto duro, por ejemplo, un palo de béisbol?

—Con cualquier objeto redondo y sin aristas. Pero debía estar envuelto o forrado con algo.

—¿Y no podría decirme si el golpe fue asestado primero o después de hacerse el disparo?

—No lo sé. Probablemente, el golpe lo recibió la víctima al mismo tiempo que caía herido.

—¡Gracias! —dijo Mason—. Eso es todo.

Se suspendió la vista hasta la tarde, y Mason salió en compañía de su secretaria y de Paul Drake.

—Vámonos a almorzar —les dijo—. Quisiera hablaros.

—Eso de la contusión es algo completamente nuevo, Perry —observó Drake.

—Ya hablaremos cuando estemos en un lugar reservado. ¿Has descubierto algo, Paul?

—Nada en absoluto, salvo que van a llamar a Ellen Cushing a fin de confirmar móviles.

—¿Móviles?

—Sí, se proponen, por lo visto, recurrir a lo de la concesión petrolífera, ¿comprendes, Perry? Tendrás que marearla a preguntas o bien poner de manifiesto el hecho de que ella es la querellante en una demanda contra nosotros por difamación.

—Ya veremos. Actuaremos según las circunstancias.

Capítulo 19

Cuando el Tribunal volvió a reunirse a las dos de la tarde, Hamilton Burger, con el gesto del abogado que llama a su hijo predilecto, dijo:

—Señor Robert P. Noxie, ¿tendría la bondad de subir al estrado a fin de declarar?

El señor Noxie se instaló en el estrado e informó ser experto en balística, haciendo gala de una erudición tal, que nadie dudó que aprovechaba la oportunidad para alardear de sus conocimientos técnicos ante el nutrido auditorio.

Después de veinte minutos invertidos en describir las experiencias y los estudios del testigo, Hamilton Burger entró en materia.

—He aquí un trozo de metal que tiene forma de proyectil y que ostenta ciertas marcas significativas. ¿Lo ha visto usted antes?

—Sí, señor, lo conozco.

—¿Estuvo en su poder?

—Sí, señor.

—¿Quién se lo entregó?

—El doctor Stirling.

—¿Dónde se encontraba usted cuando le fue entregado?

—En la sala de autopsias de la «Morgue». El doctor Stirling me lo entregó tan pronto como fue extraído del cadáver de Scott Shelby.

—¿Puede usted describirnos con precisión ese trozo de metal?

—Es un proyectil del calibre 38. Pesa alrededor de quince gramos. Sale del cañón a una velocidad de seiscientos noventa y cinco pies por segundo y puede perforar tablas de pino de cuatro pulgadas y siete octavos de espesor.

El testigo le lanzó una ojeada al secretario del Tribunal para

comprobar que su testimonio era anotado, y sonrió triunfalmente.

—Ahora, dígame —prosiguió Burger—, ¿es posible determinar de qué arma particular ha salido ese proyectil?

—Es posible, señor.

—Con mi pregunta no quiero dar a entender un tipo genérico de arma, sino una sola bien determinada.

—Comprendo, señor. Este proyectil fue disparado por un revólver *Colt* «Police Positive», número 14581.

El fiscal del distrito cogió el arma que alargó al testigo.

—Vea este revólver *Colt* «Police Positive», que ha sido presentado como evidencia, y compruebe si es el mismo a que se ha referido en su testimonio.

—El mismo, señor.

—Ahora quisiera saber cómo ha llegado usted a la conclusión de que este proyectil ha sido disparado con este arma.

—¿Desea que lo explique ante el jurado?

—Sí; si me hace el favor.

—La respuesta será un poco larga.

—No importa; tenemos toda la tarde —le animó Hamilton Burger.

—En primer lugar —comenzó el testigo—, hay que tener presente que en el cañón de toda arma existe cierto rayado, que sirve para orientar el proyectil e imprimirle un movimiento de rotación una vez disparado. Como es lógico, este rayado se ofrece en cada arma individual con ciertas variaciones microscópicas. En el curso del tiempo, un cañón experimentará variaciones en su rayado, apareciendo pequeñas raspaduras y otras pequeñas imperfecciones que dejarán marcas o huellas en el proyectil cuando éste es disparado. En realidad, toda arma imprime un sello distintivo a cada proyectil que pasa por su cañón. Estas marcas son lo bastante parecidas entre sí para facilitar una completa identificación. Cuando tuve por primera vez en mis manos este revólver, procedí a disparar con él una serie de tiros de prueba. Disparé dentro de un cubo de agua, teniendo buen cuidado en hacerlo directamente para que el extremo de la bala no sufriese torcedura.

El testigo hizo una pequeña pausa para mirar al jurado, evidenciando la satisfacción que sentía por el interés suscitado y

continuó:

—Seguidamente preparé un microscopio y fotografié esos diversos proyectiles. Traigo una serie de fotografías, doce en total, en donde aparecen las marcas distintivas mostrando cada fotografía dos caras de cada proyectil.

El testigo procedió a abrir un pequeño maletín, de donde sacó doce fotografías, tamaño ocho por diez, y prosiguió:

—Estas fotografías son en realidad microfotografías, porque fueron tomadas a través de un microscopio. Muestran el aspecto del proyectil tal como fue visto por el microscopio y, como es lógico considerablemente ampliado.

»He dispuesto las fotografías de modo adecuado para que pongan de manifiesto determinadas marcas que figuran en cada proyectil. Cada una de las seis primeras que ahora le entrego, señor Burger, es de un proyectil diferente disparado con la misma arma, pero tomada desde un ángulo tal que resulta fácil observar las mismas raspaduras en la superficie de cada proyectil.

»Y ahora le entrego una fotografía compuesta con las tomadas en cada proyectil, y colocadas una bajo la otra, de tal modo, que el rayado de ambos lados de esos proyectiles forman una línea continua.

Hamilton Burger intervino, diciendo:

—Solicito que estas fotografías, perfectamente identificadas, sean aceptadas como pruebas.

—No hay objeción —dijo Mason.

Se produjo un breve intervalo, durante el cual cada fotografía, presentada como prueba, fue registrada y signada por el secretario del Tribunal.

—Volviendo a mi pregunta anterior —dijo Burger, dirigiéndose de nuevo al testigo—, cuando indagué cómo sabía usted que este proyectil fue disparado con este revólver, le ruego que resuma su testimonio, señor Noxie.

—Perfectamente, señor. Habiendo identificado las marcas distintivas del cañón del arma, según aparecen en la superficie de los proyectiles de prueba, y creyéndome, por tanto, capacitado para conocer lo que podríamos llamar la idiosincrasia del revólver en cuestión, volví mi atención al proyectil mortal. En su cabeza se observan, por supuesto, ciertas leves distorsiones sin importancia

considerando que penetró en hueso. A decir verdad, el proyectil se encontraba en magníficas condiciones. Lo cogí y lo dispuse bajo el microscopio, haciéndolo girar mientras lo retrataba cuidadosamente. Seguidamente utilicé un microscopio de comparación, que funde los objetos en una sola imagen. Colocando el proyectil mortal en una placa del microscopio y uno de los proyectiles de prueba en otra, logré comparar las rayas y marcas, en la forma que ustedes pueden apreciar en esta fotografía.

Hamilton Burger, haciéndose cargo de ello, dijo:

—¡Un momento! ¿Fue tomada esta fotografía a través del microscopio de comparación?

—No, señor. Esta fotografía muestra dos proyectiles: el mortal, al lado izquierdo y el de prueba, al derecho. La luz es idéntica en cada caso y ambas fotografías están tomadas en forma que muestran la indudable semejanza que ofrecen en sus rayados y marcas. Puede verse fácilmente. A fin de que lo puedan apreciar mejor, he preparado una fotografía compuesta de los dos proyectiles de prueba y la otra superior la del proyectil fatal. Se advierte en seguida que las raspaduras y marcas se combinan de tal forma que demuestran, sin dejar lugar a dudas, que el proyectil objeto de todos estos trabajos fue disparado exclusivamente con este revólver.

Hamilton Burger, poniendo de manifiesto la impresión que en su ánimo había causado el testimonio del testigo, exclamó:

—¡Señor juez!, deseo que está fotografía sea presentada como evidencia, a fin de que el jurado la examine debidamente.

El testigo intervino en aquel punto, diciendo:

—Ya he tomado mis medidas en ese sentido, señor Burger. He hecho doce copias de esas fotografías, idénticas todas por corresponder al mismo negativo.

—En este caso, señor juez —dijo Burger—, solicito que cada miembro del jurado se haga cargo de una de estas copias para que puedan examinarlas cuidadosamente.

El testigo introdujo la mano en su maletín y sacó doce lupas.

—Puedo, además, ofrecerle al jurado estas ayudas visuales.

El fiscal del distrito le agradeció con un gesto la fineza, y entregó a cada miembro del jurado una de las lupas junto con la respectiva copia fotográfica.

Mason observaba al jurado con atención. Algunos de los

miembros llevaron a cabo un atento examen. Otros se contentaron con contemplar la fotografía por breves instantes, para volver a ocupar su atención en otras cosas.

—¿Desea interrogar al testigo, señor Mason? —le preguntó Burger.

—¡Naturalmente! —contestó el abogado, sin poner de manifiesto la inquietud que podía sentir ante el testimonio de Noxie.

—Entonces, sugiero que los miembros del jurado conserven las fotografías y las lupas durante el interrogatorio, a fin de poderlas tener a mano por si desean consultarlas en el curso de él.

—¿Alguna objeción? —preguntó el juez a Mason.

—Ninguna, señor juez.

Noxie se volvió hacia Perry Mason con una sonrisa confiada y benevolente.

—Estoy a su disposición —le dijo.

—¡Gracias! —replicó Mason, con estudiada cortesía—. Tengo entendido, señor Noxie, que cuando un proyectil penetra a través de los tejidos y choca contra un hueso no sólo conserva las raspaduras y marcas dejadas por el cañón del arma, sino que también sufre el efecto del impacto y del roce, pudiendo ofrecer otras raspaduras originadas al penetrar en el tejido óseo.

—Generalmente, así es.

—Veamos ahora el caso de este proyectil. ¿Poseía marcas que no fuesen producidas por el cañón del arma?

—Podía muy bien haber ocurrido así, pero, la realidad es que este proyectil se conservó en buen estado.

—Creo recordar que usted calificó su estado de extraordinariamente bueno.

—Sí, señor.

—Entonces no hay duda de que este proyectil no se parece a los que ustedes generalmente estudian en casos parecidos a éste.

—Yo no he afirmado eso, sino que me he limitado a declarar que el proyectil se encontraba en un estado excelente.

—¿Qué es lo que de excelente ve usted en él?

—Por ejemplo, revela muy poco achatamiento.

—¿Y qué indica esa circunstancia?

—Simplemente, que podemos darnos por satisfechos al contar con un proyectil en donde es posible identificarlas marcas

distintivas con tanta facilidad. Frecuentemente, cuando un proyectil se achata, un lado se revela casi inservible. Pero en este caso, como ya he dicho, el achatamiento es mínimo.

—¿Penetró el proyectil en el tejido óseo?

—Así creo.

—¿Estuvo usted presente en la autopsia?

—Sí.

—¿Cuando el proyectil fue extraído?

—Sí, señor.

—¿Y cuando lo marcó el doctor Stirling?

—También.

—¿Qué fue después del proyectil?

—El doctor Stirling me lo entregó inmediatamente.

—Entonces, con arreglo a su testimonio, se puede decir que en él se observan rozaduras menores que las que, lógicamente, cabían esperar a consecuencia de la perforación del cuerpo de la víctima.

—En efecto.

—¿Encontró usted alguna de tales rozaduras?

—No las he buscado.

—¿Presumió, entonces, que las habría, aunque fuesen mínimas?

—Naturalmente.

—Concretemos: usted se limitó a localizar las marcas que pudiesen poner de manifiesto que el proyectil había sido disparado con el revólver presentado como evidencia, ¿no es así?

—Naturalmente; ése era el punto que debía establecer.

—Pero, según parece, usted no tuvo el mismo interés por encontrar rastros que indicaran que este proyectil había perforado el cuerpo de la víctima, produciéndole la muerte.

—En lo que respecta a la causa de la muerte, me atuve al informe del forense. Por otra parte, pude comprobar por mis propios ojos que el proyectil había penetrado en el cuerpo de la víctima.

—¿Vio usted el orificio de entrada?

—Sí, señor.

—¿Y estuvo presente mientras el forense practicaba la autopsia?

—Sí, señor.

—¿Y apreció la posición del proyectil?

—Efectivamente.

—A propósito, ¿se tomaron fotografías del orificio originado por el proyectil, en el cuello de la víctima?

El testigo carraspeó antes de decidirse al responder:

—Sí; tomé algunas fotografías, pero éstas no revelaron otra cosa sino que en la región posterior del cuello aparecía un orificio causado por la entrada de la bala.

—¿Dónde están esas fotografías?

—Las dejé en mi oficina.

—¿No las trajo al Tribunal?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Me pareció que nada se ganaría con ello. Tomo muchas fotografías que después no utilizo.

Mason se concedió una corta pausa y, después, habló:

—Según deduzco de su testimonio, esta bala es capaz de perforar tablas de pino de cuatro pulgadas y siete octavos. ¿No es así?

—Justamente. Tales son las características de ese proyectil, disparado con ese tipo de arma y con esa clase de pólvora.

—Pero el proyectil no penetró profundamente en el cuerpo de la víctima.

—Porque chocó contra el hueso. Cuando tropieza con alguna sustancia ósea, es imposible saber lo que hará, especialmente si el cuerpo está cayendo en el instante en que el proyectil hace impacto.

—¿Afirma que Scott Shelby caía cuando le alcanzó el proyectil?

—No, señor; no afirmo semejante cosa.

—¿Qué diría usted entonces?

—No soy experto en la materia.

—Pero sí experto en balística. ¿Cómo se explica la escasa penetración del proyectil?

—Creo tener una teoría al respecto.

—¿Cuál? Nos interesaría conocerla.

—Pues mi teoría es que… Pero opino que no soy el más indicado para profundizar en este sentido. Yo sólo debo identificar el proyectil.

—Se equivoca —replicó Mason—. Si como experto en balística se ha formado una teoría sobre la escasa penetración del proyectil, es lógico que deba exponérnosla.

—Bien; si se empeña en conocerla, se la diré. Creo que la víctima fue herida por la bala cuando estaba en el agua, justamente en el instante en que caía en ella.

—Muy bien —aprobó Mason—. Eso resulta muy interesante. ¿Y qué le hace opinar de este modo, señor Noxie?

—¡Oh!, si el Tribunal me lo permite —interrumpió Burger, en tono de protesta— debo decir que, en caso de que nos propongamos analizar todos esos aspectos inútiles del asunto, la sesión se prolongará indefinidamente. Hemos invertido ya mucho tiempo, y estimo que la simple teoría sobre dónde o cómo el disparo fue hecho, sólo significa una pérdida de tiempo por no existir pruebas concretas que la abonen.

—Creo recordar —le dijo Mason—, que usted mismo puntualizó hace poco que disponíamos de toda la tarde.

—Pero no para ocuparla con un montón de trivialidades —replicó el fiscal.

—¿Trata de hacer alguna objeción?

—Sí. Protesto ante esta parte del interrogatorio, a mi juicio improcedente.

El juez intervino:

—Rechazada la objeción. El testigo debe responder a la pregunta.

—Bien —dijo Noxie—, en primer lugar debemos considerar la peculiar naturaleza del orificio de entrada.

—¡Ah! ¿Es que tenía algo de peculiar? —preguntó Mason.

—Sí; no era completamente redondo, apareciendo como una especie de óvalo.

—¿Y qué significa esa circunstancia, a su juicio?

—Por lo general, significa que el proyectil ha dejado de viajar todo él en línea recta.

—¿Podría usted explicarnos claramente lo que quiere decir?

El testigo extrajo un lápiz del bolsillo, y dijo:

—Un proyectil que posee la adecuada rotación, viaja en línea recta de este modo. Pero si es defectuoso o existe algún defecto en el arma que lo dispara, avanza de esta forma… Vean ustedes cómo el extremo del lápiz avanza en línea recta, en tanto que la parte de atrás, representada por la goma de borrar, describe un círculo de unas dos pulgadas de diámetro.

Mason asintió con un ademán de cabeza y el testigo prosiguió:

—Pues bien, cuando un proyectil de esta clase hace impacto, nunca dejará un orificio redondo, sino otro que conocemos con el nombre de «orificio de entrada tipo ojo de cerradura». Tal calificación deriva del hecho de que el proyectil golpea parcialmente de lado, produciendo un orificio que se asemeja en cierto modo al ojo de una cerradura.

—Muy interesante —opinó Mason—. ¿Y observó usted en este caso que el orificio de entrada era del tipo ojo de cerradura?

—Sí, señor.

—¿Se dio cuenta de otros detalles extraordinarios?

—Ya he dicho que la torcedura o el achatamiento del proyectil eran mínimos. Como podrá ver, esta bala sólo ofrece algunas superficies rayadas en su extremo que no aparece nada achatado.

—¿Y qué indica eso a su juicio?

—Que teniendo en cuenta la escasa penetración del proyectil, éste debió chocar con una superficie lisa, desviándose antes de penetrar en el cuerpo de la víctima.

—¡Oh! —exclamó Mason—, resulta, pues, que el proyectil se desvió.

—Eso es sólo una teoría del testigo —intervino Hamilton Burger.

—No olvide —le replicó Mason— que el testigo, en este caso, es un técnico y que su teoría se alza sobre una interpretación científica de los hechos.

—De todas formas —dijo el fiscal—, no consigo comprender la eficacia que puedan tener sus suposiciones.

—¿Qué no comprende? —preguntó Mason.

—¡En absoluto! —exclamó Burger con manifiesta irritación—. Y si usted no estuviese tratando sencillamente de…

—¡Basta! —le interrumpió el juez—. Se prohíben las alusiones personales.

Mason se dirigió nuevamente al testigo. Cuando habló, el tono de su voz denotaba cierta satisfacción.

—¿Conserva usted las fotografías que muestran este peculiar orificio de entrada?

—Sí, señor, en mi oficina.

—¿No las trajo al Tribunal?

—No, señor.

—¿Había pensado ya en esta teoría relativa a que el proyectil había sufrido una desviación?

—Sí, señor.

—¿Le informó de ella al fiscal del distrito?

—¡Objetada la pregunta por improcedente! —protestó Burger.

—Por el contrario —dijo Mason—, creo que es perfectamente legal. En caso de que se desprenda que el testigo comunicó su teoría al fiscal y que éste le aconsejó no informar de ella a menos que así se le solicitara, diciéndole que no trajese esas fotografías al Tribunal, ello serviría de mucho para poner de manifiesto la predisposición del testigo.

—¡Protesto, señor juez! —exclamó Hamilton Burger—. La defensa baraja meras suposiciones, que afectan a la integridad de mi reputación profesional. Solicito que el Tribunal disponga que me presenten excusas por las insinuaciones de que he sido objeto.

—Nada hay que merezca excusas —replicó Mason—. Si los hechos son como he expuesto, ellos hablan por sí mismos, y si no lo son, el fiscal del distrito puede contribuir a ponerlo de manifiesto mediante el sencillo procedimiento de acceder a que el testigo conteste a mi pregunta.

—¡Es absurdo perder el tiempo con semejantes trivialidades! —exclamó Hamilton Burger.

Mason sonrió.

—Contemple, señor juez, el rostro del testigo si opina que se trata de trivialidades.

En efecto, el testigo, que se agitaba nerviosamente en su sillón, mostraba el rostro de un rojo subido.

—¡Señor juez, objeto esa declaración! —exclamó Burger—. El rostro del testigo no es una prueba.

El juez sonrió y declaró:

—Rechazadas las objeciones. El testigo debe responder.

—¡Adelante! —le dijo Mason—. ¡Conteste!

—Pues, en realidad, yo le expuse la teoría al señor Burger y él no creyó…

—No importa lo que usted piense en este sentido. Limítese a informarnos de lo que le dijo.

—Señor juez —volvió a protestar Burger—, insisto en que todo esto es improcedente. El interrogatorio se desvía por completo del

objetivo pertinente, al aludir a conversaciones que pudiese tener el testigo. A mi juicio, eso no es una evidencia.

—Me inclino a pensar —dijo el juez— que, en efecto, no resulta muy adecuado aludir ahora a una conversación entre el testigo y el fiscal, a menos que se aluda a cierto punto preciso y concreto. En este último caso, el señor Mason sí tendría derecho a formular sus preguntas.

—¡Muy bien! —dijo Mason—. Le preguntaré, señor Noxie, si no es cierto que usted le informó de su teoría al fiscal del distrito, indicándole que, en su opinión, todo demostraba en forma concluyente que el proyectil debía haber pasado por el agua, desviándose antes de penetrar en el cuello de la víctima, y si no es verdad que el fiscal del distrito le aconsejó no decir nada en tal sentido, advirtiéndole que no deseaba que este aspecto del asunto fuese analizado por el Tribunal.

—Algo de eso, aunque no con esas palabras —reconoció el testigo.

—¿Cuáles fueron entonces sus palabras exactas?

—Persisto en mi objeción —le interrumpió Burger.

—Y yo en rechazarla —replicó el juez Maxwell—. La pregunta se refiere a parte específica de una conversación bien determinada.

—Pero, ¿en qué podría influir que yo haya podido decirle algo al testigo con respecto a su testimonio? —indagó el fiscal.

—No se trata de lo que usted le dijese al testigo, sino de lo que, a consecuencia de ello, hizo éste —argumentó Mason—. La realidad es que el testigo se presentó ante el Tribunal, siguiendo su indicación, sin esas fotografías, que dejó en su oficina. Al mismo tiempo, siguiendo sus consejos, no nos dijo nada de esto cuando fue interrogado directamente. En realidad, trató de eludir el asunto, hasta que, acorralado por mis preguntas, se vio obligado a hacerlo. Ahora, señor juez, declaro que todo testigo que se aviene a ser orientado en sus declaraciones en un caso de homicidio, siendo su inductor el fiscal del distrito, se revela como un testigo predispuesto a no franquearse debidamente, y me interesa subrayar el derecho que me asiste a poner de manifiesto ante el jurado esta predisposición.

—Si hay predisposición o no, es el jurado quien lo apreciará —le dijo el juez.

—Pero yo deseo que mis palabras sean registradas —indicó Mason—, a fin de demostrar que el fiscal del distrito presionó, en cierto modo, al testigo y que éste actuó, en cierto modo, de acuerdo con él.

—Considero que está usted autorizado para que sus palabras se estampen en el registro —dictaminó el juez—. El testigo debe responder a la pregunta.

—Pues bien —dijo Noxie, cambiando una vez más de posición —, el fiscal me dijo que no había necesidad de que dijese una palabra sobre aquello.

»Añadió que, naturalmente, si yo era interrogado sobre ese punto debería declarar la verdad, pero que no deseaba que yo diese ninguna información voluntaria y que, por su parte, él no me formularía ninguna pregunta al respecto.

—¿Le dijo, pues, que no plantease voluntaria y espontáneamente su teoría?

—En efecto, señor.

—¿A menos de que fuese interrogado concretamente en tal sentido?

—Sí, señor.

—¿Y no le insinuó también que no trajese al Tribunal las fotografías que muestran la peculiar herida de la víctima?

—Pues… él me dijo que no sería útil mezclarlas con las demás.

—Acaso deseaba que usted no las confundiera —sonrió Mason.

—Tal vez. Ignoro lo que en realidad se proponía. Se limitó a decirme que no veía la necesidad de que yo trajese esas fotografías.

—¿Solicitó, pues, expresamente que no las presentase ante el Tribunal?

—Sí, señor.

—Bien. Creo que es todo cuanto tenía que preguntar. Ahora, si el Tribunal me lo permite, me gustaría formularle dos preguntas más al doctor Stirling. Como veo que aún no se ha ausentado del Tribunal, desearía que volviese al estrado. Comprendo, naturalmente, que esto no es del todo reglamentario, pero espero que, en las circunstancias actuales, el Tribunal me autorizará.

—Muy bien —dijo el juez—. Doctor Stirling, ¿podría volver al estrado para responder a una o dos preguntas? Se trata de un interrogatorio adicional solicitado por el señor Mason.

El testigo subió al estrado y Mason se dirigió a él, diciéndole con una sonrisa:

—Creo recordar, doctor, que usted no nos dijo nada de ese peculiar orificio de entrada.

—Nada se me preguntó en ese sentido —replicó el médico.

—No pregunté nada porque no se me permitió ver el cadáver antes de practicársele la autopsia y porque, después de ésta, se le había hecho una incisión a lo largo del cuello para extraer el proyectil, lo cual no dejaba ver la naturaleza del orificio. En consecuencia, yo no podía formular la menor pregunta en ese sentido.

—Muy bien. Responderé a todas sus preguntas.

—No lo dudo. Usted se ha atenido a los hechos sin tergiversar nada.

—¡Gracias! —le dijo el forense con cierta acritud.

—Pero —continuó Mason—, por otra parte, usted ha evitado cuidadosamente dar toda información voluntaria sobre ese punto. ¿Me equivoco, al suponer que el fiscal del distrito le advirtió que no aludiera para nada al orificio de entrada del proyectil?

—¡Protesto, señor juez! Esto no es interrogatorio apropiado —reclamó Burger—, sino un ataque personal. Lanza dudas sobre mi integridad profesional y me parece enteramente fuera de lugar. Espero que el Tribunal no permitirá que nadie trate de investigar las conversaciones que el abogado de la defensa puede tener con sus testigos.

—No sé por qué —replicó Mason—. Si yo hubiera aleccionado a un testigo, diciéndole que no informase de algún hecho y éste me hubiese obedecido…

—¡Ningún hecho ha sido silenciado! —exclamó el fiscal, colérico.

—Con la venia del Tribunal —sonrió Mason—. Si yo hubiese solicitado de algún testigo de la defensa el silenciamiento de determinados hechos, seguro estoy de que el fiscal se sentiría plenamente autorizado para sacar a la luz nuestra conversación, no con el propósito de poner de manifiesto una falta de integridad por parte mía, sino simplemente para demostrar la predisposición de un testigo que silencia ciertos datos a petición del abogado defensor.

—A nadie le he pedido que suprima nada —dijo Burger.

—Claro que no. Estoy refiriéndome a lo que ocurriría si yo solicitase de algún testigo la supresión de cualquier hecho —le explicó Mason sonriendo—. De todas formas, no hay necesidad de inscribir en el registro que la predisposición de este testigo era tal que, cuando el fiscal le insinuó que sería prudente no comentar nada acerca de ese orificio de entrada, el testigo aceptó, andándose después con sumo cuidado para no hacer mención en absoluto de esa herida.

—Estimo que la pregunta de la defensa era adecuada —dijo el juez Maxwell—. El fiscal, por supuesto, puede llevar a cabo de nuevo su interrogatorio, a fin de aclarar la situación en forma compatible con los nuevos hechos.

—¿Qué le dijo el fiscal del distrito acerca de ese asunto, doctor? —preguntó Mason.

—Que no veía la necesidad de que me refiriese para nada a esa herida mientras no fuese interrogado.

—¿Llamó su atención por algo la herida?

—No, señor; en absoluto.

—¿Ni encontró en ella nada fuera de lo común?

—No. Estas heridas tipo ojo de cerradura son muy corrientes. Uno las ve a cada momento.

—¿Sabe usted, doctor, qué causas las producen?

—Son debidas a la carga defectuosa y a numerosas causas más.

—¿Cuántas heridas de este tipo ha visto usted?

—Docenas de ellas.

—¿Cuántos orificios de entrada de proyectil habrá examinado en estos dos últimos años, doctor?

—Podría decir que varios centenares.

—Y en todos esos centenares de heridas, ¿recuerda usted alguna en que la entrada del proyectil tuviera ese particular aspecto de ojo de cerradura?

—Sí, señor.

—¿En cuáles?

—Recuerdo en el caso de un negro. He olvidado su nombre. Aquello ocurrió hará un par de años.

—Muy bien. ¿Y algún otro caso más?

—Pues… ¿dice usted que en los dos últimos años?

—Sí.

—No recuerdo más en este período.

—¿Y dentro de los cuatro últimos?

—Me parece que hubo otro caso. Pero no recuerdo…

—Entonces, cuando afirmó que había visto docenas de heridas de ese tipo, usted incurría en cierta exageración.

—Probablemente.

—Una herida de esa naturaleza, ¿no es más bien algo bastante raro?

—En cierto modo sí.

—¿Puede causarla un proyectil desviado?

—Sí, si así lo desea usted.

—No se trata de lo que yo desee, doctor. Trato, simplemente, de descubrir la causa de su peculiar condición.

—Podría ser originada por un proyectil desviado, aunque no se me alcance la importancia que pueda tener el detalle.

—¡La tiene! —replicó Mason—. De tratarse de una herida corriente, ello indicaría que alguien disparó directa y deliberadamente sobre la víctima; en cambio, en este caso, puede sostenerse que se apuntó sobre otro objetivo, pero que debido a una circunstancia fortuita, el proyectil se desvió, yendo a alojarse en la víctima cuando no era éste el propósito de quien lo disparó.

—No. me siento dispuesto a discutir ese punto con usted —le dijo el doctor.

—¡Gracias, doctor! —exclamó, interviniendo, Hamilton Burger —. En mi opinión, cuando un abogado expone una teoría como ésta ante el jurado, trata de influir en éstos, considerando…

—¡Basta! —atajó el juez Maxwell—. Los miembros del jurado no tomarán en cuenta ninguna alusión personal.

—¿Se piensa formular al testigo algunas preguntas más?

—No —contestó Hamilton Burger.

—No, señor juez —dijo asimismo Mason.

—Muy bien. El Tribunal se tomará un descanso de diez minutos, y se conmina a los miembros del jurado para que no discutan entre ellos el caso, ni permitan que nadie lo haga en su presencia, expresando cualquier opinión relativa a la culpabilidad o inocencia de la acusada.

Capítulo 20

Mason salió a fumarse un cigarrillo, en compañía de Della Street y de Drake.

—Oye, Perry —le dijo el detective—, tú siempre me has dado consejos que me han valido de mucho. Ahora voy a invertir los papeles, dándote yo uno: creo que debes recoger amarras.

—¿Qué quieres decir?

—Ya me entiendes. Tratas de defender algo que es indefendible. Tu cliente es culpable. Y en cuanto sea establecida su culpabilidad, quedará expedito el camino para esa querella que nos ha planteado Ellen Cushing. Creo que ahora es el momento oportuno de llegar a una especie de acuerdo y librarnos de un peligro que juzgo inminente.

—Eso no se puede hacer cuando se representa a un cliente —dijo Mason.

—Pero ella es culpable.

—Todavía tengo mis dudas.

—¿Y cómo te explicas ese proyectil alojado en el cuerpo de Shelby?

Mason aspiró pensativamente el humo de su cigarrillo.

—No me lo explico… todavía.

—¡Jamás lo lograrás! —sentenció Drake—. Sabes tan bien como yo, lo que significan estas fotografías. No hay la menor posibilidad de desvirtuar su sentido. Ése proyectil fue disparado con aquel revólver.

—Sí; de eso no hay duda.

—Te estás esforzando inútilmente, entregado a la tonta tarea de interrogar a los testigos. Pero al cabo de cierto tiempo, la gente ya estará harta de tus triquiñuelas ante el Tribunal y habrá adoptado una decisión. La cosa es demasiado clara. La mujer dormía con el

revólver en su maleta. Suena el teléfono y el marido le dice que lo hace desde la proa del yate. Pero él no podía estar allí, ya que desde aquel teléfono no hubiese podido comunicar con ella. El embuste es manifiesto.

—Tal vez se trate de una mentira del marido.

—¿Y qué sacamos con esa suposición? —preguntó Drake—. Trata de convencer de eso al jurado. Fue precisamente la esposa la que vio el teléfono de la proa cuando Parker Benton les mostraba el yate, la misma que en aquel instante decidió aprovecharse de él para sus fines. Tenía planeado de antemano el asesinato y sólo aguardaba el instante oportuno para llevarlo a cabo.

—¡Aun cuando sea culpable, no puedo abandonarla ahora! —exclamó Mason con impaciencia.

—Pero sí puedes, momentáneamente, hacerte a un lado. El fiscal del distrito se sentirá encantado si aceptas un homicidio en segundo grado. Después, podríamos entrar en arreglos con Ellen Cushing. De persistir en tu actitud, sólo conseguirás reñir con todo el mundo sin sacar nada en limpio. Ellen Cushing llevará adelante su querella por daños y perjuicios y nos liquidará a los dos.

Mason continuó fumando, sin despegar los labios.

—Según declara Marion Shelby —continuó Drake—, ella vio a su marido luchando, al parecer, con alguien. Después, cayó por la borda y percibió el ruido de un disparo. Se inclinó hacia el agua y lo reconoció. El hombre braceaba y la llamó por su nombre para, finalmente, ser arrastrado por la corriente. Ahora bien, tú debes saber que con una bala alojada en la columna vertebral, entre la primera y segunda vértebra cervicales, todo eso no es posible, porque en el momento de recibir el impacto sobreviene una parálisis instantánea.

Della Street intervino, dirigiéndose al detective:

—¿Y no pudo esperarle alguien en el agua, un individuo que fuese un buen nadador?

—¿Y con qué revólver iba a disparar ese fantástico asesino?

—Bueno, pero…

—¡Tonterías! El asesino sólo pudo emplear el arma que estaba en poder de la acusada, y la realidad es que Marion Shelby no se desprendió de ella.

—Se la entregó a Parker Benton y éste, a su vez, a la policía.

—Eso fue posteriormente al asesinato —replicó Drake.

—¿Y cómo lo sabes, Paul? —preguntó Della, mirándole a los ojos.

Mason arrojó súbitamente el cigarrillo y volvió su rostro hacia la muchacha.

—¡Un momento, Della! Creo que han descubierto algo.

Drake intervino sarcástico.

—¡Adelante…! ¿Supones, acaso, que Shelby estaba oculto bajo la proa y que…?

—O bajo la popa —corrigió Mason—. Allí precisamente hay un saliente…

—¡Caracoles! —exclamó Drake.

En aquel instante, un ujier anunciaba la reanudación del juicio. Los espectadores comenzaron a aglomerarse frente a las puertas de acceso.

Mason se encaminó rápidamente hacia la entrada, con Drake que corría a sus espaldas.

—Perry, no seas necio. No hay teoría consistente que puedas establecer ante el jurado. Retirémonos mientras podamos hacerlo con ventaja.

—Ya hablaremos del tema esta noche.

—Será demasiado tarde. Van a llamar a Ellen Cushing y, si la atacas, jamás aceptará arreglo alguno. ¡Por el amor de Dios, Perry, trátala con delicadeza!

Mason avanzó hacia su puesto y se instaló en él, mientras el juez Maxwell penetraba solemnemente en la sala.

—Señor fiscal del distrito —dijo a poco el magistrado—, llame a su próximo testigo.

—Ellen Bedson Cushing, llamada ahora Ellen Cushing Lacey —anunció el fiscal.

Ellen Cushing Lacey, con mirada centelleante, como si adivinase la batalla que se avecinaba, se sentó en el estrado de los testigos. Saltaba a la vista que se había pasado por un salón de belleza y que había escogido cuidadosamente el traje que vestía. Incluso Mason tuvo que reconocer que la muchacha estaba atractiva. Sin duda causaría una impresión devastadora entre los miembros del jurado.

Después de prestar el juramento de rigor, se sentó con las piernas cruzadas, llevó a cabo el ademán convencional de estirarse

la falda y le brindó al fiscal del distrito una encantadora sonrisa.

Hamilton Burger le formuló las preguntas preliminares de rigor y, seguidamente, comenzó a explicarse.

Puso de manifiesto las circunstancias de que Scott Shelby tuviese el despacho en el mismo edificio, que hiciese unos seis meses que por primera vez fijara sus ojos en la testigo, yendo su interés en aumento, hasta empezar a ofrecerle oportunidades de realizar pequeños negocios, siendo el último ofrecimiento el asunto de la concesión petrolífera.

—¿Adquirió usted esa concesión? —le preguntó el fiscal.

—Sí —declaró la testigo, volviendo su rostro hacia el jurado—. Les informaré de la verdad. Sabía que existía una venta pendiente. Tenía la seguridad de que el comprador no había tomado en cuenta la concesión, y pensé que se presentaba la oportunidad de hacer un buen negocio.

—¿Le dijo usted eso al señor Shelby?

—No.

—¿Por qué?

—Sabía que el señor Shelby estaba casado y no ignoraba, además, que se interesaba por mí. Intuí que su interés no era del todo platónico y que los asuntos que me proporcionaba sólo significaban para él los oportunos tanteos antes de decidirse. A mi juicio, nada le debía yo al señor Shelby. Ambos éramos negociantes. Él me ofreció esa concesión petrolífera.

—Concesión que usted adquirió.

—Efectivamente.

—¿Cuánto pagó por ella?

La joven sonrió antes de responder:

—En realidad, el señor Shelby la consideraba como un simple papel sin valor. Me dijo que si yo efectuaba los pagos atrasados para renovarla, podría quedarme con ella.

—¿Qué hizo usted?

—Redacté el documento de asignación y una declaración, consiguiendo que Shelby firmara ambos papeles. Seguidamente, contraté a un hombre para que actuara como agente mío y, en nombre de Scott Shelby, hiciese entrega de quinientos dólares a Jane Keller.

—¿Se había decidido a arriesgar los quinientos dólares?

La joven sonrió, diciendo:

—No corría tal riesgo. Me constaba perfectamente que Jane Keller no aceptaría aquel dinero. De haberlo hecho, hubiese comprometido seriamente la venta de la isla. Yo jugaba, pues, sobre seguro.

—¿Se sentía usted enamorada del señor Shelby?

—En absoluto.

—¿Y él? ¿Cree que estaba enamorado de usted?

—No. Me buscaba sencillamente con ánimo de correr una aventura. Por aquel tiempo, yo ya estaba enamorada.

—¿De su actual marido?

—Sí.

—Continúe y díganos lo que ocurrió después —invitó el fiscal del distrito.

Mason desvió la vista de la testigo para estudiar los rostros de los miembros del jurado. No le cabía duda de que la presencia de la joven había suscitado en ellos honda impresión, y que todo cuanto ella dijese estaba destinado a pesar en sus ánimos. Era lo suficientemente atractiva y lista para ganarse su voluntad. En alguno de ellos se denotaban sonrisas que denotaban simpatía y admiración. Ellen Cushing Lacey no parecía ocultar nada y disponía sus cartas sobre la mesa con elogiable sinceridad. Se trataba de una mujer que se ganaba honestamente la vida, a la que un aventurero había intentado conquistar, proporcionándole pequeñas participaciones y comisiones en negocios, y cierta concesión petrolífera a la que él no atribuía el menor valor. Ellen había aceptado, procediendo de un modo hábil, con exacto conocimiento de causa.

En otra mujer más descarada, el juego se hubiese dibujado poco lícito, por haberse planteado con el exclusivo afán de lucro, y en otra, menos franca, hubiese revelado hipocresía. Pero tratándose de la encantadora Ellen Cushing, con su sonrisa encantadora y sus ademanes vivos y francos, sólo cabía apreciar la fina muestra de inteligencia de aquella mujer, frente a los sucios manejos del hombre que trataba de tenderle un lazo. Ambos bandos habían actuado con los ojos bien abiertos y Ellen se había alzado con la victoria.

Los miembros del jurado se retrepaban en sus asientos con la

sonrisa dibujada en sus labios. Esperaban disfrutar de la escena.

Mason volvió a dedicar su atención a la testigo.

El fiscal del distrito continuó formulando preguntas, que dieron a Ellen Cushing la oportunidad de mostrarse ante el jurado bajo una luz aún más favorable. Sabía dar cuenta de las conversaciones de tal modo que los intencionados perfiles de otras personas se destacaban vivamente. Los jurados comenzaron a formarse una clara idea de Scott Shelby, un individuo dos veces casado y otras tantas divorciado y vuelto a casar, inquieto, y que debía considerar su vida doméstica como una simple conveniencia que no le imponía la menor obligación. Posiblemente poseía una alta idea de su superioridad intelectual en materia de negocios, y, mientras desempeñaba el papel de rico benefactor, aparecía como un calculador que otorgaba como grandes beneficios simples migajas, migajas de las que había sacado el máximo provecho posible, logrando hacerlas pasar por grandes favores.

Seguidamente, Ellen Cushing Lacey informó sobre la forma en que había asumido la concesión petrolífera, informando del modo como había descubierto las negociaciones de venta de la propiedad, lo que la decidió a aprovecharse de la coyuntura. Luego, se refirió a la llamada que Perry Mason había hecho a Scott Shelby, solicitando de él una entrevista. A raíz de ella, Scott Shelby se había convertido súbitamente en otro individuo, al comprender, por primera vez, que la cesión que había hecho a Ellen no era una concesión caducada, sino, gracias a ciertas circunstancias, una propiedad de un valor positivo. A partir de entonces, había empezado a perfilarse su verdadero carácter.

Se volvió codicioso, pretendiendo hacerse de nuevo con la concesión. Había ensayado mil pretextos, pero Ellen supo mantenerse firme. Finalmente, llegaron a un acuerdo, mediante el cual Ellen Cushing figuraría en principio como copropietaria, siendo Shelby el que correría con las negociaciones, recibiendo a cambio de ellas el veinticinco por ciento de la suma.

En este punto, Shelby debió censurarse a sí mismo por dejar que aquel ventajoso negocio se le escurriera de las manos, poniendo de manifiesto la falsedad de su pretendido altruismo.

Hamilton Burger era un hombre lo bastante listo como para conceder a la testigo las máximas oportunidades, a fin de que ella

pudiese dar cuenta de todas aquellas charlas destinadas a poner el episodio de relieve ante el jurado. Después, presentó como pruebas el documento de la concesión petrolífera, la asignación de ella a Ellen Cushing y la declaración firmada por Shelby.

—¿Qué propósito se persigue con la exhibición de estos documentos? —preguntó el juez, mirando a Mason como si esperara alguna objeción de éste.

—Poner de manifiesto el móvil que pudo tener el asesino.

—No alcanzo a comprender cómo esto puede relacionarse con la acusada —dijo el juez.

—Destaca los motivos de que se celebrase esa reunión a bordo del yate —dijo Hamilton Burger.

—De acuerdo, pero lo que me gustaría saber es cómo tales documentos y el testimonio de la testigo pueden constituir inculpación para la acusada en el actual proceso.

—Perfectamente, señor juez —dijo Hamilton Burger—. A mi juicio, esto sólo es el antecedente de lo que más tarde se perfilará con toda claridad. Explicará las afirmaciones formuladas por la acusada. Ahora estimo conveniente considerar la tensa atmósfera que reinaba a bordo del yate.

—¿Por qué?

—Porque éste fue, precisamente, el escenario donde la acusada consideró oportuno actuar. Evidentemente, ella había proyectado el asesinato hacía tiempo y aguardaba el momento preciso. El designio de este testimonio es demostrar que esa oportunidad favorable se dio, como asimismo la amplitud que alcanzó dicha coyuntura. Esta oportunidad, por decirlo así, no podía dejar de ser aprovechada por la acusada, como efectivamente sucedió. Aún más, señor juez; no creo que haya objeción por parte de la defensa.

El juez Maxwell dirigió su mirada hacia Perry Mason.

—¿No hay objeción por su parte, señor Mason? ¿Estima correcto el interrogatorio?

—Sí, señor —replicó Mason—. Expónganse los hechos ante el jurado para que éste pueda hacerse cargo completo del asunto. Deseo que se diga todo.

—Exactamente, eso es lo que nos proponemos —respondió Hamilton Burger.

—Muy bien —exclamó el juez Maxwell—. Los documentos se

registrarán debidamente como pruebas. ¿Tiene muchas preguntas que formularle a la testigo, señor Burger? El Tribunal advierte que se aproxima la hora de la suspensión de la causa.

—Sólo unas cuantas más, si el Tribunal me lo permite.

—Perfectamente, continúe.

El fiscal se dirigió a la testigo, diciéndole:

—En este momento, usted y la defensa ocupan posiciones adversas en cierto asunto que le afecta en grado sumo. ¿No es así?

El juez Maxwell miró al fiscal.

—¿Qué objeto tiene esa pregunta? —le dijo.

—Deseo simplemente poner de manifiesto la predisposición de la testigo.

—¿Insinúa que la testigo está dispuesta en favor de la defensa?

—No, señor juez. Más bien en contra.

—Entonces creo que corresponde a la defensa misma poner de relieve esa circunstancia.

—No conozco ninguna disposición legal que dictamine tal cosa, señor juez —replicó Hamilton Burger—. La predisposición de un testigo es siempre un factor importante y puede ser revelado indistintamente por ambas partes. He sido acusado de tratar de suprimir algunas pruebas y deseo que no se silencien más hechos de esta naturaleza.

—La defensa puede señalar cualquier predisposición de un testigo, si así lo estima conveniente —insistió el juez Maxwell.

—Naturalmente, señor juez, pero no creo que exista disposición legal que estipule que los hechos de la causa favorables a la defensa puedan ser sólo revelados por ésta y no por la otra parte. Si tal es el pensamiento del Tribunal, desearía entonces que el jurado comprendiese que no puede haber censura posible contra el fiscal del distrito porque éste esperase a que la defensa pusiese de relieve ciertos hechos concernientes al proyectil desviado; mejor dicho, a la pretendida desviación del proyectil.

—La situación no es la misma —apreció el juez Maxwell—, ni creo que éste sea el momento oportuno para plantear de nuevo el incidente. En un caso, los hechos son conocidos de la defensa, que cuenta con la oportunidad de revelarlos, si así lo desea. En el otro, los hechos eran, al parecer, del dominio exclusivo de la acusación.

—No obstante, la defensa puso mucho interés en descubrirlos y

denunciarlos.

—De todas formas, la situación actual es muy distinta y no creo que haya una clara analogía.

—Insisto en que ante la ley es exactamente igual.

El juez Maxwell miró a Mason.

—¿Qué opina la defensa?

—Nada, señor juez.

—¿No objeta, pues, la pregunta?

—No, señor. Deseo simplemente que el registro hable por sí solo. Ni objeto ni tampoco consiento, señor juez. La dirección del interrogatorio de la testigo corresponde al Tribunal.

—Pero si una de las partes no presenta objeciones, el Tribunal es el llamado a formularlas.

—Señor juez —dijo Hamilton Burger—, me gustaría leerle al Tribunal un párrafo de la obra *Jones en evidencia*, segunda edición, página 1050, en donde el autor dice lo siguiente: «Siempre se revela competente demostrar que un testigo es hostil a la parte contraria por haberle amenazado con vengarse por existir entre ellos una querella. Un jurado siempre considerará con más rigidez la declaración de un testigo hostil que el de otro indiferente».

—No hay duda —convino el juez Maxwell—. Se trata de algo elemental, y el Tribunal no necesita ser instruido en este punto. Pero creo que se aparta de su objetivo.

—Si el Tribunal me autoriza para seguir leyendo —dijo Hamilton Burger—, creo que la cita aclarará el asunto.

—¡Continúe! —le dijo el juez, con impaciencia.

—El autor consigna después lo siguiente —anunció Hamilton Burger, leyendo a continuación con acento impresionante—: «Por ende, siempre se revela competente poner de manifiesto las relaciones existentes entre el testigo y la parte contraria, así como las existentes entre aquél y la parte por la cual ha sido convocado».

Terminada su lectura, Hamilton Burger ocupó su asiento.

—Permítame ver ese libro —le dijo el juez Maxwell.

El fiscal se alzó de nuevo y avanzó con el texto, mientras decía:

—Se trata, señor juez, de una antigua edición, pero que resulta muy adecuada en esta ocasión.

—Bien, bien —le atajó el juez—. *Jones en evidencia* siempre es una autoridad. A falta de objeción por parte de la defensa,

admitiremos las citas como prueba.

Hamilton Burger sonrió con aire triunfal.

—¡Responda a la pregunta, señora Lacey! —le dijo a la testigo.

—He demandado a los señores Perry Mason y Paul Drake, reclamándoles doscientos cincuenta mil dólares en concepto de difamación, por asegurar a la policía que en mi dormitorio había un hombre; más concretamente, que yo ocultaba a Scott Shelby, quien en realidad no había muerto, cuando la verdad era que no le había visto desde hacía doce horas antes de su fallecimiento.

—Puede usted interrogar —le dijo Burger, dirigiéndose a Mason con aire de triunfo.

—Perfectamente —exclamó Mason—. Con respecto a esta última parte del asunto, nuestra acusación se debió a que en el garaje de la testigo se encontró una manta y un par de zapatos de hombre empapados de agua. La policía debía investigar, para tratar de descubrir si algún hombre que hubiese permanecido en el agua podía haber viajado en aquel auto.

—Señor juez —intervino Hamilton Burger—, protesto de este interrogatorio, inadecuado a mi juicio. La defensa puede poner de manifiesto, si así lo desea, la predisposición de la testigo, pero éste no es el lugar indicado para aludir a los motivos de la demanda por difamación.

—No intento aludir a ello —replicó Mason—. Me limito a aclararle a la testigo los motivos de que yo informase a la policía y a enterarla de la naturaleza de dicha información. Lógicamente, no puede despertar tanto resentimiento una comunicación que se basaba en hechos concretos.

—He aquí uno de los peligros que intuía —intervino, irritado, el juez Maxwell—. El proceso tiende a desviarse de sus cauces naturales. He permitido que la acusación demostrara que un testigo convocado por ella estaba predispuesto contra la defensa. Ahora, la defensa ha quedado implícitamente autorizada para persistir en el tema con mayor insistencia que si hubiese sido únicamente ella quien hubiese puesto de relieve el hecho. En este último caso, si la testigo hubiese dado una respuesta reveladora de su predisposición, ahora no habría necesidad de más preguntas.

»Pero como ello ha sido puesto de relieve en el examen directo, ahora la defensa tiene el derecho de investigar más a fondo.

—Exactamente, señor juez —convino Mason—. He aquí el motivo de que no objetara la pregunta que planteó la acusación, aun estimándola nada procedente. De todas formas, si el Tribunal me concede otros cinco o diez minutos, creo que terminaremos con esta fase del examen.

—Muy bien.

—¿Puede usted responder a mi pregunta? —indagó Mason.

—Ignoro lo que usted pudo decirle a la policía —respondió Ellen Cushing.

—Sin embargo, en su demanda usted sostiene que lo sabe.

—Basándose en suposiciones y en informaciones ajenas —apuntó Hamilton Burger.

—La testigo sabe perfectamente que en su garaje se encontró una manta mojada.

—La utilizó para transportar hielo —replicó Burger, con irritación.

—¿Tendría inconveniente el señor fiscal en alzar su mano derecha? —preguntó Mason.

—¿Con qué objeto?

Mason sonrió.

—Si ha de declarar en lugar de la testigo, me gustaría verle prestar juramento.

Hubo algunas risas sofocadas, y el rostro de Hamilton Burger se tornó bermejo.

—¡Continúen, señores! —intervino el juez—. La defensa evitará las alusiones personales, a la vez que la testigo responderá a las preguntas que se le formulen sin necesidad de que intervenga la acusación.

—¿Estaba esa manta húmeda en su garaje? —preguntó Mason.

—Sí. Me sirvió para envolver hielo —contestó Ellen Cushing, con manifiesta irritación.

—¿Junto con un par de zapatos de hombre, también mojados?

—Pertenecían a mi marido. Creo que cualquier mujer tiene perfecto derecho a guardar en su garaje el calzado de su esposo, si así se le antoja.

—¿Estaba usted casada por esa fecha?

—No; contraje matrimonio cuatro días más tarde.

—Perfectamente. Admite, pues, que en un rincón de su garaje

fueron descubiertos una manta y un par de zapatos por la mañana que siguió al asesinato, ¿no es así?

Los miembros del jurado escuchaban con evidente atención; tal vez, incluso, con cierto recelo. Hamilton Burger se revolvió inquieto en su asiento, que lanzó un crujido de protesta. La testigo vaciló y el fiscal se alzó a medias, como si se dispusiese a hacer una objeción, para volver a su posición anterior, considerando tal vez inútil atajar la situación que se había planteado.

La testigo habló finalmente, con aire colérico:

—Si desea conocer simplemente los hechos, sin formular insinuaciones maliciosas, me declaro dispuesta a decir cuánto sé.

—¡Continúe! —la invitó Mason.

—¡Señor juez —protestó Burger—, opino que esto es impropio!

—No comparto su opinión —replicó el juez Maxwell—. La acusación pone de manifiesto su predisposición a la defensa con una testigo evidentemente hostil, no sólo desde el punto de vista técnico, podríamos decir, sino desde otro mucho más concreto. Considerando que la causa de esta hostilidad fue deliberadamente puesta de manifiesto por la acusación en el examen directo, no veo la razón que pueda coartar el interrogatorio de la defensa en este sentido.

—¡Gracias, señor juez! —dijo Mason—. Personalmente, tengo la seguridad de estar autorizado para referirme a los hechos puestos de relieve.

—Yo soy la única autorizada para ello —replicó la testigo—. Fui a una excursión campestre en compañía del hombre con quien me iba a casar. Salí con él poco después de las doce del mismo día en que tuvo lugar el crucero en el yate, y permanecimos ausentes hasta las cuatro o las cinco de la tarde. Por lo demás, puedo probar lo que digo con las fotografías que tomé en esa oportunidad.

—Me gustaría ver esas fotografías —declaró Mason.

—Si el Tribunal me permite… —intervino Hamilton Burger.

—¡Veamos esas fotografías! —le interrumpió, impaciente, el juez Maxwell—. Usted, señor Burger, ha dado origen a todo esto, y no entra en mis cálculos conducirme con la defensa en forma distinta a como me conduje con usted, mucho menos después del modo como deliberadamente usted motivó la situación. Continúe, y hagámonos cargo de todo el episodio.

Perry Mason cogió gravemente de manos de la testigo las fotografías que ésta le extendía.

—Puede usted ver ahí —señaló la testigo— cómo mi marido está de pie sobre una balsa. Al subirse y bajarse de ella, se mojó los zapatos. La balsa la habilitó él mismo con algunos palos y maderos viejos. Y aquí tiene la manta con el hielo. Transportamos el hielo con ella hasta el lugar en donde acampamos.

—¿Y por qué una manta?

—¿Ha intentado usted alguna vez transportar hielo con las manos desnudas, señor Mason? —preguntó con acritud Ellen Cushing.

Se percibió el murmullo de algunas leves risas, y Mason preguntó:

—¿Qué hizo después de la excursión?

—Permanecí con mi marido.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Hasta el momento en que tuve que dirigirme a la estación para recibir a mi madre, que estuvo a mi lado toda la noche.

Mason consultó el reloj.

—¿Desea el Tribunal que se suspenda la sesión hasta mañana?

El juez Maxwell hizo un ademán afirmativo. Se traslucía la irritación que experimentaba por la forma en que el fiscal del distrito había planteado la predisposición de la testigo, con ánimos de despertar las simpatías del jurado. Y asimismo por el modo con que Perry Mason había explotado aquella torpeza del fiscal. Declaró con grave acento:

—Se suspende la sesión. Mañana es sábado y reanudaremos la tarea el lunes, a las diez de la mañana. Los miembros del jurado permanecerán bajo la custodia del sheriff y no cambiarán impresiones entre sí ni permitirán que persona alguna discuta sobre la materia de este proceso en su ausencia, evitando expresar opinión alguna relativa a la culpabilidad o inocencia de la acusada, hasta que la causa les sea finalmente sometida.

El juez se puso de pie y se dirigió al interior. Burger se encaró con Mason.

—¿Satisfecho? —preguntó sarcásticamente.

Mason le dedicó media sonrisa.

—Siga abriendo puertas en la seguridad de que no rehusaré

entrar por ellas.

—¡Ya lo hago! —replicó airadamente Burger, alejándose a toda prisa.

Mason se aproximó al sheriff encargado de la vigilancia de Marion Shelby.

—¡Un momento, por favor! Desearía hacerle a mi defendida un par de preguntas.

El sheriff asintió, alejándose algunos pasos, y Mason se inclinó sobre su defendida, hablándole en voz baja.

—La respuesta a lo que le voy a preguntar es para mí de una gran importancia. ¿Está usted absolutamente segura de que era su marido el nombre que vio caer por la borda?

—Completamente.

—¿Le vio el rostro?

—Cuando caía, no; pero sí cuando ya estaba en el agua.

—¿Y tiene la absoluta certeza de que era su marido?

—Sí. Estoy completamente segura.

—¿Había luz suficiente para poder verlo con claridad?

—Sí.

—¿Oyó usted su voz?

—Sí.

—¿La voz de su marido?

—Sí.

—Fíjese ahora y respóndame con todo cuidado. ¿Vio con claridad cómo se movía su marido en el agua?

—Sí, se debatía en ella de una forma muy extraña.

—¿Se encontraba de espaldas o boca abajo?

—De espaldas.

—¿Entonces usted no podía verle la nuca?

—No, solamente el rostro.

—¿Y asegura que se movía?

—¡Claro que se movía! Llevaba a cabo movimientos con sus manos y piernas, forcejeando de un modo algo extraño, como si hubiese sido golpeado en la cabeza. Debió ser el golpe a que se ha aludido.

—¿Y no vio a nadie más en el agua?

—A nadie más.

—Pero en la proa del yate había un saledizo. ¿Podía usted ver lo

que había bajo la proa?

—No, creo que no. Mi marido fue arrastrado por la corriente bajo ese alero y se perdió de vista. Creí que reaparecería por el lado de estribor; al menos, parecía llevar esa dirección. Pero cuando llegué a estribor, él ya se había hundido por el otro lado.

—¿Y oyó usted el ruido de un disparo antes de poder llegar a la proa y mirar hacia el agua?

—Sí. El tiro sonó justamente a continuación de caer mi marido por la borda.

—¿Piensa que cayó por ella lanzado por alguien?

—Había algo muy extraño en su actitud. Daba la impresión de que alguien le estuviera tirando desde el agua. Forcejeaba con un adversario invisible al parecer.

—Sería una circunstancia a su favor, señora Shelby —le dijo Mason—, si la realidad fuese que su marido no daba la impresión de luchar cuando usted le vio en el agua, después de haber sido disparado ese balazo. A lo mejor, su esposo se mantenía sin hacer el menor movimiento, y debió ser la corriente la que agitaba sus brazos y piernas, haciéndole creer a usted que era él quien realizaba espontáneamente todos estos movimientos.

—Pues aquellos ademanes no eran normales. Estaba forcejeando; trataba de luchar.

—¿Comprende usted lo que significa el hecho de haber sido disparado con el revólver que usted llevaba el tiro que causó la muerte de su marido?

—Sí.

—Recapacite en ello —le dijo Mason—. Todavía tendrá algún tiempo antes de subir al estrado.

—¿Acaso desea usted que modifique mi declaración?

—Yo sólo deseo que usted diga la verdad; nada más. Ahora bien, si miente en algo, el embuste puede muy bien enviarla al patíbulo.

—No puedo cambiar mi declaración, porque sólo he dicho la verdad.

—En tal caso, nada tengo que añadir —replicó Mason—. Ahora, hablemos un poco más acerca de ese revólver. ¿Pertenecía a su marido?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hacía que lo tenía en su poder?

—No sabría decírselo. Lo tenía consigo desde que le conocí.

—¿Lo llevaba con él?

—Al principio, no; pero desde hace un par de meses, sí.

—¿Sabe usted el motivo?

—No.

—¿Se sentía receloso de alguna persona?

—Lo ignoro.

—¿Llevaba el revólver ese día, o sea, el doce?

—Sí. Cuando se acostaba vi que lo sacaba de un bolsillo de atrás del pantalón, guardándolo en la maleta.

Mason meditó por breves instantes, y le preguntó:

—¿Y fue él quien le pidió que sacara el revólver y se lo llevara cuando telefoneó?

—Sí.

—Usted debe de reconocer que si su esposo llevaba personalmente un revólver, ello significa que debía temer a alguien, ¿no es así?

—Probablemente. ¡Ah! Me olvidaba de otra cosa, señor Mason; mi marido disparó el revólver el día anterior; mejor dicho, dos días antes de emprender la excursión.

Los ojos de Mason revelaron el interés que había producido en su ánimo aquella declaración.

—¿Cómo lo sabe?

—El arma estaba descargada cuando la noche del diez, Scott la sacó de su bolsillo. Luego le vi abrir un cajón, sacar una caja de balas y cargarla.

—¿No le preguntó usted por qué hacía aquello?

—No; tenía por norma no pedirle jamás explicaciones.

Mason frunció el entrecejo.

—¿Supone, entonces, que estuvo ejercitándose?

—Creo que debió hacerlo, porque cuando cargó el revólver puso balas en todas las cámaras.

—Eso parece indicar que debió disparar un tiro. ¿Cuando usted cogió el revólver estaba vacío uno de los casquillos?

—Sí. Yo no lo sabía, pero la policía así lo asegura.

Mason guardó unos instantes de silencio antes de continuar diciendo:

—Quisiera saber algo más acerca de la vida de su marido, que

usted me hablase de sus amistades o enemistades.

—Lo siento, señor Mason, pero en ese sentido nada le puedo decir. No hacíamos vida de sociedad, y por otra parte, mi marido era muy reservado.

Se produjo otro nuevo silencio, y Marion Shelby le preguntó:

—¿Cómo ve usted la situación, señor Mason?

—Todavía no puedo decírselo.

La mujer rió nerviosamente.

—¿No puede o no quiere decírmelo?

—Sólo afirmaré que no se presenta muy favorable.

—Haga todo lo que pueda, señor Mason… ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! —respondió Mason.

Cogió su cartera y se marchó, sin volver la cabeza.

Capítulo 21

Perry Mason se paseaba sobre el alfombrado suelo de su despacho particular con ambas manos hundidas en los bolsillos y la cabeza ligeramente inclinada.

Della Street esperaba pacientemente, sentada ante su mesa, con un cuaderno taquigráfico preparado. La página aparecía medio cubierta de signos, y la joven mantenía el lápiz en alto, en espera de que su jefe prosiguiese el dictado.

Paul Drake, que había adoptado su postura favorita en el amplio sillón de cuero, aparecía con las piernas colgando sobre uno de los brazos, mientras su espalda descansaba en el otro.

De vez en cuando, Mason hacía comentarios, sin interrumpir sus metódicos paseos.

—Lo mejor será que renuncies, Perry —le dijo Paul Drake—. De nada servirá intentar meter la cabeza por un muro de piedra. No hay solución posible: Marion Shelby es culpable.

—Trato de hilvanar una teoría; en cierto modo, una teoría fantástica, pero…

—Una teoría que de nada servirá —le interrumpió Drake—. Ahora, permíteme que te hable algo que tú sabes muy bien, pero que pareces haber olvidado. Procura que Marion Shelby permanezca en silencio, porque, de otro modo, el fiscal Burger te convertirá en picadillo. Si accedes a que suba al estrado de los testigos, ella y tú os convertiréis en el hazmerreír de la ciudad y Burger obtendrá una convicción de homicidio en primer grado.

—Lo sé —replicó Mason—, pero hoy es viernes y tengo todo el fin de semana para…

El teléfono sonó en aquel instante interrumpiendo sus palabras. Mason torció el gesto y le dijo a su secretaria:

—Ve quién llama…

—¡Diga! —habló Della por el auricular—. Sí, sí… Muy bien —se dirigió a su jefe para comunicarle—: Es la directora de la cárcel. Marion Shelby quiere hablar contigo y la dirección le autoriza a ello.

—¡Perfectamente! —Mason cogió seguidamente el receptor—. ¡Dígame, señora Shelby!

Marion Shelby daba la impresión de haber estado llorando, a juzgar por el tono alterado de su voz.

—Señor Mason, es usted magnífico; se ha portado muy bien conmigo; temo, incluso, que se haya portado demasiado bien en un asunto como éste, y deseo evitarle más molestias personales. He decidido relevarlo de toda responsabilidad.

—¿Quiere insinuar que desea que cese de representarla?

—Justamente.

—¿Se propone, acaso, presentarse sola ante el Tribunal?

—No; tendré otro abogado, uno que…, uno que está especializado en estas causas. Se trata de un abogado que el señor Lawton Keller me ha recomendado. Él hablará con usted. En este instante se dirige a su despacho. Le explicará todo el asunto. Yo le telefoneo ahora para librarle de toda responsabilidad. Usted sabrá perdonarme, pero en mi situación necesito un abogado que me ofrezca las máximas garantías.

—¿De modo que me despide? —dijo Mason.

—No es exactamente eso; más bien que deseo librarle de este enojoso asunto. Usted consentirá en ello, ¿verdad?

—¡Naturalmente! —exclamó Mason, colgando violentamente el auricular.

—¿Qué ha pasado? —indagó Della Street, con manifiesta ansiedad.

—Marion Shelby me despide —explicó Mason—. Lawton Keller ha hablado con ella, convenciéndola de que debe tomar otro abogado, alguien que, según sus propias palabras, esté especializado en estas causas.

Della Street se apresuró a abrazar alborozadamente a su jefe.

—¡Oh, qué contenta estoy!

—Después de todo —intervino Paul—, estamos de suerte, aunque ello signifique un fracaso.

—Esto me coloca en una situación humillante —exclamó Mason,

colérico—. Intentan deshacerse tranquilamente de mí pero…

—¡Tranquilízate, Perry! —le aconsejó Drake—. Tú ya hiciste todo lo que estaba en tus manos. Llevaste a cabo una hábil tarea al interrogar a los testigos y nadie puede hacer el menor reproche a tu actuación. No contabas con el menor apoyo para la defensa y te aprovechaste muy inteligentemente de las únicas posibilidades, durante el interrogatorio de los testigos. Ahora entra en acción el señor Keller, uno de esos sabelotodo que tanto abundan y tú quedas con las manos libres. ¿Qué más puedes desear? En esta situación podemos ya arreglarnos con Ellen Cushing y pasar la esponja por la pizarra.

—¡Vete al demonio con tus consejos! —le dijo Mason con acento de cólera—. Ahora vámonos a comer.

—¡Ya era hora! —exclamó Della Street—. Tengo un apetito feroz.

Mientras se colocaba el sombrero, Mason se dirigió a Della, diciéndole:

—Mañana tomaremos la declaración de Ellen Cushing. Tengo una entrevista con su abogado, ese viejo trapisondista de Attica.

Se disponía a colocarse el abrigo, cuando alguien llamó a la puerta.

—Vea quién es, y dígale que vuelva para la próxima Navidad.

Della Street habló a través de la puerta.

—La oficina ya está cerrada —dijo.

—Permítame pasar, soy Lawton Keller y quisiera hablar con el señor Mason.

—Muy bien —dijo Mason, mirando a Drake—; esto puede ser interesante. Aclaremos de una vez la situación. Haz pasar a ese señor, Della.

Lawton Keller penetró en el despacho con todo el aire de sentirse plenamente satisfecho de sí mismo.

—¡Buenas tardes, señores! —saludó sonoramente, dirigiéndose, acto seguido, a un sillón, con intención de sentarse.

Mason, que permanecía de pie junto a su mesa escritorio le advirtió:

—Tenemos que ser breves, señor Keller, porque tengo que salir.

—Lo seremos —le contestó Keller.

—Sí, lo supongo.

—Usted es un abogado muy hábil, señor Mason.

—Gracias.

—Es más, en cierto tipo de asuntos es usted imbatible.

—No puede imaginarse lo que le agradezco el alto concepto que tiene de mí.

—¡Oh! No tiene que agradecerme nada; es un simple reconocimiento de la realidad; pero este caso concreto es algo distinto de los que usted se encarga habitualmente. He convenido con la señora Shelby designar para sustituirle a un abogado amigo mío muy ducho en estas cuestiones. Ha estudiado los antecedentes a conciencia, y opina que usted es un excelente abogado para defender a un inocente, pero cuando la cosa es distinta… Creo que me comprenderá usted.

—¿Quién es ese abogado? —preguntó Mason.

—El señor Attica, de «Attica, Hoxie y Meade».

Drake emitió un prolongado silbido.

—¿Le conoce? —le preguntó Keller—. Se trata de un individuo muy inteligente.

—Se trata de un trapisondista —rectificó Drake—. Su talento lo emplea para crearse una gran publicidad entre los posibles clientes.

—Es un tipo que apesta —opinó Mason.

—Bueno, señor Mason, dejemos eso a un lado. Apelo a su concepto del deber y de la corrección.

—¿Qué desea usted? —le preguntó ceñudamente Mason.

—Le explicaré lo ocurrido —anunció Lawton Keller, sacándose de la boca el puro que fumaba y accionando con él—. Por lo visto, este Scott Shelby era una especie de libertino. Cortejaba a medio mundo. Bien; no habría que censurarlo de todos modos, ya que todo el mundo tiene sus defectos, pero es que, además, Scott Shelby gustaba de los procedimientos tortuosos. Acostumbraba, como posiblemente sabrá usted, a engañar a quienes creían en su buena fe. ¿Me comprende?

—¡Continúe! —le animó Mason.

—Pues bien; aquella noche, en el yate, su mujer, que ya estaba hasta la coronilla de los manejos del esposo, decidió obtener el divorcio. Naturalmente, para esto se necesita alguna prueba y, como es lógico, aquel individuo no iba a llevar a sus amantes hasta el mismo dormitorio conyugal. La mujer, pues, necesitaba hacerse

con la prueba convincente. ¿Me comprende?

—Le comprendo —replicó Mason, con frialdad.

—Ella despertó aquella noche y vio que su maridito se había ausentado del camarote. Se imaginó entonces que habría emprendido alguna expedición amatoria. Vio el arma en la maleta y, sin pararse a reflexionar, la cogió…

—¡Permítame terminar por usted! —le dijo Mason con acento burlón—. La señora Shelby se apresuró a subir a cubierta, medio enloquecida por los celos, sin pensar en que estaba medio desnuda. No nos olvidemos de que estaba durmiendo y de que, cuando medio despertó, comprobó la ausencia del infiel. En aquel estado, entre el sueño y la vigilia, corrió por el yate buscándole, temiéndose una nueva infidelidad.

—Veo que se hace usted cargo del asunto —le dijo Lawton en tono admirativo—. Ésta fue justamente la situación.

—¡Gracias! Continuaré: Una vez en la proa del yate encontró al casquivano estrechamente abrazado a otra mujer. Al verse sorprendido, el marido le reprochó su intrusión, la trató del modo más infame, y, por último, le preguntó airadamente qué demonios pretendía al andar siguiéndole a todas horas.

Lawton Keller asintió con un ademán, y Mason continuó con acento melodramático:

—La pobre mujer, que se sentía ultrajada, estaba fuera de sí y, además, no despierta del todo. Abrumada por la desilusión, rompió a llorar desconsoladamente. Entonces, el perverso marido la cogió rudamente por los hombros y la abofeteó con inaudita crueldad, ordenándole regresar en el acto al camarote, de donde no debía haberse movido. Pero las brutales bofetadas sirvieron de algo. La señora Shelby se despejó por completo y una vez en plena lucidez, le dijo que iba a solicitar el divorcio. Entonces el marido reaccionó y, ciego de cólera, intentó arrojarla por la borda. Marion se resistió vigorosamente, tratando de despertar la compasión del miserable, pero no pudo hablar, por cuanto la mano de él la asía brutalmente por la garganta. Cuando estaba a punto de perder el equilibrio, logra agarrarse al marido, arrastrándole en su caída. Pero Shelby tropezó con un cabo, y en vez de caer sobre cubierta, dio una voltereta y se precipitó por la borda. Cuando iniciaba la caída, logró asir convulsivamente el brazo de su mujer, con el evidente designio

de arrebatarle el revólver. En aquel preciso instante, cuando ella trataba de librarse de las garras de su marido, se escuchó una detonación. La mujer no se dio cuenta de que el estampido provenía del arma que estaba en su propia mano, suponiendo que fuera otro el que había disparado. Sólo más tarde comprobó que el arma había sido disparada, al parecer sin intervención extraña, o tal vez que cuando forcejeaba con ella, su esposo asió el revólver que se disparó sin que ella se diese cuenta. El proyectil dio contra algún objeto y después, al desviarse, fue cuando debió herir al hombre. El señor Shelby, por lo tanto, se mató con su propia mano, víctima de su cólera y en unas circunstancias que parecen dibujarse dispuestas por la providencia justiciera. No fue, pues, un asesinato, ni siquiera un caso de propia defensa. Marion Shelby, esa desdichada dama soñolienta, no mató a su marido. Él mismo se aplicó, involuntariamente, el merecido castigo.

Cuando Mason terminó el relato, los ojos de Lawton Keller aparecían abiertos de par en par.

—¡Cielos! —exclamó—. Lo hace usted mejor que… En realidad, no creo que ahora necesite abandonar esta causa.

—¡Claro que lo necesito! —gritó Mason, con indignación—. Necesito zafarme de todo este asunto y que usted se vaya al mismísimo infierno. ¿Me oye?

Al tiempo que hacía su pregunta se abalanzaba sobre Keller, a quien zarandeó cogiéndole por las solapas.

—Pero, ¿qué diablos le pasa, señor Mason? —exclamó el sorprendido Keller—. Le he dicho que podemos terminar entendiéndonos. Yo estoy interesado con la señora Shelby, porque…

Della Street cruzó la mirada con la de su jefe y éste asintió con un gesto. Entonces la secretaria abrió la puerta y Mason, sin soltar a Lawton Keller, le arrastró hasta el umbral y, de un empujón, le puso afuera. Hecho esto, cerró la puerta con llave, se frotó las manos y dijo:

—¡Creo que me he ganado una copa!

Se dirigió a un armario, del que extrajo una botella de whisky y tres vasos. Paul Drake le contemplaba con admiración.

—¡Caramba! Jamás vi nada mejor…

—¿Te refieres al hecho de expulsar del despacho a esa rata? —preguntó Mason, destapando la botella.

—No es eso —exclamó Drake—. Me refiero a tu versión de lo sucedido. ¿Por qué diablos no te encargas ahora de su defensa y la sacas libre del Tribunal?

—¿Quieres tú también salir? —replicó Mason, mientras llenaba los vasos.

—Lo único que deseo es que no dejes de servirme whisky.

Capítulo 22

Aquella mañana del sábado, Mason entró en su despacho con el sombrero echado hacia atrás y aire satisfecho.

—¡Buenos días, Della! ¿Algo nuevo?

—La declaración de Ellen Cushing Lacey está fijada para las diez.

—Es verdad; tienes razón.

—El actuario del Tribunal estará presente. Tenemos a un notario, que podrá venir a tomar juramento de la testigo cuando lo deseemos.

—¿Sabes algo de Paul Drake?

—Temo que haya pasado una mala noche. Habló por teléfono con la chica, intentando, después, llegar a un acuerdo con el granuja de su abogado.

—¿Qué le dijo?

—Que el único acuerdo posible sería desembolsar doscientos cincuenta mil dólares. Después de informar de eso, colgó el auricular.

—No me extraña —opinó Mason con las cejas fruncidas—. El hombre se encuentra ahora en espléndida posición, como representante al mismo tiempo de Ellen Lacey en su demanda y de Marion Shelby en la causa por homicidio. Una respaldará la otra. El lunes presentará a Scott Shelby como el tipo más indeseable del Estado.

Sonó en aquel instante el teléfono y Della cogió el auricular.

—¡Es Paul! —le anunció a su jefe—. En este instante, acaba de llegar a su despacho.

Mason se hizo cargo del teléfono.

—¡Hola, Paul!

—¡Hola, Perry! ¿Alguna novedad?

—Conforme a lo convenido, esta mañana a las diez tomamos declaración a Ellen Cushing.

—¿Eh?

—¿Acaso te has olvidado?

—Es difícil que me olvide de eso. Es más, he tratado de conseguirlo bebiéndome unas copas sin el menor resultado.

Mason le dijo:

—Según parece, Paul, hay un par de periodistas amigos tuyos que te han ayudado a veces, ¿no?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Se me ocurre que esta declaración de Ellen Cushing Lacey quizá sea una buena noticia. Tal vez le pueda interesar a alguno de esos amigos tuyos.

—Tienes mucha razón, Perry. No había pensado en ello.

—Bueno, pues avisa a tus amigos y tráetelos. Es una oportunidad que no despreciarán.

—La cita es para las diez, ¿no?

—Justamente.

—Les avisaré por teléfono.

Mason colgó el auricular. Se había vuelto hacia Della Street para decirle algo, cuando se abrió la puerta y apareció Gertie.

—¡Buenos días, señor Mason! El señor Attica, de la firma «Attica, Noxie y Meade», acaba de llegar para la declaración.

—Pero ésta no tendrá lugar hasta las diez —respondió Mason.

—El señor Attica me ha dicho que se ha anticipado algo porque quería hablar con usted.

—Bien. Hágale pasar.

George Attica era un individuo algo cargado de hombros, de elevada estatura y unos ojos grises que parecían servirle perfectamente para guardar todos sus pensamientos. Bordeaba, al parecer, los cincuenta años y poseía una voz de tono grave y de persuasivos efectos, que explotaba ventajosamente. De cerebro naturalmente despierto, eran muy pocas las triquiñuelas de su profesión que no conociese a fondo. Se presentó diciendo:

—Creo que anoche, cuando hablé con el señor Paul Drake, perdí en cierto modo los estribos.

—No tiene importancia —le dijo Mason—. Tome asiento, por favor.

Attica se instaló en el sillón, miró a Della Street y carraspeó significativamente:

—Esta señorita es mi secretaria —le informó Mason—. Puede hablar con entera libertad.

—No dispongo de mucho tiempo —le dijo Attica—, y hay algunas cosas que quisiera tratar con usted antes de la llegada de mi cliente.

—Ignoro de qué pueda tratarse.

—Me propongo informar a la prensa de ciertos hechos para que sean publicados en los diarios del domingo. Es algo verdaderamente dramático, que conmoverá a cuantas mujeres lo lean.

—¡Caramba! —exclamó Mason por único comentario.

—La historia profundiza en ciertos aspectos de la vida conyugal, especialmente en cuanto afecta a una mujer que se ha casado, dedicándose por entero al hombre que prometió amarla y protegerla hasta la muerte.

—Bien. ¿Qué más?

—Aludo a cierta dama con la cual usted tiene cierta relación profesional.

—¿Eh?

—Me refiero a Marion Shelby. La verdad es que ella le mintió y que usted está en pleno derecho al reprocharle la falsía. En descargo suyo hay que decir que se trata de una mujer joven, con poca experiencia, y presa del miedo. No comprendió que la verdad era su mejor arma, su única arma; creyó que, contando lo ocurrido, todo el mundo la acusaría, cuando, en realidad, sólo la verdad podía salvarla, como así expresaré ante el jurado.

—Muy interesante —le dijo Mason—. Pero no vale la pena que pierda el tiempo conmigo. ¿Por qué no reserva sus argumentaciones para el jurado?

—Porque en torno de este asunto va a haber un gran derroche de publicidad. Hasta ahora todo el mundo cree que se trata de un caso de homicidio, pero cuando se sepa toda la verdad, la señora Shelby se convertirá en el centro de todas las miradas, sobre todo por parte de las representantes de su sexo, que verán en ella un ejemplo de los peligros que, en el seno de la vida conyugal, acechan a muchas mujeres. Ahora bien, se me ha ocurrido que aquí hay una oportunidad muy favorable para que usted realce su prestigio, señor

Mason. Si deja vislumbrar que deliberadamente maniobró para situar al fiscal del distrito en posición desventajosa, manteniendo en reserva esta historia, con la finalidad de revelarla en el momento oportuno, creo…

—Vayamos al grano —le interrumpió Mason—. ¿Pretende acaso que yo respalde su historia?

—No niego que ése sea mi deseo.

Mason le dijo, después de meditar por breves instantes:

—Mire usted, señor Attica: no veo de qué modo podría poner de manifiesto la falsedad o veracidad de su versión, sin traicionar la confianza que en mí ha depositado cierta cliente, cosa que, en modo alguno, pienso hacer. Siempre tuve por norma no informar a nadie de lo que un cliente me pudo decir o no.

El rostro de Attica resplandeció. Al menos, eso pretendió hacer ver.

—Una conducta satisfactoria, señor Mason, realmente muy satisfactoria. Y ahora pasemos a otro asunto, tratando de llegar a un acuerdo razonable respecto a la querella entablada contra usted y el señor Drake por mi cliente Ellen Lacey. Creo que mediante el pago de cierta cantidad, mi cliente se declararía dispuesta a retirar la demanda.

—¿Qué suma?

—Como comprenderá, este aspecto económico es para ella algo secundario. Se trata más bien de salir en defensa de su honorabilidad de mujer.

—¿Cuánto?

—Perfectamente, señor Mason: creo que doscientos cincuenta dólares serían suficientes para cubrir los gastos hechos. Usted comprenderá que el buen nombre de la señora Lacey ha sido puesto en entredicho, y, al mismo tiempo, la ventaja que supone la suspensión de la querella, medida que indiferentemente afectaría al librarle a usted de este enredo, al fiscal del distrito. Bueno; usted sabe de sobra las ventajas que de ello se derivarían y no necesito ilustrarle. Por otra parte, podría alzarse una gran publicidad en torno de este asunto, que a usted no le sería nada provechosa.

Mason le preguntó.

—¿Favorecería usted a un cliente en perjuicio de otro?

—¡De ninguna forma!

—¿Asegura que la señora Lacey se allanaría a retirar la denuncia por doscientos cincuenta dólares?

—Aunque no me lo ha dicho, así me inclino a suponer, si se lo aconsejo.

—¿Y se lo aconsejaría usted?

—¿Qué razón me impediría no hacerlo?

—La mejor razón que encuentro en este momento —le dijo Mason—, es que yo no pienso pagarle ni un centavo.

—¡Pero eso es absurdo! —exclamó Attica—. Sólo se trata de los simples gastos ocasionados por la causa. Piense, señor Mason, que a usted sólo le correspondería pagar ciento veinticinco y los restantes al señor Drake.

Mason se limitó a consultar su reloj.

—Ya son cerca de las diez. ¿Piensa venir su cliente?

—No habrá ninguna necesidad de ello, si llegamos a un acuerdo.

—Le repito que, por lo que a mí respecta, no llegaremos al menor acuerdo.

—¡Caramba, me asombra usted, señor Mason! El señor Drake me dio a entender anoche que él, particularmente, estaría dispuesto a aceptar un arreglo a cambio de mil dólares.

—¡Que lo haga así, si le parece!

—¿Y si él lo pagara todo?

—Pues que la querellante renuncie a la demanda si así le place. Pero, le repito, que yo no pienso pagar un solo centavo, ni puedo hacer a la prensa declaración alguna sobre lo que Marion Shelby me confió o no, ya que ello equivaldría a traicionar la confianza que en mí depositó una cliente. Ahora, le vuelvo a repetir que son las diez y que puede hacer pasar a su cliente.

—Pero, señor Mason, ¿por qué es usted tan testarudo?

—¡Son las diez! —repitió Mason—. ¿Pasa o no pasa su cliente?

—¡Perfectamente! —respondió Attica, poniéndose de pie—. Se hará como usted lo desea, y descubrirá que no tenemos la menor necesidad de su colaboración, Perry Mason. Dicho sea de paso, no precisaremos esforzarnos mucho para que su prestigio se resienta en este caso. Incluso se rumorea que la defensa de Marion Shelby ha sido llevada de un modo poco hábil.

—¡Me importan un comino todos los rumores! —le dijo Mason.

Attica asumió un aire digno y preguntó:

—¿Dónde desea que se tome la declaración?

—En mi biblioteca —respondió Mason.

Salió del despacho el visitante, y Della Street marchó a su oficina al cabo de pocos minutos.

—¡Todo listo, jefe!

—¿Ha llegado Drake?

—Todavía no.

—¿Y la cliente de Attica?

—Tampoco. El hombre está aguardándola, y, según él llegará de un momento a otro. Le advirtió que se encontrase aquí a las diez. Por lo visto, Attica confiaba en que no habría necesidad de hacerla venir.

—¡Nada me importa lo que él piense! Avísame apenas lleguen la cliente de Attica y Paul Drake.

Della Street asintió y marchó hacia la biblioteca. Mason percibió el ruido de las sillas que anunciaba los últimos preparativos para la declaración de Ellen Cushing Lacey.

Serían las diez y diecisiete cuando Drake llegó en compañía de «dos amigos» que no fueron presentados y que se instalaron en un rincón.

A las diez y veinte volvió a penetrar Della en el despacho.

—¿Crees que vendrá esa mujer, jefe?

—Se había convenido que se encontraría aquí a las diez en punto —dijo Mason—. En caso que se retrase más, le diré a Attica que trate de localizarla.

—Creo que está telefoneando… ¿Qué ocurrió, jefe? Pareces muy satisfecho. ¿Has descubierto algo nuevo?

Mason desplegó el diario de la mañana y le señaló una foto que aparecía en la página ilustrada.

—¿Has visto esto?

—No. ¿De qué se trata?

—¡Espléndido material! —comentó Mason y después leyó la frase que figuraba en el encabezamiento de la foto—: «Fotografía de la excursión campestre tomada con cámara Kodak de disparador automático, que figurará como prueba en la querella por un cuarto de millón de dólares. En ella aparecen Ellen Cushing, hoy esposa del señor Arthur Lacey, en compañía de éste, en el curso de la famosa excursión que ha sido citada como prueba, en la querella por

difamación entablada contra el conocido abogado Perry Mason y el detective privado Paul Drake».

—¿Y qué deduces de ello? —preguntó Della Street.

—Admiro la excelencia de la foto y su composición. El hombre aparece de pie sobre la balsa. Entretanto, la muchacha dispone los platos sobre la hierba. Cerca de ella aparece un bloque de hielo sobre una manta.

—Bueno, pero…

—¡Hermoso efecto de nubes! —alabó Mason—. Fíjate en el contraste de luz y sombra que ofrece. Una fotografía de mérito indudable. Podría ser usada para propaganda de alguna casa de aparatos fotográficos.

—¿Qué te propones insinuar, jefe?

Mason hizo un gesto indefinible y dijo:

—Las nubes siempre han despertado mi más vivo interés.

—No alcanzo a comprender…

Se abrió la puerta y apareció Gertie.

—La señora Lacey ya está aquí —anunció—. El señor Attica me encargó que le avisase. Dice que si desea usted verle primero.

Mason recortó la fotografía con ayuda de un cortaplumas y la guardó en un bolsillo.

—Dígale a Attica que no deseo tal cosa. Y ahora vamos, Della.

Cuando Mason penetró en la biblioteca, Ellen Cushing, que vestía traje azul y sombrero negro y que llevaba los ojos cubiertos por unas gafas oscuras, miró fríamente al abogado.

—Todo está ya listo —le dijo Attica— y podemos empezar cuando guste. Es la hora señalada de mutuo acuerdo para la declaración de Ellen Cushing Lacey, en la causa «Cushing contra Perry Mason y Paul Drake».

—¡Muy bien! —aprobó el abogado—. Esta declaración es tomada dando cumplimiento a lo que dispone el Código Civil, según el cual estoy en mi derecho de tomar declaración a la parte contraria, sin verme obligado por las respuestas.

—Muy bien; puede empezar a formular sus preguntas —le indicó Attica.

—Que la testigo preste juramento.

El notario público tomó el juramento de rigor y se retiró, diciendo:

—Regresaré cuando la declaración haya terminado.

Mason dirigió una mirada a Paul Drake y a los dos periodistas, que trataban de pasar inadvertidos en lo posible. Seguidamente, se encaró con la mujer:

—Señora Lacey, usted ha presentado una querella contra el señor Drake por difamación.

—En efecto.

—¿La fundamenta en la circunstancia de que nosotros hayamos podido decir algo a la policía sobre la manta y el par de zapatos mojados?

—En eso y, además, en el hecho de que ustedes informaron que yo ocultaba a Scott Shelby, que él no había muerto y que yo tomaba parte en una especie de mascarada, con el designio de hacerle ver a la policía que no había tal fallecimiento y que yo había escondido a un hombre en mi dormitorio durante toda la noche.

—¿Explicó usted que la manta la utilizó para acarrear hielo?

—Sí. ¿Es que tendré que repetirlo nuevamente?

—No hará falta, si reconoce que lo que sobre este punto declaró ayer ante el Tribunal es sustancialmente lo ocurrido.

—En efecto; así es.

—Ahora quiero que vea una fotografía que he recortado de un diario y que se aduce en apoyo de su relato. Le ruego que la examine y me diga si se adapta a la realidad de los hechos.

—Ya la he visto. Se adapta por completo.

—A fin de ahorrar tiempo, me agradaría presentarla como prueba.

—Está usted en su derecho —le dijo Attica.

—Entonces, que quede agregada a la declaración —dijo Mason, entregándosela al actuario del Tribunal, que tomaba taquigráficamente las preguntas y respuestas—. Usted, señora Lacey, me dijo que el hombre que actualmente es su esposo solicitó su mano el mismo día en que Scott Shelby fue asesinado. ¿No es así?

—Sí, señor.

—¿A qué hora le hizo tal proposición?

—A las once y media de la mañana, aproximadamente.

—¿Qué hicieron después de eso?

—Ya se lo he explicado.

—¿Tendría inconveniente en repetirlo?

—Decidimos salir al campo, y nos dirigimos a un lugar al borde de un lago. Por si desea conocer el sitio le diré que se trata de una propiedad de cuatrocientos acres, con un hermoso lago y arboleda; un sitio ideal para acampar. Yo corría con la venta de esa finca, que me encantó desde el primer instante que la vi. No tenía el dinero necesario para adquirirla por mi cuenta, pero me agradaba mucho. Una vez allí, me senté a la orilla del lago y esperé a que Arthur se me declarara.

—Ustedes se dedicaron a comprar varias cosas en una tienda de ultramarinos, ¿no?

—Yo contribuí con algo y Arthur fue a una tienda.

—Según creo, todo eso ocurría el mismo día en que Scott Shelby fue asesinado.

—Justamente.

—¿No volvió a ver al señor Shelby desde el momento en que salió usted a esa excursión?

—No, señor. Desde las once de la mañana no volví a verle. Cuando logré verle, al pedírseme que identificara su cadáver, estaba en la «Morgue».

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Usted aportó a la excursión algunos bocadillos, no es eso?

—Sí.

—¿Mientras el señor Lacey se dirigía a la tienda con objeto de adquirir algunos artículos más?

—En efecto.

—También adquirieron cerveza y, dándose cuenta a mitad del camino de que no llevaban hielo, adquirieron este artículo que envolvieron en la manta con la finalidad de conservarlo, ¿no es así?

—Justamente. ¿Pero cuántas veces tendré necesidad de repetirlo?

—En los diarios de hoy aparece una fotografía que muestra a ustedes dos en el curso de la excursión. ¿Quién proporcionó a la prensa esa fotografía?

—Yo.

—¿La tomó usted misma?

—Sí. Disponía la máquina de disparador automático, lo que me dio tiempo para colocarme yo frente a ella.

—¿Fue tomada el jueves, doce?

—Sí, el jueves, doce.

—¿A qué hora?

—Por la tarde, sobre las tres o las cuatro.

—¿Después de haber almorzado?

—Sí, después.

—¿A qué hora llegaron ustedes a ese sitio junto al lago?

—Creo que entre una y media y dos de la tarde.

—¿Y a qué hora almorzaron?

—Casi inmediatamente después de nuestra llegada.

—¿Y la manta, que estaba en el garaje, se mojó a causa del hielo que ustedes pusieron en ella?

—Sí.

—¿Y los zapatos del señor Lacey al intentar éste jugar sobre la balsa?

—Sí.

—¿A qué hora regresaron?

—Estuvimos allí hasta después de las cinco. Después, nos apresuramos para ir a buscar a mi madre.

—Según tengo entendido, el señor Lacey la acompañó a la estación.

—Así fue, en efecto; pero el tren venía con retraso, y él no pudo esperar más.

—¿Fue a su casa el señor Lacey a la mañana siguiente para preparar el desayuno y poder ver a su madre?

—Sí.

—¿Es, acaso, un buen cocinero?

—Hace tiempo que gana bastante como jefe de cocina.

—Cuando el señor Lacey supo que el tren venía con retraso y declaró no poder esperar la llegada de su madre, ¿es que tenía alguna cita importante?

—Señor Mason, eso se lo he explicado mil veces.

—En la estación había una amiga que les llevó a casa a usted y a su madre, ¿no es así?

—Sí.

—En tal caso, el señor Lacey debió haberse llevado su automóvil, ¿no?

—Sí, me lo pidió prestado.

—Señora Lacey, ¿por qué usa gafas negras? ¿Le molesta la vista?
—Me gusta llevarlas.
—¿Tiene la vista débil?
—No.
—¿Es, pues, normal su visión?
—Sí.
—Entonces, ¿tendrá alguna otra razón para usar esas gafas?
—El resplandor de la luz me molesta.
—Pero aquí la luz no es muy intensa.
—Bueno; también me agrada llevarlas como un adorno más.
—Supongo —intervino Attica con sarcasmo— que no entrará en su ánimo hacer crítica de cómo viste mi cliente. Esas gafas negras vienen a ser un detalle más de su indumentaria.
—Trataba simplemente de averiguar por qué las usa.
—Bien, pues ya lo sabe —le dijo Ellen Lacey.
—Señora Lacey, quisiera que usted mirase bien esta fotografía, y no me gustaría que después argumentara que las gafas oscuras le impidiesen ver algún detalle. ¿Tendría inconveniente en quitárselas?
—Veo la foto con absoluta claridad y, además, me la conozco de memoria.
—Esta fotografía muestra la presencia de ustedes dos en el lugar donde acamparon a eso de las cuatro de la tarde, unas dos o tres horas después de haber almorzado. ¿Es así?
—Sí.
—También muestra el hielo sobre la manta.
—En efecto.
—¿Por qué adquirieron el hielo?
—Porque llevábamos cerveza y quisimos refrescarla.
—¿No rompieron el bloque en trozos, que después echaron en los vasos?
—No. Preferimos enfriar simplemente las cervezas.
—¿De qué modo?
—Pues… cavamos en el suelo un pequeño hoyo, metimos dentro el hielo y entre él las cervezas que…
—¿Que después se bebieron durante la comida?
—Eso es —se apresuró a confirmar la testigo.
—Perdón. La fotografía muestra un bloque de hielo como de

unas veinticinco libras sobre la manta.

Ellen se mordió súbitamente los labios y Mason prosiguió:

—Veamos, señora Lacey, ¿qué ocurrió con el hielo?

—Bueno, ese hielo de la manta fue el que sobró después de enfriar la cerveza.

—Entonces, el señor Lacey debió adquirir como unas cincuenta libras de hielo para enfriar las botellas de cerveza. ¿No le parece?

—Arthur la quería bien fría.

—¿Y qué objeto tenía entonces economizar el hielo que aparece sobre la manta?

—Pues… creíamos que tal vez pudiésemos necesitarlo más tarde. En aquel momento, la cerveza ya había sido enfriada.

—¿Quiere insinuar que una vez enfriada la cerveza sacaron el hielo que habían metido en el hoyo para volverlo a colocar sobre la manta?

—Sí. Creo que Art fue quien se encargó de ello.

—¿No está situado el lago a unas doscientas yardas de distancia de las ruinas de la antigua casa que hay en la finca?

—Sí.

—¿Pudieron llegar en automóvil hasta el lago o tuvieron que caminar a pie?

—Tuvimos que caminar a pie unas doscientas yardas aproximadamente.

—¿Y el señor Lacey llevaba a cuestas cincuenta libras de hielo?

—El hielo, envuelto en la manta, se lo cargó Art al hombro.

—¿Se echó, pues, encima cincuenta libras de hielo, que transportó hasta el borde del lago?

—Efectivamente.

—El sobrante parece ser de unas veinticinco libras, ¿no es así, señora Lacey?

—Creo que sí.

—Ahora creo recordar que ustedes adquirieron hielo entre once y media y doce, en tanto que la fotografía fue tomada a eso de las cuatro. Ese día fue bastante caluroso, ¿no?

—Sí, muy caluroso.

—También recuerdo —continuó Mason— que el doce fue un día despejado y muy seco, hasta última hora de la tarde, en que empezó a levantarse la niebla.

—Fue, efectivamente, al anochecer cuando se levantó la neblina, en el instante precisamente en que ya nos dirigíamos a esperar a mi madre.

—Pero antes de esa hora el calor fue muy intenso.

—En efecto.

—¿Y cómo se explica usted que a las cuatro de la tarde sobrase ese gran trozo de hielo? —le preguntó Mason.

—Arthur compró un gran bloque de cincuenta libras y sobró lo que aparece sobre la manta. Es lo único que sé. ¿Es acaso un crimen helar la cerveza?

—¡Permítame, señora Lacey! Usted recuerda, perfectamente, que el jueves, doce, fue un día seco, caluroso y sin nubes. ¿Es así?

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Entonces —le dijo Mason, de súbito, colocando la fotografía ante sus ojos—, ¿cómo se explica la presencia de estas hermosas nubes que tan claramente aparecen en la fotografía que usted misma tomó, según ha declarado, a las cuatro de la tarde?

—Pues… debo haberme equivocado… Seguramente debía haber nubes.

—Piense bien lo que dice. Los partes meteorológicos señalan que el jueves, doce, fue muy seco y despejado.

Ellen Lacey se mordió los labios y miró a Attica.

—Después de todo —intervino éste—, esas nubes nada significan.

—¿En qué se funda para hacer tal afirmación?

—Pudo haberlas puesto alguien del periódico.

—Se dibujan perfectamente en la fotografía que la señora Lacey presentó ante el Tribunal, ayer por la tarde —replicó Mason, quien seguidamente se volvió hacia la testigo, diciéndole—: No hay duda, señora Lacey, de que tales fotografías no fueron tomadas el jueves, doce, sino el viernes, trece. ¿Qué me dice?

—Que no fue así.

—Después que el señor Drake y yo estuvimos en su casa y de que la policía iniciara sus investigaciones, usted se fabricó toda esa historia romántica de la proposición matrimonial y de la excursión campestre. Ésta explicaba la presencia de la manta y de los zapatos mojados. Luego, usted y el señor Lacey se marcharon con el teniente Tragg y, cuando se separaron de él, solicitaron la licencia

matrimonial y se dirigieron a la oficina de Attica para que presentase la demanda. Más tarde, a eso de las tres y media, partieron para tomar algunas fotografías junto al lago que presentarían como pruebas. ¿No es así?

—No.

—Otra cosa —prosiguió Mason—: ¿Recuerda usted que, cuando hablamos, al referirnos al almuerzo que se sirvieron ustedes, el señor Lacey manifestó que comieron pollo frío que, por cierto, estaba muy duro?

—Así fue.

—¿Y qué pasó? ¿Se comieron acaso los huesos?

—Claro que no. ¿Por qué lo pregunta?

—Cuando estuve inspeccionando el lugar en donde acamparon —informó Mason— hurgué entre la hierba, no encontré el menor hueso de pollo, y sí, en cambio, restos de fideos, queso y algo de atún. Ahora bien, la tienda de ultramarinos en donde, según usted, adquirió los artículos, me comunica que los viernes suelen preparar atún con una crema especial, artículo que venden ese día y no otro cualquiera.

—Ignoro en qué tienda de ultramarinos entró Arthur.

—Sería preferible, señora Lacey —le advirtió Mason—, que pensase cuidadosamente sus respuestas.

—Ya lo hago.

—Suponga usted que yo presento a un testigo de la tienda de ultramarinos que identificase a Arthur como el hombre que adquirió diversas cosas para una excursión, el viernes, trece; a otro, obrero de un almacén de madera, que declarase que el señor Lacey retiró ciertas tablas en la misma fecha, y, finalmente, a un tercero que testimonie haberle visto sacar esa madera de un automóvil el mismo día, viernes, trece, para habilitar con ellas una balsa…

—¡Basta! —gritó la joven—. ¿Se callará de una vez? ¡Dios mío!

—Le brindo la última oportunidad para que confiese la verdad —sonrió Mason—. No olvide que, en este momento, declara bajo juramento. Estamos a punto de finalizar el trámite, y si usted no modifica su testimonio y después se comprueba que es falso, será acusada de perjurio.

Ellen Lacey se echó a llorar desconsoladamente y Attica intervino:

—Mi cliente se encuentra indispuesta, señor Mason. Debemos suspender la declaración por un par de horas, hasta que se sienta algo mejor. Sus preguntas han sido un poco… duras.

—Me niego a esa suspensión, y deseo continuar. ¡Óigame, señora Lacey! ¿No es cierto que usted inventó la historia de la excursión y que, después, para confirmar su relato, partió el viernes, trece, a esa excursión, tomando las fotografías que ha presentado como pruebas?

—Si se siente demasiado alterada para contestar —le dijo Attica — puede negarse a hacerlo, ya que su estado no se lo permite. No se le puede objetar nada por sentirse indispuesta.

—En tal caso —declaró Mason—, doy por finalizada la declaración y me atengo a las respuestas que ya han sido hechas. Veremos de lo que servirá cuando dé comienzo a nuestra denuncia por perjurio. —Y volviéndose hacia la testigo, añadió—: Trate de decirnos la verdad, señora Lacey. Cuando el señor Drake, el teniente Tragg y yo fuimos a verla el viernes, trece, usted no sabía una palabra acerca de lo ocurrido la noche anterior, excepto que suponía que Scott Shelby había sido asesinado. Al hablar nosotros y, sobre todo al mostrarle la manta y los zapatos mojados encontrados en su garaje, fue cuando usted comprendió súbitamente lo que había pasado. Arthur Lacey se encontraba allí y corría indudable peligro. Su esposo no piensa tan rápidamente como usted. No hay duda de que usted le amaba y de que él jamás había solicitado su mano ni pensaba hacerlo. Pero usted vio en aquella ocasión una magnífica oportunidad a su alcance. Se forjó una historia que explicaba la presencia de la manta y los zapatos mojados, y tuvo la suficiente habilidad para insinuarle al señor Lacey que estaba dispuesta a librarle de toda sospecha, a cambio de que él se casara con usted.

»La proposición matrimonial no tuvo lugar en su oficina, como nos declaró, ni tampoco ocurrió el día antes, sino en su propio departamento y justamente en nuestras narices. Fue usted la que formuló la propuesta, planteándola en forma tal, que Arthur Lacey tenía que arriesgarse a una acusación por homicidio o bien a confirmar su relato, lo que suponía acceder a casarse con usted. He aquí la razón de que no fuese muy explícito al principio, ni se apresurase a corroborar los detalles, hasta hacerse cargo de la

situación, comprendiendo que usted le brindaba la única posibilidad de librarse, a condición de acceder al matrimonio. Una esposa no puede ser obligada a declarar en contra del marido. Eso lo sabía el señor Lacey perfectamente y, por ello, se allanó a dar el paso, después de tomar las fotografías junto al lago. ¿Es cierto todo esto o no?

La testigo no respondió. Mason mostró entonces el tubo metálico que Della Street había recogido en la finca.

—¿Ha visto usted antes este tubo, señora Lacey?

—No.

—¿Qué tiene que ver una plomada en este asunto? —preguntó Attica.

—No creo que se trate de una plomada —le dijo Mason—. Como pueden ver, se trata de un tubo de plomo de dos pulgadas y 9/16 de largo por unas 61 centésimas de pulgada de diámetro. En otras palabras, posee el tamaño justo para adaptarse al ánima de una escopeta del 16. Pues bien, si ustedes se fijan —les dijo Mason, sacando del bolsillo un cartucho del calibre 38—, verán qué introduzco este cartucho en el interior del tubo, en donde encaja perfectamente, manteniéndose bien ajustado. Ahora, fíjese en lo que le digo, señora Lacey: se puede disparar un proyectil con un revólver dentro de una tina de agua, recobrar el proyectil, colocarlo en un casquillo nuevo, cuya bala haya sido extraída previamente, disponer el amañado proyectil en este adaptador, colocar el tubo en una escopeta del 16, apretar el gatillo y disparar una bala que no tendría señales de raspaduras ocasionadas por el cañón, salvo las que fueran originadas por el cañón del revólver con que originalmente fue disparada. El proyectil tendría tendencia a girar del modo con que ya nos ilustró el técnico en balística, produciendo heridas de tipo de ojo de cerradura, sin que poseyese la potencia de perforación que tendría un proyectil disparado por un revólver, por cuanto los gases de combustión se disiparían al pasar la bala por el cañón de la escopeta, aunque, a corta distancia, su penetración siguiese siendo apreciable. Dicho sea de paso, si le interesa la materia, le recomiendo, señor Attica, la lectura del excelente libro de A. Lucas, *Química Forense e Investigación Científica Criminal,* en donde se analiza el caso de Dickman, en el cual, dos proyectiles de calibre distinto fueron disparados por la misma arma gracias al uso

de un adaptador. También Smith y Glaister, en su obra *Últimos progresos de la Medicina Legal*, establecen que «el proyectil puede ser de calibre inferior al arma y, no obstante, ser disparado por ésta, si aquél se forra convenientemente con papel hasta rellenar el ánima del cañón». Esto fue, tal vez, lo que ocurrió en el caso de Dickman, en donde la presencia de balas de distinto calibre hizo pensar que se habían utilizado dos clases de armas. Igualmente, puede consultar el reciente libro *Investigación de Homicidios*, de Le Moine Snyder, en donde se afirma que el funcionario a cuya consideración se someta el examen de los proyectiles, debe tener en cuenta el hecho de que existen adaptadores para disparar con un arma proyectiles de otra. Y creo, con esto, terminar, a menos que la testigo desee agregar algo más.

Attica se dirigió a su cliente, diciéndole:

—Comprendo el estado en que se encuentra, querida; el interrogatorio del señor Mason fue bastante duro y usted indudablemente está alterada. Pero si tiene alguna explicación que formular, será mejor que lo haga.

Ellen Lacey se limitó a mover la cabeza con desaliento, y su abogado dijo:

—No hay duda de que mi cliente se encuentra indispuesta.

—Queda claro también el motivo de su indisposición —respondió Mason.

—Yo lo único que sé —declaró Attica— es que no está en condiciones de continuar.

En aquel momento, los dos periodistas se retiraban de puntillas, con el evidente designio de salir inadvertidamente. Pero uno de ellos tropezó con una silla, y Attica volvió la cabeza.

—¿Quiénes son esos individuos? —preguntó.

—Un par de periodistas a quienes invité a venir —le explicó Mason.

—¡Gran Dios! —exclamó el abogado, dejándose caer en su sillón.

Capítulo 23

En las aguas del río se reflejaban los brillantes rayos del sol. Sobre los asientos distribuidos en la cubierta se abrían amplias toldillas, pero Della Street, que no gustaba de la sombra, se sentaba en una de las butacas a la luz del sol. Mason, por su parte, ocupaba una hamaca que le permitía disfrutar tranquila y cómodamente de la placidez del ambiente.

Tan cómodo se sentía, que ni se molestó en acercarse a la barandilla al percibirse el ruido del motor de una lancha que se aproximaba al yate de Parker Benton. Sólo cuando el propietario de la embarcación saltó a cubierta, llevando bajo su brazo los periódicos del domingo, Mason pareció experimentar algún interés.

—Compré en la villa estos diarios, porque pensé que le gustaría leerlos —le dijo Benton.

—Aguardaré a que usted haya terminado con ellos. No quisiera privarle de…

—Perfectamente —sonrió Benton—. Adquirí media docena de ejemplares de cada uno de los diarios. Como verá, parece que me dispongo a establecer una librería de viejo.

Mason sonrió y recogió los diarios que le ofrecía el dueño del yate.

—¿Qué ha ocurrido acerca de Shelby? Debe haber estado antes a bordo.

Benton movió la cabeza, diciendo:

—Me proponía hablarle de eso precisamente, pero le he visto tan cómodamente tumbado, que preferí la llegada de los periódicos. Cuando anoche me dijo usted que Shelby debió haber estado antes en el yate, la afirmación me pareció absurda. Estaba absolutamente seguro de que fue la noche del doce cuando por primera vez estuvo aquí.

—Los planes elaborados por Shelby demostraban un conocimiento más que superficial del yate y de sus características —le dijo Mason—. En alguna otra ocasión y de algún otro modo tuvo que haber estado a bordo. Sabía perfectamente que el yate contaba con dos sistemas telefónicos y que podía tender una trampa a su mujer, telefoneándole desde una cabina…

—Temo, señor Mason —interrumpió Benton—, que esta vez su afirmación peque de ligera.

—¿Por qué lo dice?

—No creo que Shelby haya estado aquí con anterioridad al día doce, sino Lacey. Recuerde que éste trabajaba con Shelby. Recuerde, además, que era de profesión cocinero. Revisando mis archivos, he descubierto que Arthur Lacey trabajó aquí como cocinero durante un par de semanas, hará un año, remplazando a mi cocinero, que estaba de vacaciones. Cuando vi la fotografía que publicaban anoche los periódicos, me pareció familiar el rostro de ese hombre, aunque no lograse identificarle del todo.

—¡Oh! —exclamó Mason—. Eso explica…

—Uno de los tripulantes lo reconoció en la fotografía y me lo comunicó hace dos minutos. Bueno, aquí tenemos los diarios. ¿Está usted cómodo? ¿Desea una copa?

—¡Gracias, Benton! —contestó Mason—. Todo cuanto necesito es disfrutar de ese aire salino y del sol; saber que no hay un teléfono en cuatro millas a la redonda y que no seré molestado por nadie ansioso de envolverme en algo criminal.

—A mi juicio, en esto reside precisamente el encanto de tener un yate. Una vez a bordo de él, me siento aislado por completo del mundo exterior. Bueno, descanse bien. Bien merecido lo tiene. Si necesita algo, oprima el timbre correspondiente al camarero.

Marchó Parker Benton, accediendo a los deseos de su invitado.

—¿Quieres ver los diarios? —le preguntó el abogado a su secretaria.

Della Street denegó con la cabeza, mientras sonreía lánguidamente.

Mason se incorporó ligeramente y desplegó uno de los periódicos.

—Siempre me interesa saber lo que se dice de una causa.

—¿Algo interesante? —preguntó Della Street, tras unos instantes

de silencio.

—He comenzado a leer el trabajo que publica uno de aquellos amigos de Drake.

—Había olvidado a los dos periodistas que estuvieron presentes en el curso de la declaración —dijo Della, abandonando su cómoda posición—. ¿Qué dice? ¿Podrías leerlo en voz alta?

—Hay un par de párrafos preliminares y a continuación se lee lo siguiente:

Jamás Perry Mason, el maestro de los interrogatorios, ha demostrado mejor su habilidad que en el curso de la declaración prestada por Ellen Cushing Lacey. Nunca se ha visto a un testigo más confundido, ni más consternado a su abogado.

En los acontecimientos antes conocidos había muchos elementos dramáticos, pero pálidos ante los que se pusieron de manifiesto en el curso de la declaración. Ellen Lacey, cogida finalmente por un maestro de la estrategia forense, parecía liquidada e indefensa. Pero es preciso recordar que esta misma Ellen Lacey fue la que ocultó a un asesino, bajo las mismas narices del veterano teniente Tragg, con la pericia con que un prestidigitador hace desaparecer a un conejo.

Al comprender que el hombre a quien amaba se había puesto de acuerdo con Scott Shelby para ayudarle en su desaparición, inventó la historia que engañó por completo a la policía. Arthur Lacey, en vez de ser un celoso pretendiente, era en realidad un amigo superficial y muy frívolo en sus afectos. En lugar de ser, como se quiso presentar, casi un extraño para Scott Shelby, estuvo en realidad relacionado con la víctima durante varios meses. Fue a Arthur Lacey a quien recurrió Shelby para desarrollar su plan, mediante el cual él «desaparecería», dejando a su mujer sospechosa de asesinato. Fue Arthur Lacey a quien Shelby contrató para que le esperase en el río, transportándole a la ribera. Fue Arthur Lacey el que cubrió a Shelby con la manta y quien, además, le servía a éste de cómplice en sus sucios negocios comerciales.

Los dos personajes estuvieron a punto de ver fracasar sus planes a causa de la niebla que, al tornarse tan espesa, impidió que Benton fondease en la isla según se había proyectado,

anclando a unos pocos centenares de yardas río abajo. Por fortuna para ellos, Lacey era un experto remero y no tuvo mucha dificultad en localizar la nave y hacerle a Shelby la señal convenida para indicarle que todo estaba listo.

Shelby había dispuesto las cosas a fin de que, cuando él desapareciese, su mujer hiciese a la policía un relato de los hechos que se reputaría absurdo. Anteriormente, ya le había tendido una celada que estuvo a punto de acarrearle una acusación por intento de envenenamiento. Shelby vertió veneno en sus propios alimentos, mientras colocaba una pequeña dosis en el plato de su mujer. Luego llamó a un médico a quien describió minuciosamente los síntomas típicos, a fin de recibir el tratamiento adecuado y, al mismo tiempo, con el propósito de que el facultativo informase a la policía.

En la noche de autos, todos los detalles estaban perfectamente ultimados. Sólo había un inconveniente; en el yate se había reunido demasiada gente y no existían camarotes desocupados. Fue el propio Perry Mason el que facilitó los planes de ambos compinches. El abogado, al no poder dormir, se vistió y salió a cubierta, brindándole así a Shelby la oportunidad deseada. Éste se deslizó en su camarote, que había quedado abierto, telefoneó a su mujer, corrió hacia la proa del yate, en donde ya había dejado una cuerda que debería facilitar «su caída» al agua, y disparó el arma en el instante oportuno.

Aquella parte del plan se desarrolló sin el menor contratiempo. Pero el astuto Shelby no anduvo afortunado en cierto detalle. Había dispuesto su contabilidad en forma tal que nadie podría averiguar cuánto tenía o no tenía. Había sacado todo su dinero, que llevaba en efectivo dentro de un cinturón especial. Disparó el arma, comprobó que había suscitado la alarma general y, luego, nadó junto al costado de babor, golpeando el casco mientras lo hacía. Seguidamente, buceó y salió a la superficie. La corriente lo arrastró al punto en donde su cómplice lo aguardaba, a bordo de un bote anclado, en el cual había una pequeña linterna destinada a servir de guía al nadador.

Conforme a lo reconstruido por la policía, Shelby saltó al bote de remos, en donde Lacey le envolvió con una manta, llevándole

a tierra. Allí fue donde Lacey advirtió que Shelby llevaba una importante suma de dinero en el cinturón, lo que despertó su codicia. Shelby se frotaba las manos seguro de que todo había salido bien. Su mujer sería interrogada con crecientes sospechas, y él podría eludir toda la responsabilidad de sus turbios negocios, dirigiéndose a una ciudad distante, en donde comenzaría una vida nueva.

Pero el hombre no contaba con el nuevo plan que a la vista del dinero había surgido en el cerebro de Lacey. Shelby había dispuesto con tanta perfección su propio asesinato que Lacey vio la oportunidad de enriquecerse con los cuarenta mil dólares que según se supone llevaba Shelby en su cinturón, sin el menor riesgo.

Algunos días antes, Lacey había disparado dentro del agua un proyectil, utilizando el arma calibre 38 con que la señora Shelby debería ser acusada. Recobró el proyectil y lo puso en otro cartucho. Previamente había hecho pruebas con su adaptador, comprobando que podría disparar una bala de calibre 38 con una escopeta del 16… Aprovechándose de un descuido de Shelby, Lacey le golpeó la cabeza con un remo y le alojó en el cuello el proyectil que tan cuidadosamente tenía reservado. Hecho esto remó hasta el centro de la ría, en donde lanzó el cadáver al agua y volvió a la orilla. Allí subió al automóvil de Ellen Cushing que había solicitado de ella en préstamo para una cita importante.

Después de cometido su delito, incurrió en un inevitable error, reintegrando el automóvil al garaje. La manta húmeda había sido depositada sobre el asiento trasero. Se proponía, indudablemente, hacer desaparecer más tarde aquellas pruebas. Había tenido la precaución de llevar consigo un par de pantalones y zapatos secos. Los pantalones mojados los trasladó a su departamento, pero los zapatos y la manta los ocultó en un rincón del garaje, esperando regresar en su busca a la mañana siguiente.

Gracias a la colaboración de su víctima, había cometido un crimen perfecto. Pero al día siguiente, viernes trece, se vio en un gran apuro, ante la visita del teniente Tragg y de sus acompañantes. Por un instante Lacey debió pensar que estaba perdido, pero la oportuna intervención de Ellen Cushing le brindó

la oportunidad de librarse del inminente peligro.

Lo curioso es que el teniente Tragg tuvo en realidad al culpable en sus manos, amén de las pruebas que debidamente analizadas hubiesen podido enviarlo al patíbulo. Sin embargo, se dejó engañar.

Mason dejó de leer y miró significativamente a Della Street.

—Imagínate cómo se sentirá Tragg… Recuerdas cuando me dijo, al salir del departamento de Ellen Cushing: «¡Adiós, Sherlock Holmes!».

Della asintió sonriente.

—Esta mañana me siento generoso. Sería incapaz de hacerle el menor daño ni siquiera a Dorset.

Mason pasó unas cuantas páginas del periódico hasta localizar los anuncios de ventas rústicas. Recorrió algunos con la vista y, de pronto, dijo:

—¡Aquí lo tenemos! Escuche, Della: «Cuatrocientos acres, maravillosa propiedad campestre a una hora del centro de la ciudad, completamente aislada, con bosque y lago alimentado por un manantial. Precio al contado: veinte mil dólares. Dirigirse a Ellen Cushing Lacey, corredora de fincas». —Mason dejó de leer y miró a su secretaria—. ¿Qué te parece, Della? Podríamos adquirir la propiedad a tu nombre.

—¿Harías la negociación por intermedio de Ellen Cushing?

—Mucho me temo —sonrió Mason— que, en este asunto, la señora Lacey pierda su comisión del cinco por ciento. ¡Cuando uno se pone a pensar en el breve margen de tiempo que hubo entre ambas excursiones campestres aquel día trece…! Ellos debieron marcharse una hora antes de nuestra llegada. También pienso en la intervención que en el asunto habrá tenido George Attica. Tal vez, haya sido él quien les aconsejó sacar aquella fotografía, abandonar por allí restos de comida y marchar seguidamente. En este caso, no hay duda de que debió utilizar a Lawton Keller como instrumento para que Marion Shelby me despidiese. Esa propiedad se ha convertido en algo que posee asociaciones muy desagradables para nosotros, ¿no te parece, Della? Comprémosla. Podríamos construir un bungalow bajo aquellos árboles, cerca del lago. Quizás algún día…

Mason calló y contempló el horizonte con ojos soñadores.

—¡Sigue, jefe! —le sonrió Della—. Aunque se trate de un sueño, la idea es maravillosa…